

DE LA AUTORA DE CALLE DUBLÍN



# CALLES DE EDIMBURGO

Samantha Young

INCLUYE  
EL PRIMER  
CAPÍTULO DE  
**CALLE  
LONDRES**

 **ESPA  
EBOOK**

Ellie Carmichael llevaba años enamorada de Adam Sutherland, el mejor amigo de su hermano Braden. Sin embargo, por la forma en que la trata está claro que, para Adam, Ellie es como una hermana pequeña.

Con el tiempo, el enamoramiento juvenil de Ellie se ha transformado en un amor más maduro, aunque ella no se decide a tomar la iniciativa. Como si esto fuera poco, la actitud de Adam hacia ella ha ido cambiando. Es evidente que siente

afecto hacia Ellie y que esta le atrae sexualmente, pero su lealtad hacia Braden y su temor a echar a perder la única relación familiar que ha tenido en su vida le impiden acercarse a ella de la forma en que le gustaría.

Y entonces, una noche, ocurre algo que pondrá a prueba los sentimientos de ambos. Pronto el amor, el deseo, el temor y los celos se combinarán para cambiar la relación entre ambos para siempre. Y Adam descubrirá, de forma insospechada, que la vida es demasiado corta para dejar pasar al

amor de tu vida.



Samantha Young

# **Calles de Edimburgo**

**On Dublin Street 1.5**

**ePub r1.0**

**sleepwithghosts 01.12.13**

Título original: *Until Fountain Bridge*

Samantha Young, 2013

Traducción: Ruth Moragrega Lerga

Editor digital: sleepwithghosts

ePub base r1.0

---

**más libros en [espaebook.com](http://espaebook.com)**

---

# Nota para los lectores

Tras la publicación de *Calle Dublín* me sentí abrumada por la cantidad de lectores que se pusieron en contacto conmigo no solo para decirme cuánto habían disfrutado de la historia de Joss y Braden, sino también para expresarme su amor por Ellie y Adam, y pedirme más sobre ellos. *Calles de Edimburgo* es la respuesta a todas aquellas peticiones, con mi agradecimiento por su inquebrantable apoyo y entusiasmo.

Así que ahí van Ellie y Adam.

¡Feliz lectura!

# Capítulo uno

Siempre era lo mismo cuando buscabas algo en una pila enorme de «algos»: el algo que estabas buscando se hallaba en lo más bajo de esa enorme pila de algos. Después de un buen rato deposité la última caja en la otra punta del cuarto y me sequé el sudor de la frente.

Cuando me mudé al piso de Adam, hacía ya tres meses, le prometí que todas las cajas de trastos que había dejado en la habitación de invitados estarían clasificadas y colocadas en un par de semanas como máximo.



Desgraciadamente no había cumplido con mi palabra, y no me avergonzaba decir que estaba todavía demasiado paralizada por el miedo al tumor como para reñirme a mí misma como correspondía. Me habían diagnosticado un tumor cerebral benigno —y aun así terrorífico— ocho meses antes, un diagnóstico que no solo traumatizó a mi familia y a mi amiga Joss, sino que sacudió a Adam, el mejor amigo de mi hermano, de pies a cabeza. Finalmente había admitido delante de todo el mundo que estaba enamorado de mí, y desde entonces era raro el día que no habíamos estado juntos. A pesar de que nuestra

relación había cambiado, seguíamos siendo nosotros, y Adam intentaba no tratarme como si fuera de cristal. De todas formas me había dado cuenta de que me dejaba hacer cosas que no me hubiera permitido antes —como ocupar con mis cachivaches su minimalista dúplex de lujo— y no sabía si era por mi mismo temor o porque habíamos pasado a ser pareja y estaba haciendo concesiones.

Me lancé sobre la última con un gruñido de triunfo y arranqué la cinta de embalar. Dentro encontré exactamente lo que estaba buscando y sonreí. Ya había volcado la caja y dejado caer mis viejos

diarios cual cascada sobre el parqué de Adam cuando se me ocurrió que volcar una caja llena de diarios podría dejar arañazos. Hice un pequeño, estúpido aspaviento hacia las memorias desparramadas como si de ese modo, por arte de magia, fuera a suavizarse el impacto de su rápida caída.

No sirvió de nada.

Me arrodillé, recogí las libretas y revisé la madera. Nada. Gracias a Dios. Adam era arquitecto, y eso significaba que le gustaba que su espacio estuviera de una determinada manera, y esa manera tendía a ser impoluta, especialmente cuando todo le había

costado una fortuna. Aquel suelo no era barato, Adam ya había cambiado su vida por mí, dando un giro de trescientos sesenta grados, pasando de hombre sin compromiso y orgulloso propietario de un piso de soltero a novio encantado y orgulloso propietario de un piso lleno de bártulos inservibles que su peculiar pareja, romántica hasta decir basta, recogía de los lugares más variopintos, incluyendo casas de caridad. Me había permitido dejar mi impronta en cada una de las habitaciones, así que estropear el suelo no era precisamente una forma bonita de agradecerse. Me besé las yemas de los dedos y las pasé por el

parqué a modo de disculpa.

—Els, ¿qué ha sido ese ruido?  
¿Estás bien?

La profunda voz de Adam se oyó a través del vestíbulo. Se encontraba en su oficina, trabajando en el proyecto en el que estuviera inmerso en aquel momento con Braden.

—Ajá —le respondí, ojeando deprisa los diarios para asegurarme de que estaban todos y cada uno de ellos. Tan concentrada me encontraba que no oí las pisadas.

—¿Qué estás haciendo? —Su voz sonó de repente por encima de mí y salté, alarmada, perdí el equilibrio y caí

de culo mientras murmuraba un «oh». Le oí contener una carcajada y le encaré.

—Voy a tener que ponerte un cascabel.

Ignorándome, se acuclilló con la vista puesta en los diarios. Como siempre que le miraba con detenimiento, sentí un ligero aleteo en la boca del estómago y un cosquilleo en la piel. Con el cabello espeso y oscuro y un cuerpo magnífico (endurecido a base de sesiones diarias en el gimnasio), Adam era un hombre muy atractivo, pero de la clase de hombre atractivo que se convertía en «tío bueno que te pone a mil» en cuanto comenzabas a hablar con

él. Tenía una sonrisa traviesa y ladeada, ojos castaños oscuros e inteligentes que se iluminaban cuando le interesaba lo que le contabas, y una voz deliciosa que apuntaba directamente a las zonas erógenas de cualquier mujer. Aquellos increíbles ojos suyos se detuvieron sonrientes en los míos.

—No había visto uno de estos desde hacía tiempo.

—¿Mis diarios? —murmuré, mientras intentaba ordenarlos cronológicamente—. Dejé de escribirlos.

—¿Por qué?

—Lo dejé cuando comenzamos a

salir. Parecieron perder el sentido, ya que básicamente eran una vía de escape para lo que sentía por ti.

Las comisuras de sus labios se curvaron.

—Pequeña —susurró, y levantó el brazo para colocarme un mechón corto detrás de la oreja.

Fruncí el ceño ante el recordatorio de la longitud de mi cabello. Antes del tumor tenía una larga melena rubia clara. Adoraba mi pelo, y sabía que Adam también lo adoraba. Sin embargo, los cirujanos me habían afeitado una parte para que nada les obstaculizara a la hora de cortarme un trozo del cerebro. Cubrí



de manera provisional la zona rapada con algunos pañuelos, pero dejé de usarlos cuando mi cabello comenzó a crecer de nuevo, y permití a mi madre que me convenciera de cortarme el pelo a lo *chic pixie*.

Salí horrorizada de la peluquería y solo me apacigué algo cuando Adam me dijo que se me veía linda y sexy. Y me aplaqué completamente cuando Joss me dijo que cualquier cosa era mejor que un tumor.

Tenía razón. Si algo me había enseñado aquella experiencia sobre la vida era a no sofocarme por nimiedades. Eso no significaba que no fuera un

maldito fastidio tener que esperar a que mi melena volviera a crecer. En aquel momento apenas me llegaba a la barbilla.

—¿Y por qué los estás sacando? — preguntó Adam, que tomó uno y lo ojeó distraídamente.

No me importó. En cualquier caso yo era una persona abierta, especialmente con Adam. No estaba avergonzada de nada de lo que había escrito. Confiaba en él desde lo más profundo de mi alma.

—Son para Joss —respondí alegremente, sintiéndome frívola con todo el asunto.

La noche anterior, Joss y yo habíamos estado pasando el rato en el piso que compartía con Braden —mi antiguo piso en la calle Dublín— y me comentó que su manuscrito estaba quedando precioso. Joss era escritora, americana, y vino a Edimburgo huyendo de un pasado trágico. Su historia me rompió el corazón. Cuando tenía catorce años perdió a toda su familia en un accidente de coche. Nunca llegaría a imaginar lo que debió de significar para ella. Solo sabía que la había dejado profundamente marcada.

Me gustó Joss inmediatamente cuando la entrevisté para compartir mi

piso, pero supe también entonces que había algo dañado en ella, y quise ayudarla de alguna manera. Se había mostrado muy distante cuando comenzó a quedar con mi hermano mayor, Braden, y fui testigo del cambio que se obraba lentamente en ella. Joss decía que habíamos sido ambos, Braden y yo, quienes la habíamos cambiado, pero en realidad había sido él. La ayudó tanto que incluso había comenzado a escribir una historia basada en la relación de sus padres. Era un gran paso para ella, y anoche me dijo que no se podía creer cuánto estaba disfrutando al hacerlo. Aquello me había dado una idea para su

próximo proyecto.

—¿Por qué para Joss?

—Porque estos diarios contienen nuestra historia. —Le sonreí—. Es una buena historia de amor. Creo que debería ser su siguiente novela.

Vi que Adam se moría por reírse, y como yo no sabía por qué, le ignoré.

—¿Siguiente... novela romántica?

—Siguiente como el que viene después del anterior. La novela de sus padres es una historia de amor. Creo que debería ser su siguiente novela.

—Aun así, estoy bastante seguro de que Joss no se clasificaría como una escritora de género romántico. De hecho

se lo le he oído decir.

—Y yo. —Arrojé mi primer diario de nuevo a la caja, pues sabía que no ayudaría a Joss en su documentación teniendo en cuenta que tenía siete años cuando lo garabateé. Iba básicamente de mis muñecas Barbie y Sindy y de la cuestión de los pies planos de Sindy y su imposibilidad de intercambiar zapatos con Barbie. Aquello solía volverme loca—. «Y la dama protesta demasiado, creo yo<sup>[1]</sup>». Es definitivamente una escritora de novelas de amor. He influido en su carácter para que lo sea, tras someterla a tantos dramas románticos. Sería un milagro que no se

convirtiera en una autora de novelas románticas.

Se rio de mí al tiempo que se agachaba a mi nivel hasta quedar arrodillado, con mis diarios todavía abiertos en las manos. Sus ojos oteaban las páginas.

—Así que ¿escribías sobre mí en ellos?

Sí, lo había hecho. Había estado prendada de Adam desde que yo tenía diez años y él diecisiete. Ese antiguo enamoramiento se había ido haciendo cada vez mayor hasta que cumplí los catorce, y a partir de entonces fue como una bola de nieve. Lancé otro diario de

mi niñez a la caja y alcancé el siguiente del montón.

—Te he querido durante mucho tiempo, amigo mío —murmuré.

—Quiero leerlos —me contestó con ternura, y la solemnidad de su tono me hizo alzar la cabeza. Sus ojos me miraban, luminosos, llenos de la devoción y el sentimiento que nunca dejaban de darme aliento—. Quiero cada trozo de ti. Incluso las cosas que me perdí sin saber siquiera que me las estaba perdiendo.

Sentí que me derretía. Yo era una romántica, hasta la médula, y aunque sorprendería a cualquiera que le



conociera, Adam atendía a mi lado romántico con una dedicación que me emocionaba. Tenía un don con las palabras que hacía que me fundiera... y después de fundirme normalmente me ponía muy caliente, con lo que él siempre salía ganando.

Le dediqué una suave sonrisa mientras volvía a mis diarios y hojeé velozmente hasta que encontré el que quería. Leyendo por encima di con el párrafo exacto que buscaba y lo coloqué en su regazo, abierto por la página adecuada.

—Toma. Empieza por aquí. Tenía catorce años.

Adam arqueó una ceja, asumí que ante la idea de leer los pensamientos de una niña de catorce años, y me lo cogió. Yo sabía lo que estaba leyendo. Lo recordaba como si hubiera sido ayer.

*Lunes, 9 de marzo*

*Ha sido un día verdaderamente raro. Comenzó como cualquier otro. Me levanté justo cuando Clark salía precipitadamente hacia el trabajo y ayudé a mamá con Hannah, pues ella estaba muy ocupada con Dec, y traté de desayunar mientras daba de desayunar a Hannah. Lo que significó tener que cambiarme la camisa del colegio porque la pequeña todavía cree que las gachas de avena solo sirven para decorar. Ojalá hubiera*

*sido ese el único incidente del día, pero no fue el caso. En el momento en que llegué con Allie y June a las puertas del colegio, simplemente supe que algo iba mal...*

En cuanto sonó el timbre que daba paso al descanso de la comida casi despegué de mi silla y salí corriendo de la clase de español como si los mismísimos perros del infierno me pisaran los talones. Intentaba contener las lágrimas, de veras que lo intentaba, porque no quería que ninguno de aquellos idiotas supiera lo que me había hecho. Pero en cuanto dejé atrás la entrada principal del colegio, las

compuertas de mis ojos se abrieron.

Todos los murmullos y los insultos... era horrible. Nunca antes me había ocurrido. No así. Normalmente solía gustar a la gente. ¡Era encantadora! No era... bueno, desde luego no era una «zorra». Lloré todavía más al oír a los chicos de un curso superior al mío reírse de mí cuando los adelanté en las puertas. Con dedos temblorosos saqué el móvil que Braden me había comprado por Navidad y llamé a mi hermano mayor.

—Els, ¿estás bien?

En el momento en que escuché su voz otro sollozo brotó de mi garganta.

—¿Ellie? —Pude discernir de

inmediato su preocupación—. Ellie ¿qué ocurre?

—Bri... —Luché para tomar aliento entre los sollozos—. Brian —las lágrimas no dejaban de interrumpirme— Fairmont... tiene quince años y le ha dicho a todo el mundo que nos acostamos juntos en la fiesta de cumpleaños de Allie el sábado por la noche.

Me detuve y me arrebujé en la valla de un jardín ya lo bastante lejos del carísimo colegio que mi siempre ausente padre pagaba para que asistiera cada año. Estaba a solo veinte minutos de la casa de mis padres en St. Bernard's

Crescent y me sentía muy tentada de pasar del colegio y esconderme en casa lo que quedaba de día.

—Ese pequeño pedazo de mierda —siseó Braden. Su furia irradió a través del teléfono hasta llegar a mi mano.

—Dicen que soy una zorra y una puta, murmuran y se ríen de mí. Y ahora June no me habla.

—¿Por qué demonios no te habla June?

—Le gusta Brian. Yo nunca... Braden, crucé con él apenas cuatro palabras el sábado por la noche. Me pidió un beso y le dije «quizá en otra realidad».

—¿Había audiencia cuando se lo dijiste?

—Sus amigos estaba allí, sí — sollocé.

—Así que rechazaste al pequeño degenerado e inició el rumor. —Braden soltó otra palabrota—. De acuerdo, ¿dónde estás ahora mismo?

—Me voy a casa. No podría soportar otras tres horas de esto.

—Cariño, no puedes irte a casa. Al colegio Braebank no le gusta que sus alumnos se salten las clases. Espera en las puertas. Voy a solucionarlo. —Podía deducir por su tono que Brian Fairmont iba a aprender que nadie se metía con la

hermana pequeña de Braden Carmichael.

Colgué y me lavé la cara, satisfecha por una vez de que mamá no me dejara llevar rímel, ni ningún otro tipo de maquillaje, ya que estaba, no hasta que tuviera quince. Y entonces me dejaría usar rímel y corrector antiojeras pero no base, y definitivamente nada de pintalabios hasta los dieciséis.

Mis amigos pensaban que mi madre era rara.

Mientras esperaba a Braden me sentí algo mejor sabiendo que venía en mi rescate. Mi hermano mayor era en realidad mi medio hermano.



Compartíamos el mismo padre, Douglas Carmichael. Papá era un tipo importante en Edimburgo, poseía una inmobiliaria y varios restaurantes y un montón de propiedades que alquilaba. Estaba forrado y, a pesar de que dedicaba tiempo a Braden, parecía creer que darme dinero a mí era disculpa suficiente por haber estado ignorándome durante los catorce años que hacía que yo habitaba en el planeta Tierra. Su abandono me dolía. Mucho. Pero tenía a Braden, que prácticamente me crio tanto como mi madre y Clark, mi padrastro. Mamá se había casado con Clark hacía cinco años, y él, desde que entró en la

vida de mi madre, dejó claro que quería ser como un padre para mí. Y lo era. Mucho más de lo que jamás lo sería Douglas Carmichael.

A veces me preguntaba cómo era posible que Braden y yo hubiéramos sido engendrados por él. Ambos éramos demasiado buenos para ser hijos suyos. Tomando a Braden como ejemplo, después de negarse abiertamente a trabajar con nuestro padre, unos años atrás decidió que quería formar parte del «imperio» Carmichael, lo que implicaba hacer más horas que un esclavo para que Douglas se sintiera feliz. No solo trabajaba muchísimo,

además se tomó en serio su relación con la chica con la que estaba saliendo, Analise. Era una estudiante australiana y a Braden parecía gustarle realmente. Y aun así seguía encontrando tiempo para mí. Lo que quería decir para rescatarme de situaciones espantosas como en la que ahora me veía envuelta.

—Ellie. —Una voz familiar, pero no la que estaba esperando, captó mi atención y me giré al tiempo que oía cerrarse la puerta de un coche.

Mis ojos se agrandaron desmesuradamente cuando vi a Adam Gerard Sutherland rodeando el capó de su Fiat de seis años, un coche que

Braden calificaba de absurdo drenaje para las finanzas considerando que Adam estudiaba en la Universidad de Edimburgo y aparcar en la ciudad era un infierno.

Adam Gerard Sutherland, a todo esto, era el mejor amigo de Braden.

Me sentía cautivada por él en cierta forma desde que tenía diez años, así que me vi algo más mortificada al saber que mi hermano mayor le había enviado a rescatarme de mi problema. Aunque no debería sorprenderme. Ambos habían compartido tareas y responsabilidades desde que yo era una cría.

—Adam. —Palidecí, esperando que

no me quedara rastro de lágrimas en la cara.

No di importancia a la forma en que su oscura mirada me estudiaba y a cómo su mandíbula se tensó. Notaba los ojos hinchados y rojos, y era obvio por qué.

—Braden se disculpa. Le has pillado en medio de una reunión y no podía escaparse —me explicó tal y como se acercaba. Llevaba una camiseta limpia y sin una sola arruga y unos vaqueros descoloridos. Adam era demasiado aseado y pulcro como para parecer uno de esos estudiantes *grungies*. Incluso su viejo coche estaba impoluto por dentro y por fuera—. Me

ha llamado y resulta que yo tenía la tarde libre. Ven aquí, cariño.

Sin preguntar, me acerqué a él e inmediatamente pegué la mejilla a su cuerpo y le abracé fuerte, esforzándome por no llorar.

—¿Y dónde está ese pequeño pedazo de mierda?

Me aparté, consciente de repente de por qué había acudido y de cuán furioso estaba.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Tiene quince años?

—Dieciséis.

Torció el gesto con furia.

—No puedo pegarle, pero puedo

dejarlo jodidamente cagado de miedo.

Braden y Adam decían muchísimas palabrotas, y solían hacerlo también delante de mí. Afortunadamente había interiorizado desde que nací que no se decían palabras malsonantes delante de Elodie Nichols, y nunca repetía las que ellos soltaban. Para ser justa, usaban tacos muy suaves cuando estaban conmigo, los había oído peores en el colegio. Ese día, de hecho, los mismos habían sido dirigidos a mi persona directamente.

Sentí como mis ojos se tornaba acuosos una vez más.

Adam se percató y entornó los

párpados.

—Els, ¿dónde está ese chico?

Suspiré con pesadez.

—En la parte trasera, detrás del comedor.

—De acuerdo.

Adam cruzó las puertas y corrí tras él, ignorando las miradas curiosas de mis compañeros y el murmullo exaltado conforme adivinaban que Adam, claramente mayor que el resto, estaba allí por mí y que algo iba a ocurrir.

Mis mejillas enrojecieron de vergüenza, y el corazón me martilleaba de anticipación ante el justo castigo por la peor mañana de toda mi vida escolar.



Giramos la esquina del edificio. Adam se detuvo y miró fijamente a un grupo de alumnos mayores. Los chicos de quinto y sexto grado fueron volviendo la cabeza hacia nosotros; pusieron los ojos como platos al ver a Adam junto a mí.

—¿Cuál de ellos es? —preguntó categóricamente.

—Brian es el de la sudadera atada a la cintura.

—¿El crío rubio con una botella de zumo en la mano? ¿El que tiene pinta de capullo?

—Podría ser ese.

—Pequeño... —gruñó entre dientes

y se dirigió hacia él directamente, los puños cerrados colgando a los lados de su cuerpo.

Un amigo de Brian le dio un codazo señalándole a Adam y al instante este también palideció al verle. Cuando se colocó a su lado, Adam le superaba en alrededor de quince centímetros de altura. Agachó la cabeza a su nivel, y lo que fuera que le dijo hizo que los otros chicos agrandaran todavía más los ojos.

—¿Y bien? —exigió Adam en voz más alta. Brian murmuró algo—. Más fuerte, jodido mentiroso de mierda.

—No me acosté con ella, lo reconozco. —Gritó Brian—. ¡Ni

siquiera la toqué! —Se giró y me vio observándole, y con la mirada pareció suplicarme que alejara a Adam de él—. ¡Lo siento! Mentí, lo acepto.

El murmullo de la multitud hizo que mis pupilas pasaran de Brian al comedor, y mi estómago se encogió al ver al señor Mitchell en pie vigilando a Adam. Adam debía de haberle visto también porque levantó la cabeza. Aun así no se separó de Brian.

—¿Quién eres? —preguntó el señor Mitchell en tono beligerante, al tiempo que se le acercaba—. No tienes permiso para venir al patio del colegio.

—Hummm, de acuerdo señor

Mitchell. —Tragó saliva y se alejó de Brian, tomando de paso una distancia segura con el profesor de geografía.

—Adam —le llamé, deseando que se marchara antes de meterse en líos.

—Señorita Carmichael, sabe perfectamente que no están permitidas las visitas en horario escolar.

—Lo lamento, señor Mitchell.

—Ya me iba. —Adam lanzó una última mirada de advertencia a Brian y de manera casual se dirigió hacia mí. Tomándose todo el tiempo del mundo.

A Adam no le gustaba que le dijeran qué podía o no podía hacer. Cuando me alcanzó colocó su brazo alrededor de

mis hombros y me hizo acompañarle hasta la entrada del colegio. Ya nadie me insultaba o me miraba mal. Me miraban de hecho como si fuera lo más. Quiero decir, para ser honesta, que me miraban como si lo fuera por tener el brazo de Adam rodeándome y que él hubiera venido a dejar claro que Brian había mentado sobre mí.

Sonreí ampliamente y Adam me pilló y soltó una suave carcajada, que me hizo sentir calor y confusión.

—¿Te sientes mejor ahora? —me preguntó cuando nos detuvimos.

—Sí, gracias.

—En cualquier caso, ¿qué hacías en

una fiesta un sábado por la noche?

Puse mala cara ante la posesividad de su tono.

—Tengo catorce años, Adam. Era el cumpleaños de una amiga. Y además no sabía que irían chicos mayores.

Adam cabeceó, asintiendo.

—Simplemente ve con cuidado, ¿de acuerdo?

—Claro. —Bajé la mirada, sintiéndome estúpida por haberle envuelto en mi drama adolescente.

—Ven aquí. —Me atrajo hacia sí y me dio un suave beso en la frente antes de abrazarme.

Una vez dejé de lamentar mi mañana

y llorar sobre su hombro, fui plenamente consciente de que estaba pegada a su pecho. Olía de maravilla y su cuerpo era duro y musculado. Me sentía bien sabiéndome rodeada por él.

Un cosquilleo extraño se despertó en la parte baja de mi vientre y noté como mi piel de pronto se ruborizada de forma increíble. Me hice atrás e intenté sustituir la sensación de extrañeza por una sonrisa temblorosa y un gesto disparatado.

Adam me dedicó una sonrisa burlona y dijo:

—Si me necesitas cuando sea, solo llama, ¿de acuerdo? —Yo asentí—. Muy

bien, cielo. Te veré después.

—Adiós.

Me dedicó otra sonrisa mordaz, y esa sonrisa lanzó de nuevo una oleada de ese algo extraño que se expandió dentro de mí. Mientras lo veía subir al coche y alejarse, me di cuenta de que mi enamoramiento por Adam se acababa de intensificar. Mi mente ya no era lo único que se sentía atraído por él. Mi cuerpo adolescente, sobrehormonado, iba a estar también loco por él desde entonces.



# Capítulo dos

Adam frunció el ceño mientras alzaba la vista del diario, pero me dedicó una leve sonrisa divertida.

—No sé cómo sentirme respecto a ser el causante del despertar sexual de una niña de catorce años. Es todo un poco *Lolita*.

Me reí de su incomodidad.

—No significa que tú sintieras lo mismo por mí entonces. De todas formas, ahora que soy toda tuya, ¿realmente hubieras preferido que fuera otro el que despertara por primera vez mi deseo?

Sus cejas se unieron y su mirada regresó a las páginas.

—Anótate un tanto.

—Toma. —Le pasé otro diario, abierto por más de la mitad, y le quité de las manos el de los catorce años—. Este es el del año siguiente.

*Sábado, 23 de septiembre*

*Estoy a punto de gritarle a Adam que deje de tratarme como si fuera su hermana. ¡No soy su hermana! Cómo me gustaría que se diera cuenta de una vez...*

Respiré hondo y sostuve el rímel alejado de las pestañas. Me examiné en

el espejo del tocador y exhalé despacio, preparándome mentalmente y tratando de calmarme. Por más que lo intentara no podía detener el salvaje aleteo de mariposas en el estómago. Me rendí y lentamente volví a mirarme en el espejo para aplicarme la máscara de pestañas, que era lo único que mamá me dejaba usar de maquillaje. Siempre había tenido unas pestañas largas y estupendas, pero nadie supo cuan largas y estupendas eran hasta que empecé a oscurecerlas. Ahora eran muy largas y el color negro hacía que mis ojos claros parecieran aún más azules. Afortunadamente el rímel me hacía

también parecer mayor, pues aunque era alta, todavía era enjuta y estaba casi plana, y unas cuantas pecas en el puente de la nariz me hacían sentir como una niña de cinco años y no como una chica de quince.

Aquella noche tenía una cita. Mi primera cita. Con Sam Smith, quien estaba en sexto año y era guapo y lo más, y realmente, realmente me gustaba. Tanto como me podía gustar un chico que no fuera Adam. Claro que Adam ya no era un chico.

Un golpe en la puerta de mi habitación hizo que me cepillara el cabello por enésima vez.

—Adelante —dije, agitada sin razón, puesto que sería probablemente mi madre, que parecía estar más emocionada que yo con la cita, y también más preocupada.

Para mi sorpresa, la cabeza que asomó por el marco no era la de mi madre, sino la de Adam. Mi corazón dio ese pequeño saltito en el pecho, como siempre hacía cuando le veía, y le sonreí alegre.

—¿Qué haces aquí?

Entró y cerró la puerta, con sus cejas mostrando consternación, mientras le esperaba en pie a modo de bienvenida. Sus ojos me recorrieron de arriba abajo

y vi como le pulsaba una vena de la mandíbula. Yo llevaba un vestido corto sin mangas. Tenía un escote discreto y llevaba una rebeca que me cubría los brazos y medias tupidas para tapar las piernas desnudas, pero adivinaba que el corte minifaldero era lo suficientemente alto para, aun con las medias, fastidiarle. Me crucé de brazos, y el movimiento devolvió su mirada a mi rostro. El recordatorio de que me considerara su hermana pequeña y que creyera tener que protegerme logró enfadarme.

—Clark le dijo a Braden que tenías una cita esta noche. Queríamos estar

presentes en tan gran ocasión. ¿Quién es él?

Aparté los ojos ante su tono despótico.

—Es solo un chico.

—¿Y qué edad tiene ese chico? — me preguntó en voz baja conforme avanzaba unos cuantos pasos más hacia mí.

—¿Dónde está Braden?

—Abajo. No esquives la pregunta. ¿Cuántos años?

—Sam tiene diecisiete.

—¿Qué? —Respiró hondo—. ¿Y Elodie está de acuerdo?

No mencionó a Clark, dado que él se

tomaba estas cosas con más calma que mi madre.

—Está más emocionada que yo con esto.

—Está cloqueando como una gallina nerviosa ahí abajo.

—Eso es porque Sam llegará en un minuto. —Evité sus ojos, pues no me gustaba la obstinación que se entreveía en la inclinación de su mandíbula.

—¿Adónde va a llevarte?

—Al cine, y después a cenar.

—¿Estarás en casa antes de las once?

Cogí el bolso de encima de la cama y suspiré exageradamente.



—Sí...

—Y no permitirás que te toque.

Aquello no era una pregunta.

Me quedé helada ante su exigencia y fruncí el ceño mientras él cubría los pocos pasos que nos separaban hasta quedar justo delante de mí, tan cerca que tuve que echar la cabeza hacia atrás para enfrentar su mirada.

—Es una cita, Adam —susurré—. Se supone que tocarse forma parte del juego.

—No cuando tienes quince años. No cuando tú eres tú. —Retrocedí de nuevo, tomándome sus palabras como un insulto, y Adam hizo una mueca de

inmediato—. Els, no quería que sonara así. Lo que quería decir... es que tú no eres cualquier chica.

—Mira, Braden ya me ha dado la charla hace tres horas por teléfono.

—Ellie. —Me dedicó una mirada que decía claramente «cállate»—. Tú eres especial. Mereces a un chico que lo entienda, y un chico que lo entienda no intentaría nada demasiado travieso esta noche, ¿de acuerdo?

—¿«Demasiado travieso»? — Levanté las cejas—. Estoy bastante segura de que Sam no intentará nada demasiado travieso.

—Els, eres una romántica, y además

eres joven. Los chicos de su edad... no son románticos. Solo tienen una cosa en mente, y únicamente esa cosa. Y ese pequeño cerdo no la obtendrá de ti.

Enfadada ante su sugerencia de que era una cría cándida, le rocé al pasar por su lado.

—¿No tienes una cita comatosa esperándote en algún sitio?

—Pequeño polluelo descarado. — Se quejó y me siguió cuando salí de la habitación y me dirigí a las escaleras—. Te prefería cuando eras una enana monísima y nunca respondías.

Gruñí ante sus palabras, y el gruñido se volvió ronco al oír el timbre.

—Maldita sea —dije casi sin aliento, y bajé corriendo el último tramo de escalones mientras Braden salía del comedor con un botellín de cerveza en la mano. Mis ojos se abrieron ante su repentina aparición y los suyos se ensombrecieron al ver mi vestido. Hice una carrera con él y choqué con la espalda de Clark, que daba la bienvenida a mi cita en la puerta.

—Precisamente aquí llega —dijo este, y volví a tropezar con él, dirigiéndole una mirada inquisitiva. Estaba siendo muy evidente e intimidante. Era marciano.

—Sam. —Tomé aire, sintiendo

mariposas volar agitadas de nuevo al verle.

Sam era tan alto como Braden, a pesar de que su estructura era más delgada y larguirucha, y tenía un pelo desordenado castaño claro que parecía tener vida propia. Se había hecho famoso en el colegio por ese pelo. Todas las chicas querían ser la que peinara con los dedos aquel cabello. Y tras esta noche esperaba ser yo esa chica.

Sam dejó de mirar a Clark con cautela y entonces me lanzó una sonrisa que marcó sus hoyuelos.

—Ey, Els, estás estupenda.

—No lo está. —Braden apareció de repente tras mi espalda y la de Clark, y cerré los ojos de auténtico dolor al sentir la tensión de Adam a su lado. Los dos intentaban freír el culo de Sam como si tuvieran rayos en los ojos—. Está como una niña de quince. Recuerda eso.

«Oh, Dios. Mátame. Mátame ahora».

—Si la tocas, me aseguraré de que pierdas cualquier sensibilidad. Permanentemente —le advirtió Adam amenazadoramente.

—Lo suscribo —gruñó Braden.

Cuando me atreví a abrir los ojos, con el corazón en la garganta, encontré la cara de Sam mirando cenicienta a

Braden y Adam como si fueran merodeadores vikingos llegados para cortarle la cabeza.

—¿Qué está pasando aquí? —La voz de mamá envió un latigazo de alivio por mi cuerpo—. Apartaos de la puerta. — Adam y Braden fueron enviados a segunda línea, y Clark les siguió, hasta que mi madre, Elodie Nichols, quedó sola frente a la puerta. Alta y esbelta, era también maravillosa, y en ese preciso momento un ángel.

—Gracias —dije agradecida.

Vio mi expresión y lanzó una mirada dura por encima de su hombro hacia los hombres que se batían en retirada. Tuve

la sensación de que de alguna manera recibirían una reprimenda verbal que haría parecer lo de Sam un juego de niños.

Cuando se dio la vuelta de nuevo, tendió la mano a mi cita.

—Elodie Nichols, es un placer conocerte, Sam.

—Para mí también, señora Nichols —respondió en voz baja, estaba claro que aún no se había recuperado.

—Bueno, será mejor que dejemos que os marchéis. —Sus ojos brillaron mientras me colocaba un mechón detrás de la oreja y me daba un beso en la mejilla—. Pásalo bien, pequeña. Vuelve



antes de las once.

—Gracias, mamá.

—¿Llevas tu teléfono?

Asentí con la cabeza y bajé velozmente los escalones de la puerta principal, empujando con delicadeza a Sam hacia la calle. Él no dijo ni una sola palabra mientras nos encaminábamos a la parada del autobús.

—Ignóralos, es lo más sencillo —le aconsejé, finalmente—. Solo estaban jugando contigo.

Me dedicó una débil sonrisa y comprobó su reloj.

—La película comenzará en breve. Será mejor que nos demos prisa.

\*\*\*

Pegué un portazo al entrar, esforzándome en contener las lágrimas que parecían empeñadas en brotar de mis ojos.

—¿Eres tú, pequeña?

Sintiéndome miserable y necesitada de un abrazo maternal, me arrastré desde el recibidor hasta el comedor solo para encontrarme con una sorpresa mayúscula.

Eras las diez y media, y Braden y Adam seguían en casa.

Mamá y Clark estaban en los

sillones, Braden y Adam en el sofá, ninguno de los cuatro miraba ya la televisión, sino a mí.

Los miré y supe por qué estaban allí, y lágrimas de rabia me anegaron los ojos.

—¿Cómo ha ido tu cita? —preguntó mamá, aunque vaciló al ver mi expresión.

—Fatal. —Dejé de mirarla para posar mis pupilas en Braden y Adam—. No volverá a pedirme que quedemos por culpa de estos dos idiotas.

—Bien —respondió Braden categóricamente—. Eres demasiado joven para tener citas.

—No es demasiado joven. —Mamá suspiró.

—Es demasiado joven —convino Adam—. Y mira lo que lleva puesto.

—No hay nada de malo en lo que lleva. Se ha puesto unas medias espesas.

—Tiene quince años —argumentó Braden—. Tiene todo el tiempo del mundo para tener citas. Debería centrarse en sus estudios.

—Oh, sueñas como un viejo carcamal, Braden.

—No me puedo creer tu actitud, Elodie —siseó Adam—. Creí que serías más cuidadosa con estas cosas.

—¿Cuidadosa? —farfulló mamá—.

Era una cita.

Mientras reñían, toda mi furia tuvo tiempo de calentarse hasta hervir y hacer arder mi humillación. El chico más agradable, guapo e interesante del colegio me había pedido salir y mi hermano y su mejor amigo lo habían arruinado todo.

—Me gustaba —les informé de pronto, calmada pero en un tono que cortó la discusión. Y una lágrima se deslizó por mi mejilla mientras seguía hablando—. Realmente me gustaba. Vosotros dos lo habéis estropeado todo y ni siquiera os importa.

Me dolía el pecho por la presión de

la angustia. Me precipité corriendo a las escaleras, ignorando la llamada de Braden.

—Yo iré —le dijo Adam, lo que provocó que mis piernas se movieran más deprisa por los escalones.

Cerré la puerta de mi habitación de un golpe, escondí la cara en la almohada y lloré sobre ella.

Oí un golpecito en la puerta por encima de mis fuertes sollozos y levanté la cabeza lo justo para gruñir.

—Lárgate.

Escondí de nuevo la cabeza bajo la almohada y esperé.

Dado que sabía cuan tenaz era Adam

no me sorprendió que obviara mi petición. Oí cómo se abría la puerta y el crujido del suelo conforme se acercaba a la cama. El colchón se hundió a mi derecha y le oí suspirar.

—Lo lamento —se disculpó con la voz llena de sinceridad—. Cariño, lo lamento.

No dije nada, la garganta me ardía más hondo aún cuando me caí en la cuenta de que era la primera vez que me había hecho daño.

—Els...

Saqué la cara de la almohada y entonces pude verle. Ignoré su mirada de preocupación en su joven, maravilloso

rostro y le dije con gravedad:

—Solo lárgate, Adam.

Se pasó la mano por el pelo, mirándome más intensamente.

—Mira, me siento como una mierda, Els. No pretendía arruinarte la noche. Tampoco Braden.

—Oh, estoy segura de que cuando habéis amenazado con deprimir su sistema nervioso no teníais ninguna intención de estropear mis opciones con él.

—Dios —se quejó Adam—. Eres demasiado lista para tu edad. Es como discutir con una mujer adulta.

—¿Y cómo sabes tú lo que es



discutir con una mujer adulta? Nunca te quedas el tiempo suficiente al lado de la misma para lograr cabrearla.

Torció el gesto ante mi respuesta y agitó la cabeza.

—Dios —repitió.

Tras un minuto de silencio se giró de nuevo hacia mí. Su expresión ya no contenía diversión alguna. De hecho se le veía terriblemente serio.

—Si ese crío se aleja de ti porque no es lo suficientemente hombre para plantar cara a la preocupación de tu familia, entonces es que no es el tipo de chico con el que quieres estar.

La palabra «familia» presionó ese

pequeño botón en mi interior. Le fulminé con la mirada y estallé:

—No eres mi hermano, Adam. Deja de comportarte como tal.

Sentí un ramalazo de pena en el pecho al ver su expresión herida, y la culpabilidad hizo que me entraran todavía más ganas de llorar.

—Ya lo sé, Ellie.

Nos sostuvimos la mirada, y mi preocupación por él hizo que se me sonrosara la piel.

—¿Lo sabes? —murmuré un poco exageradamente.

Algo brilló por un momento en sus ojos y se puso en pie, incómodo.

—Te dejaré un rato, solo quería que supieras que nunca te haría daño intencionadamente.

No dije nada más, y Adam suspiró cansado y se marchó. Cuando cerraba oí la voz de Braden justo al otro lado.

—¿Está bien?

—Está cabreada. Dejémosla en paz durante un rato.

—Quiero hablar con ella.

—Braden...

—Te veo bajo —le cortó, abriendo la puerta. La preocupación en los ojos de Braden me bloqueó, conforme se acercaba a paso seguro a mi cama.

—Els, cariño. —Su voz era fuerte y

segura—. Lo siento mucho.

Y ante eso rompí a llorar y me lancé sobre su pecho, dejando que sus brazos me rodearan con fuerza y sus tiernos susurros me calmaran.

# Capítulo tres

—¿Perdonaste a Braden? —Adam frunció el ceño mientras mantenía el diario fuera de mi alcance.

Me encogí de hombros, recuperé el diario y lo coloqué al lado del que había escrito con catorce años.

—Tú me hiciste más daño. No a propósito, claro, pero quería que me vieras como a una mujer, no como a una niña.

Adam me miró como si estuviera loca.

—Eras una niña. Tenías quince años.

—Entonces, ¿no me viste de esa manera? ¿No aquella noche, con mi vestido minifaldero? —Le estaba provocando.

—No en aquel momento —admitió bajito, como si temiera herir mis sentimientos—. Seguías siendo la hermana pequeña de Braden por aquel entonces.

No me sentí mal. En retrospectiva, y siendo sincera, me habría preocupado si hubiera gustado a Adam siendo una chica larguirucha y plana de quince años. Aun así, sentía curiosidad.

—¿Cuándo cambié a tus ojos?

Me miró con otro «tú estás loca».

—No pienso contártelo.

—¿Por qué no?

—Porque es una de esas cosas de tíos que no entenderías y que probablemente te cabreará.

Genial. Ahora estaba definitivamente intrigada.

—No me enfadaré. Solo dímelo por favor —le supliqué con dulzura.

—Vale. —Me miró con cautela—. Fue la mañana siguiente a tu decimoctavo cumpleaños.

Mis ojos se agrandaron al recordarlo.

«¿En serio?»

—Sí, la mañana en la que tú... oh,

casualmente, me dijiste que habías perdido la virginidad.

¿Fue ese el momento en que se dio cuenta de que sentía algo por mí? Dios... Joss tenía razón, los hombres era trogloditas. Aquella mañana regresó a mi mente vívida y detalladamente, y solté una carcajada cuando reviví toda la situación sabiendo que Adam había estado celoso. Guau. No fue lo que me pareció en aquel momento.

—Supe que estabas enojado conmigo, pero creí que era otro de esos episodios de «hermano mayor sobreprotector».

—¡No! —Adam movió la cabeza



sombríamente, se echó hacia atrás y se apoyó en las palmas de las manos—. Fue uno de esos episodios «estoy buscando a la hermana pequeña de mi mejor amigo, que me acaba de decir que se ha acostado con un tío por primera vez y lo único que veo son sus labios hinchados y su pelo revuelto recién salido de la cama y me he puesto jodidamente cachondo». —Sus ojos se detuvieron en mi boca conforme recordaba—. Mi cuerpo reaccionó a lo que habías dicho antes de que pudiera hacerlo mi cabeza. De repente me encontré preguntándome cómo sería ser acariciado por tus labios, a qué sabrías,

cómo me sentiría al tener tus largas piernas alrededor de mi espalda mientras empujaba dentro de ti... —Me sacudí, notando cómo se me calentaba la piel ante el conocimiento de que Adam había estado teniendo pensamientos lascivos sobre mí durante mucho tiempo sin que yo tuviera ni idea—. Así que me cabreé. Conmigo por desearte así. Y también contigo... por dejarle probarte...

Nuestras miradas se encontraron y mi respiración se tornó pesada.

Supe que si no decía nada terminaríamos haciendo el amor en la segunda habitación antes de que

pudiéramos acabar nuestro paseo por el sendero de la memoria. Y sinceramente estaba disfrutando de aquel viaje.

Me aclaré la garganta y saqué otro diario, mirándolo rápidamente por encima. Encontré lo que buscaba y se lo coloqué en las manos.

—Deberías saber —le murmuré con cariño— que todo lleva a ti.

*Domingo, 30 de abril*

*Anoche perdí la virginidad. Con Liam. No fue como había soñado que sería. No fue con quien quería que fuera. No fue con alguien de quien estuviera enamorada como siempre juré que lo haría. Y dolió. Y después dejó de doler. En realidad no estuvo*

*tan mal. Pero otra cosa dolió anoche, y a diferencia del sexo no dejó de doler. No ha dejado de doler...*

El salón de actos del hotel Marriot estaba completamente lleno, y cuando miré a mi alrededor me di cuenta de que había gente a la que ni siquiera conocía.

De cualquier modo, había muchos invitados, y Allie había declarado mi fiesta de decimoctavo cumpleaños todo un éxito, y eso que todavía no se había terminado. Braden había alquilado una de las salas del hotel, y contratado un *DJ* y catering. Mi familia había invitado a más familia, y también a amigos que habían invitado a más amigos, y mis

amigos habían invitado a sus amigos. Era una multitud, el bufé prácticamente se había agotado y la pista de baile estaba a rebosar.

El equipo de catering salió del privado con más frivolidades para comer y me molestó ver cómo Adam detenía a una de las camareras más guapas cuando esta pasaba y le decía algo que le hizo reír y ladear la cabeza coqueteando. Los vi e ignoré el ataque de celos.

—¿Te he dicho ya lo sexy que estás esta noche?

Me vi impulsada hacia atrás contra un cuerpo tibio y alcé la barbilla apenas

para encontrarme con el rostro atractivo de Liam. Me sonreía con los ojos brillando ligeramente. Iba achispado, pero no bebido como Adam, que había comenzado a «ponerse alegre» una hora antes de que la fiesta comenzara. Y siguiendo su costumbre se había buscado la vida solo. Por los comentarios sueltos que había oído a Braden a lo largo de esos años, Adam era un auténtico mujeriego que nunca se acostaba con mujeres con las que previamente había tenido una cita. Probablemente porque él no tenía citas.

Liam en cambio trataba de mantenerse sobrio. Y yo creía saber por

qué. Tenía diecinueve, estudiaba en la Universidad Napier, y nos conocimos cuando me pasé a ver su universidad el año anterior. Nos habíamos mantenido en contacto, chateando, hasta que el aparentemente conservador Liam me había pedido una cita hacía seis semanas. Habíamos estado jugando un poco (me había proporcionado mi primer orgasmo), pero me había mostrado reacia a acostarme con él. Me había llenado la cabeza con muchas novelas y películas románticas hasta convencerme de que mi primera vez sería con alguien de quien estuviera enamorada. A pesar de que me gustaba

Liam y me sentía atraída por él, no estaba enamorada todavía. De todas formas estaba casi segura de que él pensaba que, porque yo cumplía los dieciocho esa noche, iba a ser la noche. Y era la razón, por tanto, de que tratara de mantenerse sobrio.

Estaba algo tensa, porque aún no sabía cómo iba a lograr quitarle la idea de la cabeza.

Sonriéndole, asentí avergonzada.

—Quizá lo hayas mencionado una o dos veces.

Liam sonrió, deslizando las manos hasta posarlas en mis caderas.

—Vale la pena mencionarlo más de



una vez. Todos los tíos presentes piensan que soy un cabrón con suerte y probablemente tengan razón.

Sus labios rozaron los míos y fue bonito. Verdaderamente bonito. Pero desde mi primer beso con Pete Robertson un viernes noche que quedamos varios amigos en la bolera, unos meses después de mi desastrosa cita con Sam, no había sentido eso de lo que las novelas románticas hablaban. Había besado a cinco chicos desde entonces y ninguno de aquellos besos hizo que mi piel ardiera ni que mi cuerpo vibrara ni que mi estómago revoloteara. Comenzaba a creer que las

novelas románticas me habían llevado por el mal camino.

—No pretendo interrumpir, pero quiero un baile con la chica del cumpleaños.

Ante el sonido de la voz de Adam, rompí de inmediato cualquier contacto con Liam y di media vuelta para encontrármelo de frente, dirigiendo una mirada a Liam de «tienes cinco segundos para quitarle las manos de encima o te rompo la cara». Hacía dos años y medio que había empezado a salir con chicos, y Adam y Braden todavía se divertían apabullando a los asustadizos de mis novios.

Afortunadamente este no se amedrentaba con facilidad.

Liam presionó mis caderas.

—Voy a pedirte algo de beber. Estaré fuera con Allie y los chicos.

Asentí y lo vi desaparecer en la distancia, entre la multitud.

Una mano cálida en la cintura me devolvió la vista hacia Adam, quien me sonrió al tiempo que me acercaba a él. Tan pronto mi cuerpo rozó el suyo sentí el familiar cosquilleo otra vez, descendiendo por mis piernas cuando el brazo que Adam tenía en mi cintura se cerró, su otra mano cogió la mía y la acercó a su pecho. Coloqué la otra en su

hombro y me dejé llevar por él. Estar tan cerca el uno del otro hacía que me costara respirar e intenté con todas mis fuerzas que él no lo notara. Las yemas de sus dedos presionaron justo encima de mi trasero, y como llevaba un vestido con la espalda al aire el contacto fue piel con piel. Mi cuerpo reaccionó de una forma que reconocí y agaché la cabeza, incapaz de mirarle.

Había estado en la habitación de Liam un par de semanas antes y habíamos estado besándonos y toqueteándonos. Las caricias se habían tornado más íntimas de lo que yo solía permitir, así que cuando su dedo se

deslizó bajo la falda para meterse en mi ropa interior y tocarme ahí casi me caigo de la cama. Lo había sentido al mismo tiempo entre las piernas y en los pechos. Colocó un dedo en el clítoris y jugó con él hasta que mi cuerpo empezó a resquebrajarse lentamente para romperse de pronto en una explosión de placer.

Adam no había necesitado una mano entre mis piernas. Había sido suficiente sentir su tacto para que los familiares cosquilleos vibraran dentro de mí también.

—¿Estás disfrutando de tu cumpleaños?

Bajé la vista para mirarle, con la cara casi pegada a la suya. Yo medía uno ochenta, era solo seis centímetros más baja que Adam, pero aquella noche me había puesto tacones altos que me hacían un poquito más alta que él. También debió de darse cuenta, porque sonrió y me miró rápidamente de arriba abajo, mientras le respondía.

—Sí, me estoy divirtiendo.

—¿Has abierto ya algún regalo?

—No, iba a hacerlo más tarde y creo que ahora todo el mundo está un poco bebido como para importarle, tú incluido.

—No estoy bebido, algo achispado,

eso es todo. —Entornó los ojos—. Tú no has bebido ¿verdad?

Entrecerré los míos.

—Adam, tengo dieciocho años, legalmente me está permitido beber.

—¿Eso es un sí o un no?

—He tomado un par de chupitos, eso es todo.

Permanecimos callados durante un tiempo e incluso me permití relajarme sobre él. Hasta que flexionó sus dedos sobre mi espalda y un escalofrío me recorrió. Adam se tensó, como si se hubiera percatado de mi reacción, y alcé la cara rápidamente para confirmarlo. Sus ojos oscuros brillaban de una forma

que no había visto nunca.

Tragué saliva.

Me observó por un momento y me encontré todavía más apretada contra su cuerpo. Mis dedos se curvaron alrededor de su hombro. Sus siguientes palabras casi me vuelven loca.

—Eres la cosa más hermosa que he visto nunca, Els —me dijo, con la voz ronca por la emoción.

Mis ojos se agrandaron, conmocionados ante su comentario, y el corazón me hizo un ruido sordo dentro de las costillas. ¿Adam creía que era guapa? No, no solo guapa, sino «la cosa más hermosa que jamás hubiera visto».



Guau.

De acuerdo. Mi pecho subía y bajaba con rapidez.

—Adam —respondí en voz baja, sin saber si hablaba en sentido platónico o si al fin había abierto los ojos para ver que ya no era una niña. Para empezar ahora tenía pecho.

—Me preocupo por ti a todas horas —confesó—. Eres tan dulce y amable, demasiado amable a veces. Me agobia pensar que alguien pueda herirte y yo no esté ahí para detenerle.

Era cierto que tendía a ver lo mejor de cada persona, y que tenía un pequeño complejo de heroína (me preguntaba de

dónde habría salido eso), pero no era tonta. Era una mujer y podía salir adelante sola. Así se lo dije.

—No me refiero a eso. Acaparas mucha atención masculina, Ellie, y a veces es difícil distinguir a los gilipollas. Por ejemplo, el tío con el que has venido esta noche. Flirtea mucho... especialmente con cualquiera que tenga tetas y un par de buenas piernas —gruñó Adam.

Ofendida ante el insulto, intenté apartarme.

—Liam es un buen chico.

—Liam solo busca una cosa. Si lo sabré yo...

—De acuerdo, ya la has acaparado demasiado. —De repente Braden estaba detrás de nosotros, sonriendo—. Quiero un baile con la chica del cumpleaños.

Adam me abrazó más fuerte, hasta que pareció darse cuenta de lo que hacía, entonces me permitió separarme y sonrió a Braden. Nos miramos una última vez y de repente él ya no estaba y era Braden quien me rodeaba con sus brazos.

¿Qué demonios acababa de ocurrir? ¿Había Adam Sutherland... acaso él... era aquello algo más que un consejo de amigo? La forma en que me había tocado, cómo me había hablado, cómo

me había mirado. Todo había parecido diferente, lo había sentido diferente. Mi corazón latía desenfrenadamente, una burbuja de frívola esperanza flotando dentro de mí. El pobre Liam se había perdido en el olvido mientras yo me perdía en mis propios anhelos y fantasías.

—Estoy orgulloso de ti —me dijo Braden con aspereza, devolviéndome al salón, lejos de mi búsqueda de trajes de novia y de la elección de mi dama de honor. Me preguntaba si debería ser Allie, dado que era a la que conocía desde hacía más tiempo.

Sonreí a mi hermano mayor,

sintiendo mi pecho expandirse ante su declaración.

—¿Y eso?

—Por muchas razones. Por entrar en la Universidad de Edimburgo. Por preocuparte por Elodie y Clark, y por ser una buena hermana mayor con Hannah y con Dec. Y por ser una gran hermana pequeña conmigo. Ha sido un año difícil, Els, y te estoy muy agradecido por tu ayuda.

Le abracé fuerte por un segundo, mi corazón dolorido de nuevo por él. Tras enamorarse y casarse con su novia australiana, Analise, Braden pidió el divorcio al encontrársela acostándose

con un antiguo amigo suyo del colegio en una de las propiedades vacías de la New Town<sup>[2]</sup>. La muy zorra lo había estado haciendo pasar por el aro durante los últimos nueve meses de su matrimonio para engañarle después con un viejo amigo. Era la última traición. Peor, nuestro padre fue el primero en darse cuenta, y había guiado a Braden hasta que este descubrió a la traidora pareja. Aquellos eran los modos de papá. Pero Braden no pareció molestarse con él. Incluso pareció agradecersele. Yo, por otro lado, creí que era un gilipollas insensible. De nuevo, no albergaba precisamente

sentimientos tiernos por Douglas Carmichael en aquel momento (o alguna vez).

Como si me leyera la mente, Braden susurró:

—Papá lamenta no poder estar aquí, Ellie. Yo también lo lamento.

—No te disculpes en su nombre. —  
Aparté la cara, mirando hacia arriba para detener las lágrimas.

Hay quien pensaría que después de dieciocho años de abandono a esas alturas ya estaría hecha a él. Desgraciadamente el dolor nunca terminaba de irse. Simplemente no lograba entender que veía de malo en mí

Douglas Carmichael para rehuirme una y otra vez. Cumplía dieciocho, por el amor de Dios, y no podía levantar su rico culo para venir a ofrecerme sus mejores deseos en mi cumpleaños.

Braden suspiró de nuevo y le oí soltar una palabrota en voz baja. Tenía ahora una buena, equilibrada relación con nuestro padre y yo no quería ser causa de ningún problema entre ellos, así que le di un apretón y sonreí.

—Estoy bien. Estoy mejor que bien. Estoy rodeada de amigos y familia que se preocupan por mí. Y eso es todo lo que me preocupa a mí.

Compartimos otra sonrisa y otro



abrazo durante unos segundos, antes de que la música subiera el ritmo, y mi madre y Clark se acercaran a nosotros. Baile con los dos a la vez, riendo como una boba cuando me empujaban moviéndose de una manera que no debía haberse visto en al menos dos décadas.

A medida que avanzó la noche alterné con mi familia y mis amigos, pero mis ojos se movían errantes entre la multitud en busca de Adam. Mi estómago era un motín de mariposas, y no podía quitarme sus palabras de la cabeza.

«Eres la cosa más hermosa que he visto nunca, Els».

Sonreí por algo que Allie le dijo a Liam y vi que él se moría de la risa, pero no tenía ni idea de qué iba el tema. Mi cabeza estaba estancada rebobinando.

Cuando la habitación empezó a estar demasiado cargada, pedí una botella de agua, me escabullí por la puerta trasera y encontré la dirección a la salida. Era la de incendios y me llevó a la parte de atrás del hotel, donde se almacenaban los contenedores de basura. Me deslicé silenciosamente, aspiré profundamente y disfruté de la paz. Me tomaría un momento para darle vueltas a la cabeza sobre lo que había ocurrido y si lo que

creía que había ocurrido era lo que realmente había ocurrido.

Sentí que una sonrisa tonta comenzaba a estirarme los labios cuando un gruñido seguido de un gemido me dejaron helada. Mi corazón se aceleró un poco al tiempo que entendí lo que aquellos sonidos significaban y con lo que había tropezado. Cuando se oyó otro gruñido me cubrí la boca con la mano para contener la risa que amenazaba con brotar.

—Sí —gimió una voz femenina—. Adam..., oh, Dios mío.

La risa murió instantáneamente y la sangre se agolpó en mis oídos. Sentí

arder el fondo de la garganta. Como si el diablo o algo masoquista que tuviera dentro me impulsara, me aupé en silencio para ver tras los contenedores.

Cualquier esperanza que pudiera haber tenido explotó y se desintegró a mi alrededor.

Ví a Adam tirándose a una de las camareras del catering contra una pared de ladrillos, y me di cuenta de lo tonta que era. Un cría, cándida e idiota.

La rabia se instaló en mí. La frustración. El dolor... como si en cierto modo no fuera lo bastante buena. No para Adam. No para mi padre.

Fruncí el ceño. Había alguien para

quien sí era lo bastante buena, así que ¿a qué estaba esperando? ¿Flores y sonetos y un hombre arrodillado? Aquello no iba a ocurrir. Esto era el mundo real. El sexo era sexo. No había nada mágico en él.

Eso estaba claro.

No era una persona irascible por naturaleza, pero la hoguera de los celos había sido alimentada y regresé al hotel en silencio. En cuanto estuve dentro la imagen de Adam moviéndose contra la camarera volvió a mi retina. Me sentí enferma. Bebí más agua y tomé una decisión. Necesitaba sacármela de la cabeza.

Encontré a Clark hablando con su hermano en el salón de reuniones y, gracias a Dios mi madre, no estaba cerca, porque lo que iba a pedir seguramente a ella no le haría feliz.

—Els, ¿qué quieres hacer con los regalos? —Señaló la mesa al fondo en la que habían sido colocados.

—¿Puedo pedirlos a mamá y a ti un gran favor?

Sonrió, adivinando cuál era el gran favor.

—¿Quieres que nos llevemos nosotros los regalos a casa?

—Mis amigos y yo querríamos ir a una discoteca, si os parece bien.

Clark me miró por un momento y al final suspiró.

—Vete antes de que tu madre te vea. Y ten cuidado.

Asentí y le di un beso en la mejilla. Me fui y al llegar a la pista de baile encontré a Liam y a Allie bailando juntos. Aparté a Liam a un lado y lancé una sonrisa de disculpa hacia Allie.

—¿Qué pasa? —me preguntó, sonriente.

Le miré a los ojos y me dio un vuelco el estómago al tiempo que le decía significativamente:

—Vámonos.

Su cuerpo se tensó y sus cejas se

unieron.

—¿Solos tu y yo?

—Sí.

—¿Adónde quieres ir?

Presioné mi cuerpo contra el suyo, dejando claras mis intenciones.

—¿Adónde quieres llevarme?

Liam respiró hondo y respondió:

—Podría reservar una habitación.

—De acuerdo, entonces.

Nos fuimos enseguida, escabulléndonos de la fiesta antes de que mamá o Braden pudieran verme. Los nervios me atenazaban conforme nos acercábamos a la recepción del hotel, y me costó no vomitar cuando Liam pagó



una habitación.

Cada centímetro de mi cuerpo temblaba mientras el ascensor nos subía a la primera planta, y cuando entramos a la habitación empezamos a besarnos y pudo sentir que me temblaban los labios.

—¿Estás segura de esto? —susurró en mi boca.

La imagen que intentaba sin éxito borrar de mi mente relampagueó de nuevo. Quería cosquilleos y excitadas mariposas, quería pieles sonrojadas y pasión. Quería confianza y seguridad, quería afecto y risas. Quería lealtad y amistad. Quería amor.

Desgraciadamente la vida me había

gastado una broma cruel y me había enamorado de la única persona a la que jamás podría tener.

Pero que no pudiera tenerle, en todo caso, no significaba que no pudiera tener una vida. Ninguna de mis amigas era virgen todavía. ¿Qué era eso sino una molestia? Me gustaba pensar en plan romántico que era un regalo. Se suponía que lo que había sido era una marca de propiedad. Pero estábamos en el siglo XXI. No pertenecía a nadie. Y mi virginidad era algo que podía entregar a quien me diera la gana.

—Sí —le susurré en respuesta, alcanzando el lazo halter de mi vestido y

desanudándolo—. Sí, estoy segura.

Afortunadamente Liam se tomó su tiempo. Me hizo alcanzar un orgasmo antes de ponerse un preservativo y entrar en mí, así que estaba tan preparada como se podía estar. Aun así, dolió. Después de un rato el dolor disminuyó y me sentí bien con lo que hacíamos. Liam lo disfrutó. Intentó aguantar hasta que yo llegara con él, pero no lo hice. No podía dejar de pensar una y otra vez, mientras él entraba y salía de mi cuerpo, que la había jodido a lo grande.

Me había prometido a los catorce años que la primera vez que hiciera el

amor lo haría estando enamorada.

En cambio estaba acostada en la habitación de algún hotel con un chico que meramente me gustaba y que casualmente había aceptado el regalo que le ofrecía. Sentí un gran peso en el estómago cuando Liam terminó. Me mantuve despierta, escuchándole roncar a mi lado e insultándome como nunca por permitir que la rabia y los celos me robaran lo mejor de mí.

\*\*\*

Estuve allí durante un par de horas, hasta que finalmente decidí que no podía

soportar quedarme en la habitación del hotel. Pasadas las cuatro de la madrugada salí a hurtadillas y pedí en recepción que llamaran a un taxi. La mujer de recepción echó una mirada a mi pelo revuelto y al estado revelador de mi vestido y supo exactamente qué había estado haciendo. La sonrisa que me dedicó me hizo sentir barata, y me di cuenta enseguida de que lo que me hacía sentir barata era que yo sentía que había actuado de una forma barata.

Intenté no llorar mientras el taxi me llevaba a casa, y definitivamente intenté no llorar cuando entré silenciosamente en ella. Avanzaba hacia las escaleras

cuando una cabeza se asomó por la cocina, lo que me dio un susto de muerte. Tomé aire agarrándome el pecho con la mano, asustada.

Seguí a Adam a la cocina y cerré la puerta tras de mí. Observé su rostro y vi sus ojos inyectados en sangre. El olor a café inundaba el ambiente y vi tostadas con queso en un plato. Obviamente tenía resaca e intentaba disminuir los efectos. Estaba demasiado ocupada mirando alrededor para advertir su enfado.

—¿Dónde coño has estado? —me siseó.

Le miré mal, culpándole momentáneamente por la pérdida de mi

virginidad.

—Por ahí.

—¿Dónde?

—Simplemente por ahí.

Frunció el ceño.

—¿Con quién?

—Con Liam.

La cara de Adam se ensombreció al instante, dio un paso hacia mí y miró primero mi pelo hecho un lío y se fijó después en mi boca. Sus ojos se detuvieron en ella hasta que me toqué los labios, preguntándome qué tendrían de fascinantes.

—¿Qué habéis estado haciendo? — preguntó finalmente, con brusquedad.

Y aquel fue el punto de la conversación en el que perdí los nervios. Mi pérdida de control se convirtió en hastiada petulancia.

—Tengo dieciocho años, Adam. Puedo acostarme con mi novio.

Su cuerpo se sacudió, como si le hubiera disparado.

—¿Sexo? —respondió ahogadamente.

Me encogí de hombros como si mi corazón no estuviera martilleando contra mi caja torácica.

—Era el regalo que me hacía a mí misma.

Tomó aire, sus ojos sobre mí de



nuevo.

—¿Me estás diciendo... que has perdido la virginidad esta noche?

Asentí con la cabeza despacio, había algo en sus palabras, un filo que me hizo asustarme un poco.

La mirada de Adam era alarmante y me mantuve allí retorciéndome mientras me devoraba de los pies a la cabeza. Me ruboricé ante su examen, no muy segura de lo que estaba ocurriendo. Pero entonces me lo dejó claro, girando sobre sus talones y empujando la puerta de la cocina para abrirla. Sin preocuparse por quienes dormían. Adam se precipitó fuera de la casa, dando un portazo al

salir.

Tomé un temblorosa bocanada de aire y comprendí dónde estaba el límite entre nosotros ahora.

Adam me veía como su hermana pequeña. Ningún hermano mayor quería oír que su hermana pequeña se había «entregado a alguien». Más allá incluso, me preguntaba si se sentiría tan decepcionado conmigo como lo estaba yo. Me conocía. Sabía que creía en las noches estrelladas y en los amaneceres y el «felices para siempre». Había comprometido aquello en lo que creía teniendo sexo casual con un chico al que apenas conocía.

Las lágrimas llegaron y corrí a mi habitación con la visión borrosa. Cogí ropa interior limpia y un pijama, y los metí en el baño conmigo. Estuve en la ducha durante más de media hora, llorando todo el tiempo.

Al menos, me dije, había aprendido una gran lección.

Había aprendido que había cosas en la vida que nunca se podían recuperar.

# Capítulo cuatro

Adam dejó de leer y me miró con algo parecido al remordimiento en los ojos. No quería que se sintiera mal, solo quería que entendiera que incluso aunque mi primera vez no hubiera sido con él, siempre quise que lo fuera.

—Cariño, lo siento —susurró.

Fruncí el ceño y agité la cabeza.

—No lo sientas. No era eso... Solo quería que supieras que siempre has sido tú.

—Pero tu primera vez tendría que haber sido especial, Els. Tendría que haber sido romántica.

Me encogí de hombros.

—En el gran orden de las cosas, eso no es lo peor que pasó. Papá...

—Douglas murió apenas unos días después de tu cumpleaños.

—Sí —respondí en voz baja, recordando haber estado hecha un lío tras la muerte de mi padre. Me había apenado, claro que sí, pero no estaba segura de si lamentaba la muerte de mi padre o la muerte de Douglas Carmichael. Para complicar más las cosas me dejó una cantidad enorme de dinero y me costó mucho reconciliarme con cómo me hacía sentir la herencia. Sin tener en cuenta...—. Estaba muy

enfadada con él y murió estando muy enfadada con él.

Adam se deslizó y pasó su brazo alrededor de mis hombros, estrechándome con fuerza.

—Ellie, creí que habías dejado de sentirte culpable por eso. Era un padre de mierda, tenías todo el derecho a estar enfadada con él, sin importar lo que ocurriera.

Asentí y me acurruqué contra él, percibiendo su esencia y la de su loción para después del afeitado. Olía bien. Él siempre olía bien.

Estuvimos sentados en silencio durante un rato hasta que Adam dijo:

—Solo para que lo sepas, apenas recuerdo qué ocurrió con la camarera del catering. Y no tenía ni idea de lo que te había dicho en tu fiesta de cumpleaños, de que te llamé hermosa y te dije que me preocupaba por ti todo el tiempo. Putos mensajes contradictorios. Iba bastante borracho aquella noche.

—Lo sé, pero al final tenías razón sobre Liam, acabó engañándome con Allie.

—¿Por eso dejaste de hablarte con Allie? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque te habrías pegado con el imbécil de Liam.

—Cierto.

Resoplé.

—Siempre queriendo luchar mis batallas por mí.

—Contigo, cariño. Contigo, no por ti.

Encantada con eso, me giré y le besé, atraída por el ahora familiar contacto de su boca sobre la mía. Me aparté y ladeé la cabeza.

—Creí que el año en que habías comenzado a verme como una mujer fue el año siguiente a mis dieciocho.

—¿El año siguiente a...? —Adam frunció el ceño y reflexionó durante un minuto hasta que su mirada se aclaró conforme recordaba—. El casi beso.



Mientras él leía la entrada anterior yo había estado buscando esa esperando que me dijera que fue entonces cuando empezó a verme como algo más que la hermana pequeña de Braden. Cogió el diario con una pequeña sonrisa mientras los recuerdos volvían a él.

*Viernes, 5 de julio*

*Esta noche he tenido mi primera cita adulta, sofisticada y, bueno, CALIENTE. Es solo que no estoy segura de con quién la he tenido...*

Mientras Christian me ayudaba a salir del taxi me pregunté si iba a ser «este». Christian era atractivo,

encantador, todo un caballero, y tenía clase. Todavía no me había hecho reír, pero estaba segura de que eso llegaría a medida que nos sintiéramos más cómodos el uno con el otro.

Me sonrió de nuevo y estiró el dobladillo de mi vestido negro hacia abajo. Yo lo había subido un poco mientras estábamos en el taxi.

—Estás estupenda.

Me ruboricé. Cuando me miraba me sentía estupenda. Llevaba un vestido liso, negro y sin mangas que debería haber sido de alguna manera recatado teniendo en cuenta su modesto escote y su corte hasta media rodilla. En cambio

el vestido abrazaba cada centímetro de mi cuerpo dejando poco a la imaginación. Era un vestido sofisticado con un toque sexy.

Lo había comprado ese mismo día especialmente para Christian.

Nos habíamos conocido una semana antes en la asociación de estudiantes. Él estaba en derecho, era dos años mayor que yo y venía de una buena familia, con dinero, además. Tenían una propiedad familiar en las Highlands<sup>[3]</sup>. Pero desde luego no era nada de eso lo que me atraía de él. Fue su comportamiento el día en que nos presentaron, abierto y honesto, lo que me llegó hondo. Me hizo

sentir que yo también podía ser abierta y honesta con él. Que podía ser yo misma.

Christian me dijo que aunque su familia tenía una casa en las Highlands, tenían también una en Corstophine, un barrio residencial al oeste de la ciudad. Sus padres la habían comprado cuando su hermana se trasladó a la ciudad y comenzó a tener hijos. Estaba embarazada del tercero, y toda la familia se hallaba cerca para apoyarla. Eso decía mucho a favor de ellos y estaba casi emocionada ante la idea de conocerles.

Para mi placer, Christian había encargado una mesa en el La Cour para

nuestra primera cita. No había tenido oportunidad de decirle que aquel restaurante pertenecía a Braden. Lo había heredado de mi padre. Iba a comentárselo nada más entrar, pero él comenzó a hablarme de la carta y de lo que creía que me gustaría pedir. Iba a contestarle que sabía exactamente qué cenar, dado que había estado en el La Cour más veces de las que podía recordar, cuando oí la voz de Adam llamándome.

Christian y yo estábamos siguiendo al maître hacia la mesa, cuando giré la cabeza para encontrar a Adam en el centro del restaurante con una

maravillosa morena sentada frente a él. Ignoré la llamarada de celos, que me escocía, y me recordé que estaba en plena cita con un hombre fabuloso, y que aquella maravillosa morena era únicamente una de las muchas parejas sexuales de Adam. Adam era un mujeriego, un promiscuo.

Pero era mi promiscuo, así que no pude evitar acercarme con Christian a mi lado, y una gran sonrisa pintada en la cara, pues como siempre me alegraba de verle.

Adam me sonrió abiertamente, aunque esa sonrisa se redujo un poco cuando su mirada encontró a Christian.

Pasó sus preciosos ojos de él a mí de nuevo. Me examinó con su sonrisa y cuando sus ojos volvieron a los míos estaban llenos de ternura.

—Estás sencillamente estupenda,  
Els.

No solamente me ruboricé ante su cumplido, ardí.

—Gracias —murmuré, y saludé educadamente a su pareja con un «hola». Ella me miró fijamente.

«Oh, genial».

—Adam, este es Christian.

Adam le ofreció un gesto tenso y tendió la mano a su pareja.

—Esta es Megan.

—Es Meagan —le corrigió irritada, pronunciándolo correctamente.

Vi a Adam contener un suspiro de sufrimiento. Oh, Oh. Obviamente su cita no estaba yendo bien.

—Mejor nos vamos a nuestra mesa. —Christian me empujó delicadamente por el hombro.

—Disfruta de la noche —le dije mientras le dedicaba una última sonrisa.

—Tu también, cariño.

Fui a seguir a Christian, pero solo había dado el primer paso cuando sentí una mano en el borde de mi vestido. Miré a Adam, fruncí el ceño y me di cuenta de que me estaba poniendo la



etiqueta con el precio por dentro. Enrojecí al tiempo que me guiñaba el ojo.

Cerré los ojos con fuerza. Me había dejado la etiqueta con el precio puesta. Dios, esperaba que Christian no se hubiera dado cuenta. Abriendo los ojos e ignorando deliberadamente a la cita de Adam murmuré un sentido «gracias». Sonrió, y articulé una ligera carcajada antes de apresurarme a alcanzar a Christian en nuestra mesa cruzando el restaurante.

—¿Quién era ese? —preguntó Christian en tono casual cuando nos sentamos.

—El mejor amigo de mi hermano — repliqué en el mismo tono—. Crecimos juntos.

Asintió, y seguidamente pidió vino blanco para los dos. Yo prefería el tinto.

Comenzamos a charlar esperando a que el camarero volviera, y me habló de un proyecto de caridad que estaba organizando. Se detuvo cuando vinieron a tomarnos nota y pidió por mí. Quise pensar que era más encantador que despótico, pero le informé de que era el restaurante de mi hermano y que sabía perfectamente qué quería cenar. Quedó impresionado al saber que La Cour era de Braden y durante cinco minutos le

hablé de sus otros negocios.

Después volvimos a sus cosas.

Para cuando llegó el segundo plato mis esperanzas de que fuera «este» habían disminuido considerablemente. No solo no parecía tener ningún interés real en mi persona, sino que cuanto más consciente era de lo centrado que estaba en sí mismo, más me fijaba en que Adam estaba sentado un poco más allá, en frente de mí. Adam, cuyos ojos brillaban cada vez que yo hablaba.

Justo acababa de coger el tenedor para cortar un trozo de carne cuando sonó un teléfono. Música de Debussy... ¿De verdad? Incluso su tono del móvil

era pretencioso.

Lo sacó del bolsillo y abrió los ojos como platos.

—Estaré allí ahora mismo. —Volvió a guardar el teléfono y se levantó.

Le miré fijamente, completamente alucinada. ¿Iba a dejarme allí? ¿En mitad de una cita?

—Mi hermana acaba romper aguas. —Me explicó, lo vi dejar unos billetes encima de la mesa—. Quédate, acaba de cenar. —Se inclinó y me rozó apenas la mejilla—. Te llamaré.

Y se marchó.

Siendo justa no podía odiarle porque me abandonara en la primera cita porque

se iba para estar al lado de su hermana parturienta. Ante ese pensamiento me desplomé en la silla. Christian era una buena persona. Pero también ocurría que era increíblemente egocéntrico. Me percaté de que se había comportado igual la semana anterior en la asociación de estudiantes, y que yo lo había interpretado según los criterios de mi romántico corazón para que fuera una persona abierta y honesta. Miré la comida sombríamente.

Una mano se apoyó en el respaldo de mi silla y una sombra se cernió sobre mí. Alcé la mirada para encontrarme a Adam a mi lado, con cara de enfado.

—¿Adónde cojones se ha ido? —  
gruñó.

Dios, le quería.

—Su hermana ha roto aguas.

Adam se relajó, pero no se movió.

—Estoy bien —le prometí. Aunque no estaba bien. Quería llorar. Y él lo sabía.

Se giró y llamó a un camarero por su nombre.

—¿Puedes trasladarnos a una mesa más grande?

—Por supuesto, señor Sutherland.

—Adam, no —protesté—. No quiero fastidiar tu cita.

Tomó mi mano y me alzó.

—Te has arreglado, cariño. Al menos te acabarás la cena.

Adam me tomó el brazo y me guio hacia la mesa, mientras con un movimiento de cabeza indicaba a su cita que se acercara a nosotros. Él se sentó a mi lado mientras Meagan tuvo que hacerlo en frente; su mirada brillaba de enfado.

—Ellie se une a nosotros. —Su tono no admitía discusión.

—Lo siento —murmuré disculpándome con ella.

—No te disculpes —replicó Adam con firmeza—. No tienes nada por lo que disculparte.

Los camareros nos llevaron los platos a la mesa, y mientras esperábamos Adam me preguntó por Christian.

—Bueno. —Suspiré después de tragarme un trozo de carne—. Hasta hace cuarenta minutos creía que era perfecto. Hasta hace cuarenta minutos no sabía que intentaría pedir por mí o hablar incesantemente sobre él.

Adam sonrió con malicia.

—¿Y qué me dices de su pelo? Me apuesto lo que quieras a que le ha costado sus buenos cuarenta minutos dejar ese tupé en su sitio... decidir qué espuma usar y por qué, la cantidad que



utilizar para conseguir la altura y curvatura exacta...

Reía como una boba mientras continuaba tomándome el pelo. Era cierto. Christian llevaba un tupé bastante alto. Aunque supongo que hacía cuarenta minutos hubiera hablado de su personalidad y su estilo. En ese momento me preguntaba si Adam estaría en lo cierto. Aquel hombre pasaría más tiempo arreglándose el pelo que yo y eso nunca era bueno.

Durante la cena Adam me hizo reír hasta que olvidé lo ruinoso de mi cita de aquella noche. No fue hasta que el camarero recogió nuestros platos y nos

ofreció la carta de postres cuando recordé que Meagan estaba con nosotros. Nos lo recordó ella levantándose de la silla y mirando a Adam.

—Acabo de recordar que mañana tengo que madrugar. Gracias por la cena, Adam. Te veré por ahí.

Antes de que él pudiera decir nada se había escabullido del restaurante sobre sus tacones de firma.

Instantáneamente me sentí fatal. Adam y yo no la habíamos incluido en la conversación para nada. Era una grosería por nuestra parte.

Adam debió de reconocer la

culpabilidad en mi rostro, porque negó con la cabeza.

—No te sientas mal, cariño. Ella ha empezado a quejarse en el mismo momento que he pasado a recogerla. Si he sido maleducado, ha sido en retribución a su comportamiento.

—Parece que nos rescatamos el uno al otro de unas citas horrorosas, entonces.

—Eso parece. —Sonrió y miró la carta—. Y bien, ¿qué quieres de postre?

—No es necesario —contesté con calma—. Podríamos pedir la cuenta, yo me iré a casa y te dejaré seguir la noche.

Sus ojos dejaron de leer la carta y

me lanzaron una de sus miradas de «tú estás loca».

—Els, cierra el pico y elige un postre.

Esboqué una sonrisa y bajé la vista a la carta.

\*\*\*

Salimos al calor de la noche veraniega, y Adam me tomó el brazo y lo envolvió con el suyo.

—¿Adónde vamos ahora?

Parpadeé sorprendida. Habíamos acabado la cena y había asumido que me iría a casa.

—Hummm, ¿adónde te apetece?

—El Voodoo Rooms está a solo cinco minutos a pie y conozco a los camareros, así que seguramente nos conseguirán una mesa.

Asentí, intentando que el corazón no se me saliera del pecho. Adam me llevaba a tomar algo. Nunca habíamos salido a tomar algo los dos solos. Hacía poco Braden, él y yo habíamos quedado, pero nunca Adam y yo y nadie más.

Mientras caminaba calle abajo con él, cogidos del brazo, me permití fantasear con que éramos una pareja. Eso sería lo que otras personas pensarían cuando nos vieran al pasar.

Mi pecho se encogió colmado de anhelo.

El amor no correspondido no era ni de cerca romántico, como las novelas nos querían hacer ver.

—¿A quién no conoces tú en esta ciudad? —bromeé, intentando parecer relajada a su lado.

—Todavía hay algunas personas a las que conocer. —Sonrió.

Resoplé al oírle. Adam y Braden llamaban a Edimburgo «su ciudad» y lo decían casi literalmente. Tenían conocidos en todas partes y cada vez que salía con ellos pasábamos media hora saludando a la gente. Algunos podrían decir que Adam nunca habría

llegado a tener esa relación con la ciudad de no haber crecido siendo el mejor amigo de Braden. A diferencia de nosotros, él no venía de una familia acomodada. Su padre y su madre eran gente corriente que daban la impresión de no haber querido nunca tener un hijo. Aunque no hubieran sido negligentes o crueles, sus padres habían sido distantes, y él se había pasado la niñez colgado de Braden, lamentando los veranos que él pasaba con su madre en Europa. En cuanto cumplió los dieciocho se fue a vivir a un piso de estudiantes, lo que le supuso endeudarse, pues sus padres habían

tomado un avión y se habían trasladado a Australia. Había sabido de ellos una vez al mes más o menos. Porque sí, Braden canceló su préstamo de estudios, algo que él orgullosamente se negaba a aceptar hasta que Braden lo emborrachó y grabó con su iPhone su renuncia arrastrando cada palabra. Había oído aquella grabación. Decía «te quiero, colega, eres el mejor» un montón de veces a Braden, tantas que cuando lo oí casi me hago pis encima de la risa.

Conocía a Adam lo suficiente como para saber que las diferencias de estatus no significaban nada para él. Incluso si no hubiera tenido a Braden abriéndole



todas aquellas puertas, estaba convencida de que con su encanto y carisma habría seguido siendo un tipo al que mucha gente hubiera llegado a conocer, a apreciar, a querer ser como él o querer acostarse con él.

Cuando llegamos al bar restaurante el horario de cenas estaba terminando y el lugar estaba lleno.

—Adam. —Uno de los camareros le vio nada más entrar, y Adam le saludó moviendo apenas la barbilla—. Te conseguiré una mesa.

Le seguimos en cuanto reclamó una en la que una pareja se marchaba y la limpió con un trapo húmedo. El tipo me

miró mientras me sentaba en la bancada y entonces le lanzó a Adam una mirada de aprobación que hizo que me sonrojara hasta las raíces del cabello.

—¿Qué os pongo?

—Yo quiero un Macallan con ginger ale. Cariño, ¿tú qué quieres?

—Tomaré un mojito, por favor.

Adam se acomodó en el banco conmigo, su brazo estirado en el respaldo detrás de mi cabeza. Por alguna razón me sentí muy extraña y me esforcé por encontrar algo que decir.

—Lamento que tu cita haya sido un asco.

Adam se encogió de hombros.

—Lo celebraré contigo.

—¿Celebrarás?

Me miró sonriendo, complacido como un niño con algo. Esa mirada me llegó directamente al vértice de las piernas. Iba a necesitar ayuda.

—Ya pertenezco a la Junta de Arquitectos Colegiados.

Mis labios se separaron en una exclamación silenciosa e impulsivamente le rodeé el cuello con los brazos.

—¡Enhorabuena!

Rio en mi oreja y temblé, adorando la presión de aquellas fuertes, creativas manos en mi espalda.

—Gracias, cariño.

—¿Lo sabe Braden?

—Sí, me ha felicitado haciéndome un contrato fijo.

Reí abiertamente. Eso era muy de Braden.

Adam había hecho el proyecto y acumulado la experiencia necesaria para colegiarse trabajando junto al arquitecto de la empresa de Braden. Ese último año, no obstante, había trabajado él solo y, como ya había logrado la cualificación necesaria, había optado a una plaza en la Junta de Arquitectos Colegiados.

—Estoy realmente feliz por ti.

—Lo sé. Por eso prefiero de largo estar aquí contigo que con Megan.

—Meagan —le corregí.

—Pues eso —murmuró.

Llegaron las bebidas y le pregunté por el proyecto en el que estaban trabajando Braden y él en ese momento. Él me preguntó por mis estudios. Había elegido Historia del Arte y Bellas Artes con grandes esperanzas de abrir una galería algún día, pero una vez que había comenzado la universidad me gustaba la idea de una carrera académica. Clark, que era profesor de historia clásica en la universidad, estaba extremadamente orgulloso y emocionado

ante la idea de que siguiera sus pasos. Cuando le dije a Braden que estaba pensando hacer un posgrado me dedicó una de las miradas de Adam de «tú estás loca», pero luego me besó la frente con cariño y me dijo que cualquier cosa que me hiciera feliz estaba bien.

La noche parecía pasar volando y, antes de que me diera cuenta, iba ya por el tercer mojito y estaba completamente pegada a Adam, riendo mientras me entretenía con anécdotas suyas y de Braden sobre el trabajo y otros asuntos.

El resto del mundo los creía dos hombres de veintipico extremadamente maduros.

Yo los conocía mejor que todo eso.

Me sequé las lágrimas que brotaban de tanto reírme y di otro sorbo a mi copa.

—Vosotros dos sois idiotas.

—Chiss, eso es un secreto.

Le sonreí, pero la forma en que él me devolvió la sonrisa me dejó helada.

—¿Qué? —pregunté, con el corazón en la boca.

Tragó saliva y negó con la cabeza.

—Es solo que a veces me pregunto adónde se ha ido el tiempo.

—Lo sé, parece que todos nos hemos hecho mayores —bromeé.

Sus ojos buscaron algo en mi rostro,

enigmáticos.

—Sí, todos.

Y el tono en que lo dijo hizo que el aire entre nosotros se cargara de tensión de repente. Juraría que en aquel momento exacto dejé de respirar. Sus ojos se oscurecieron y me miraron con intensidad y sentí el calor de su mirada resbalar sensualmente hasta el centro de mi cuerpo. Nerviosa, me humedecí el labio inferior y su mirada se posó en mi boca.

Mi mirada en la suya.

No se quién se movió, si él hacia mí o yo hacia él. ¿Ambos, tal vez? Fuera como fuese, nuestras caras estaban



pegadas, nuestros labios prácticamente rozándose. Podía sentir su aliento en mi boca y él el mío en la suya. El olor a Macallan y a Adam desataron el caos en mis hormonas. Mi pecho comenzó a subir y a bajar precipitadamente de nerviosa excitación y esperanzada anticipación.

Moví la cabeza apenas un poco más y nuestro labios se rozaron. Infinitesimalmente. Y aun así aquel pequeño roce supuso que la lujuria se desbordara por todo mi cuerpo.

De la garganta de Adam brotó un gruñido ronco y hubiera jurado que iba a cerrar el minúsculo espacio que

quedaba entre nosotros...

... Pero jamás llegaría a saberlo con certeza. El móvil le sonó dentro del bolsillo de la chaqueta, lanzando un jarro de agua fría sobre el momento. Me sacudí hacia atrás y observé su rostro nublarse a medida que iba siendo consciente de lo que casi llega a ocurrir. Con la mandíbula tensa buscó en su bolsillo el móvil, a pesar de que ya había dejado de sonar. Levantó la vista y me dijo con brusquedad.

—Braden.

Entendí que me decía que era Braden quien había llamado. Pero también adiviné que hablaba con doble

sentido. Y supe que estaba en lo cierto cuando pagó rápidamente y me metió en un taxi, terminando abruptamente nuestra noche juntos.

Yo era Ellie, la hermana pequeña de Braden. Para Adam siempre sería la hermana pequeña de Braden, y eso significaba que estaba más allá de sus límites.

Cuando me metí en la cama aquella noche envié a Adam al infierno con billete de ida y vuelta. Si no me había arruinado la vida antes, definitivamente lo había hecho tras esta noche.

Apenas un roce de labios.

Apenas un diminuto roce de labios y

había sentido esa chispa que había estado esperando desde que Pete Robertson me besara aquella noche en la bolera. El siguiente tío que llegara iba a tener que trabajárselo mucho.

# Capítulo cinco

—Estaba flipando. —Admitió

Adam, con una sonrisa maliciosa—. En mi vida me había puesto tan duro solo con rozar los labios de una mujer. Después de aquello quería follarte cada vez que te veía.

Le empujé juguetona, ruborizándome. Adam era a menudo deliberadamente crudo porque sabía que aquello me avergonzaba y me excitaba a partes iguales. Siempre había odiado cuando la gente usaba la palabra «fo...» para describir el sexo, creyéndola exenta de sentimiento y como algo

fortuito. Pero cuando Adam y yo comenzamos como pareja descubrí que cuando estabas enamorado de alguien y sabías que esa persona te correspondía había distintos niveles de sexo. A un lado del espectro estaba el sexo tierno, dulce, lento al que yo llamaba «hacer el amor» y al otro lado estaba el sexo rudo, salvaje, «nunca tengo suficiente de ti», que era definitivamente la palabra «fo...». Adam era de lo más eficiente en ambos extremos.

Recapacité sobre sus palabras y fruncí el ceño.

—Hiciste un trabajo magnífico ocultándolo.

—No sé de qué me hablas —  
carraspeó. Volvió a mirar el diario—.  
¿Qué fue de aquel tío, de Christian, a  
todo esto?

—Lo rechacé amablemente cuando  
me llamó para quedar de nuevo.

—Debería decir «pobre chico»,  
pero tuve que aguantar cinco años  
deseándote sin tenerte.

—Eso fue enteramente culpa tuya. —  
Busqué el diario que quería y, cuando lo  
encontré, llegué enseguida al párrafo  
que quería, en tanto era una noche que  
no olvidaría fácilmente—. Nueve meses  
antes de que Joss apareciera. Un  
ejemplo perfecto de que fue única y

completamente culpa tuya.

*Sábado, 23 de octubre*

*Se acabó. Me rindo. Me siento humillada. Confusa y humillada. Y herida. Dios, herida ni siquiera empieza a describir cómo me siento...*

Se suponía que iba a pasar el sábado por la tarde con Jenna y unas cuantas amigas de la universidad tomando cocktails y hablando de cualquier cosa que no fueran nuestros estudios. En cambio iba en un taxi directa al dúplex de Adam en Fountain bridge. Podría haber ido andando, pero me inundaba una fuerte sensación de urgencia por



llegar y asegurarme de que él estaba bien.

Y realmente necesitaba darle las gracias por cubrirme el culo. Como siempre hacía.

La semana no había sido precisamente buena. Y eso siendo optimista.

Había sido traicionada. Otra vez. Pero esta vez había sido peor que nunca. Durante cinco meses había estado saliendo con Rich Sterling. Durante cinco meses creía haber estado saliendo con un hombre decente que trabajaba en Glasgow para una agencia de empleo. Y me había enterado finalmente de que era

un espía industrial que trabajaba para el mayor competidor de las empresas de mi hermano en Edimburgo. Ese inversor inmobiliario estaba tan desesperado por vencerle en la compra de un terreno codiciado por Commercial Quay que había contratado a Rich para que se me acercara y, a través de mí, a Braden, para intentar descubrir su oferta y ofrecer más dinero por aquel pedazo de tierra.

No es que estuviera enamorada de Rich, pero había permitido a ese cerdo entrar en mi vida, en mi cama, y le había entregado un pedacito de mí. Creo que nunca me había sentido más estúpida en

toda mi vida. Toda mi familia y amigos seguían diciéndome que era demasiado confiada, que no tenía intuición en lo que a las personas se refería, y que así entraban en mi vida los gilipollas, y finalmente estaba empezando a creer que tenían razón.

Podía cerrarme, no permitir que la gente se me acercara, ser más prudente, más selectiva... pero entonces no sería yo, y de algún modo habría permitido que Rich me ganara. Así que prefería no cambiar, y me consolaba sentir que me apuntaba aquella pequeña victoria.

Sin embargo, todavía me sentía apesadumbraba y no podía hacer nada,

no podía devolverle el golpe de ninguna manera. Así que cuando Braden había venido a mi piso —ese precioso apartamento en la calle Dublín que había renovado y me había dejado después para vivir en él gratis— y me había dicho que Adam y él se habían tropezado con Rich por la ciudad la noche anterior, aguanté la respiración, sabiendo exactamente lo que venía a continuación. Seguro que Braden había tenido que emplearse a fondo para quitarle a Rich a Adam de encima y llevárselo a casa para calmarlo y ponerle hielo en los nudillos. Adam había dejado claro a todo el mundo

cómo se sentía cuando alguien me traicionaba. No le gustaba. Y cuando no le gustaba, marcaba en el rostro del traidor su disgusto.

En cuanto Braden se marchó comencé a dar vueltas por el piso presa de un ataque de nervios, preguntándome qué debía hacer. ¿Debía llamar a Adam y darle las gracias? ¿Ir a su piso y agradecersele en persona? ¿Regañarle por utilizar la violencia para dejar claro su punto de vista? No, esa última opción definitivamente no la usaría con él. Adam no era una persona violenta. De hecho, aunque podía ser amenazante y había amedrentado a un montón de

niños cuando yo era más joven, esa era la primera vez, que yo supiera, que golpeaba a alguien en mi favor. Adam había explotado y se había marchado hecho una fiera cuando Braden les explicó lo que había averiguado sobre el asunto. Braden me lo había dicho cuando me contó toda la historia, pero tenía la garganta atascada por las lágrimas y me lo hubo de explicar todo dos veces.

Tras quedarme sola, tomé la decisión de cancelar mi salida con las chicas. Salté a la ducha, me planché el pelo y me puse una falda larga con un cinturón fino, mis botas Ugg y un suéter

de lana con cuello alto y los bordes cortados. Quería parecer informal, por supuesto, pero dado que sabía que Adam iba a verme quería recordarle que era una mujer con las curvas de una mujer. Aunque tampoco es que fuera a impresionarle. A pesar de que evidentemente de vez en cuando me miraba de arriba abajo, Adam se había mantenido especialmente platónico en nuestras interacciones tras aquel pequeño roce en los labios hacía ya tres años. Había salido con tres tíos desde entonces en un intento de olvidarle. Nunca funcionaría. Todos los hombres palidecían en comparación con él y las

relaciones se desvanecían.

Pensando en el frío cogí una chaqueta corta para encima del suéter y una bufanda e hice señas a un taxi que había delante de mi casa. No fue hasta que estuve dentro del taxi cuando se me ocurrió que quizá debería haberle llamado para avisarle de que iba hacia allí. Era sábado por la noche. Tal vez tuviera compañía.

Mi estómago se revolvió moleestamente ante la idea. La última vez que me presenté en su casa sin avisar fue hacía cuatro meses, y lo había sorprendido con una mujer llamada Vicky.



No solo me horrorizó ser testigo una vez más de uno de sus interludios sexuales, sino que me quedé conmocionada al descubrir que mi hermano y él compartían amantes. No al mismo tiempo, gracias a Dios. Sabía que las compartían (y no quería saber si era algo recurrente) porque Braden había estado viendo a Vicky durante tres meses. En un intento de aliviar las magulladuras en mis nociones románticas, Adam me había explicado que Braden y Vicky mantenían una relación casual, y que cuando Vicky había dicho que le gustaba Adam mi hermano se lo había comentado a él y

Adam había dicho y —¡la, la, la, la, la, la!— no oí nada más, porque desde luego ya me había metido los dedos en los oídos infantilmente y le cantaba «¡la, la, la!».

Para mí el sexo no era algo casual. No solo estaba enfadada porque mi hermano, que una vez fue un romántico en secreto, se hubiera convertido en un monógamo en serie, estaba todavía más enfadada con Adam por animarle.

Le pedí al taxista que esperara un segundo y llamé a Adam.

—Ey, cariño. —Me recibió su rica voz llena de inquietud. Estaba todavía claramente preocupado por cómo

llevaba la traición de Rich.

—Hola —respondí en voz baja, permitiendo que el calor de su voz penetrara en mi pecho—. Estoy abajo. ¿Te viene bien que suba?

—Claro, te abro.

Colgué, pagué al conductor, salí del coche con el corazón a la carrera y me precipité hacia el portal justo en el momento en que él le daba al botón y me permitía entrar. Las palmas de las manos me empezaron a sudar mientras el ascensor subía a su piso. Era extraño, pero mi reacción ante la idea de estar a solas con Adam no había hecho más que empeorar en los últimos años. Cada vez

era como una primera cita, y eso que le conocía mejor de lo que conocía prácticamente a nadie.

Cuando la puerta del ascensor se abrió, mis ojos se encontraron con los de Adam. Estaba en pie, bajo la puerta, en el recibidor, con los brazos cruzados a la altura del pecho y el hombro apoyado en el marco. Llevaba una camiseta blanca lisa, unos vaqueros viejos, los pies descalzos, el pelo revuelto, y necesitaba un afeitado.

Estaba tan malditamente sexy que comencé a preguntarme si no me pondría a hiperventilar allí mismo.

Crucé el pasillo y me acerqué a él,

enseñándole la botella de vino que había llevado conmigo. La cogió con una sonrisa burlona y suspiré.

—Era una de las dos cosas: o una botella de vino o una palmada en el dorso de la mano. —Miré sus nudillos magullados intencionadamente.

—El vino servirá —dijo Adam con una mueca.

Le seguí al interior del dúplex, y mis ojos absorbieron el espacio, como siempre. Una gran escalera abierta daba la bienvenida al frente de la entrada y conducía a dos espaciosas habitaciones, un baño y un estudio. Tras la escalera, en el piso de abajo, había un espacio

abierto, una zona amplia para sentarse, con ventanales del suelo al techo cubriendo las paredes, y al final del todo una estilosa cocina con isla, con barra de desayuno y mesa y sillas.

Era una propiedad lujosa y él podía permitírsela de sobra. No solo porque Braden le pagara extremadamente bien. Adam había invertido su propio dinero en propiedades para alquilar estos dos últimos años, con lo que implementaba su renta más que adecuadamente.

Eché otra ojeada alrededor del amplio espacio, sonriendo. A diferencia de mi piso, el de Adam estaba completamente ordenado. Cada cosa

había sido cuidadosamente elegida y tenía su sitio. Si no hubiera sabido de primera mano que era el tío más heterosexual de los heterosexuales (bueno, con la excepción de Braden), aquel dúplex me habría convencido de todo lo contrario.

—Creo que abriré esto. Me huelo un sermón. —Su voz bromeaba mientras sus ojos recorrían la cocina.

Mientras me encogí de hombros y me quité la chaqueta y la bufanda, levanté la cabeza y vi su delicioso culo alejándose de mí. Aquel hombre tenía el mejor culo de la historia de todos los culos. Dejé mi chaqueta en una esquina

de su enorme sofá, oteé hacia la cocina y vi cómo sacaba dos copas de vino del armario y las servía. Adam se giró justo cuando le miraba y vi sus ojos sobre la piel desnuda entre el borde de mi suéter y el cinturón de la falda antes de que los apartara rápidamente al verse sorprendido. Me consentí una secreta sonrisa presumida. Buena elección de armario.

—Toma —me dijo con aspereza, pasándome la copa.

Nuestras miradas se cruzaron cuando tomábamos un sorbo de vino. Mientras bajaba la copa le dije con solemnidad:

—He venido a darte las gracias.



Adam hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

—Ellie, no había necesidad de que vinieras a darme las gracias. —Su rostro se ensombreció—. Fue un placer, créeme.

—Braden dice que le costó un buen rato separarte de Rich.

—Te la metió, Els. Y quiero decir que realmente te la metió.

—Literalmente —murmuré, y Adam se puso rígido.

—No —me advirtió—. Estoy a punto de acabar con esa basura.

Sentí algo de miedo ante la sinceridad de su voz. Adoraba que

Adam se preocupara tanto por mí. Quizá no fuera proclive a verme como otra cosa que no fuera la hermana pequeña de Braden, pero era un gran premio de consolación saber que albergaba algún tipo de sentimientos por mí.

—Debería estar dándote una buena reprimenda.

Alcancé su mano libre, utilizando las heridas como excusa para tocarle, y me la acerqué para inspeccionarla. Sus nudillos no estaban solo magullados, estaban hinchados y uno de ellos tenía un corte a medio curar.

—¿Cuántas veces le golpeaste? —  
siseé sin aliento.

Adam se acercó, sin apartar la mirada de la mano que yo le sostenía.

—Golpeé una primera vez a la pared al lado de su cabeza a modo de aviso. No atendió a la advertencia, soltó algo de mierda por la boca que no debería haber dicho, y creo que le di cuatro veces antes de que Braden me apartara de él.

Lo miré fijamente, sin sentir ya ningún miedo.

—¿Lo dejaste consciente?

—Apenas —respondió Adam sin ocultar su enfado—. ¿Te importa?

—No quiero que tengas problemas por mí.

Su expresión se suavizó y amablemente liberó su mano.

—No te preocupes, cariño. Según las fuentes yo ni siquiera estaba cerca de la New Town anoche. Tenemos una docena de testigos que declararán que estaba en el bar Kohl cuando se produjo el supuesto ataque.

Asentí, pero me mordí el labio superior, preocupada.

—Els, en serio, ¿cómo estás? —me preguntó en voz baja, tentativamente.

En lugar de contestar de forma directa, me di la vuelta y lentamente me hice un hueco en su confortable sofá y oí cómo me seguía. Me acomodé y Adam

hizo lo propio muy cerca de mí, relajando el brazo en el respaldo, detrás de mi cabeza. Finalmente volví a mirarle y me encogí de hombros.

—Soy idiota.

Las cejas de Adam se juntaron y su boca se tensó.

—No eres idiota.

—Soy idiota —insistí—, y cándida... y he sido humillada.

Se deslizó todavía más cerca; sus dedos rozaron mi muñeca para reconfortarme.

—No tienes nada por lo que sentirte humillada. Es él el imbécil que ha jugado contigo. Es él el idiota. Es él el

jodido capullo que un día mirará atrás y se dará cuenta de que durante cinco meses fue el cabrón más afortunado del planeta por estar contigo. Se arrepentirá de esto, pequeña.

«Pequeña».

Por un momento me olvidé de respirar. Adam nunca me había llamado «pequeña» antes. Había algo íntimo en ello. Me gustaba un montón.

Le sonreí.

—Siempre sabes exactamente lo que hay que decir.

—Eso es porque siempre digo la verdad. Eres única, Els. Algún tío será lo bastante afortunado como para

tenerte.

Busqué en sus ojos sintiendo sus palabras como una caricia sobre mi cuerpo, y su mirada parpadeó sobre mí una vez más, examinándome subrepticamente antes de tomar otro sorbo de vino. Se me ocurrió que tal vez lo único que Adam necesitaba era un empujón. Sí, era la hermana pequeña de Braden, pero también era Ellie, la chica que al parecer él creía que merecía lo mejor del mundo, y la que había admitido que consideraba hermosa. Culpad al vino o al hecho de que él se hubiera movido por mí una vez más, pero decidí impulsivamente que estaba

cansada de esconder mis sentimientos.

Dejé que Adam me hiciera sentir mejor y nos acabamos las copas de vino. Pasó una hora antes de que me diera cuenta, y me había quitado las botas y estaba acurrucada en su sofá, sentada muy cerca de él. Su brazo todavía reposaba detrás de mí y cada vez que me reía tocaba su bíceps o rozaba su rodilla. Era una persona afectuosa, táctil y abierta, pero aquello era mucho más que eso, y Adam lo sabía. Vi sus ojos a medida que charlábamos y esperé que estuviera funcionando.

Quizá podríais pensar que sentirme dolida y traicionada me habría vuelto



tímida como para abrirme de nuevo y dejar pasar todo lo ocurrido, pero es que no estaba en mi naturaleza encerrarme en mí misma y ser distante. No podía ser quien no era, y definitivamente no quería ser ese alguien con Adam.

Cuando la hora se convirtió en dos, estaba más determinada que nunca a que esa noche las cosas entre Adam y yo cambiaran. Estaba harta de salir con tíos de los que no me podía enamorar, y más harta de ser engañada por ellos.

Adam estaba en mitad de una anécdota sobre una charla con su madre por Skype la semana anterior y los

planes de sus padres de volver durante un tiempo al Reino Unido por abril, cuando estiré los brazos hacia arriba, simulando que necesitaba crujir la espalda. El movimiento tiró del dobladillo del top hacia arriba, mostrando la piel desnuda de mi vientre liso, y también empujó mis pechos hacia fuera. Cuando volví a bajar la cabeza y la relajé, Adam había dejado de hablar y pude ver un músculo pulsando en su mandíbula.

—Ellie, ¿se puede saber qué cojones estás haciendo? —Su voz sonó enronquecida y baja.

Aunque mi cara enrojeció ante la

posibilidad de un rechazo, me encogí de hombros despreocupadamente.

—Me estiro.

Sus ojos recorrieron mi cuerpo y sentí su propia tensión.

—Sabes de lo que estoy hablando. Rozarme, flirtear, estirarte...

Con el corazón martilleándome, me acerqué más a él en el sofá, hasta que mis rodillas tocaron la parte externa de su muslo. Me humedecí los labios nerviosa pero totalmente excitada ante la mera idea de que él me devolviera el contacto.

—Creo que lo sabes —le susurré.

Nuestros ojos se encontraron, y

nuestras miradas se aferraron la una a la otra. El ambiente se espesó entre nosotros. Adam tragó saliva con fuerza.

—Ellie. —Tomó aire.

Sosteniéndole la mirada saqué una mano temblorosa, la alcé y la coloqué sobre su muslo y lentamente la moví hacia arriba, acariciándole. Casi había alcanzado el calor de su entrepierna, donde para mi absoluta satisfacción y placer pude ver su erección pulsar contra su cremallera, cuando su gran mano agarró la mía con fuerza.

Apenas iba a dejar escapar un suspiro de sorpresa cuando me soltó la muñeca, tirando de mí. Choqué contra él

y aprovechó mi momento de desorientación para su beneficio. Me asió por la nuca y cerró mi boca contra la suya, famélico.

Me derretí contra él. Sencillamente me derretí.

Mis dedos se hundieron en su cabello y cambié de postura para quedar con una pierna a cada lado de su regazo. Mi cuerpo se hundió en el suyo. Mi boca se hundió en la suya.

Aquello era todo y más de lo que siempre había imaginado.

La piel me ardía, mis terminaciones nerviosas burbujearon y sentía un hormigueo por todas partes. Adam sabía

a vino, a calor... y a casa. Gemí dentro de su boca y sus brazos presionaron con más fuerza en mi cintura, acercándose todavía más, lo que parecía imposible, cambiando el beso de apasionado a obsceno en un nanosegundo. De repente estaba picante y mojada, nuestras lenguas enredadas y lamiéndose, y descubriendo cada centímetro de la boca del otro.

Y aun así no estábamos lo bastante cerca.

Seguimos besándonos, perdidos en una neblina de sensualidad y una química tan eléctrica que nunca me volvería a dudar de las novelas

románticas, cuando sentí que sus manos rudas me rodeaban los tobillos y ascendían por mis pantorrillas hasta la parte de atrás de mis muslos, mientras liberaba mi falda de la maraña que éramos y la enganchaba en el cinturón alrededor de mi cintura. Aquellas manos tuyas me acariciaron el culo, estrujándolo y enviando un ramalazo de calor entre mis piernas que me hizo suspirar en su boca.

Adam gruñó e imprimió más presión en mis caderas, empujándome contra su regazo, y su dura erección se frotó directamente contra mi pelvis, notando entre nosotros nada más que el vaquero

y el fino algodón de mi ropa interior. Busqué la deliciosa fricción, cabalgando sobre él hasta que nuestras bocas tuvieron que separarse a intervalos para tomar aire.

Lo necesitaba más cerca, lo necesitaba dentro de mí, y me hundí más en él y mis dedos se clavaron en sus hombros, conforme me frotaba más fuerte.

Adam gimió y se apartó de mí para quitarme el suéter. Levanté los brazos, nuestros movimientos rápidos y frenéticos al tiempo que me quitaba también el sujetador. Ahuecó mis pechos en sus manos y arqueé la espalda ante su



contacto.

—Tan perfectos —murmuró  
roncamente—. Tan jodidamente  
perfectos.

Capturó un pezón entre sus labios calientes y grité ante el calor que invadió mi cuerpo, empujándome cada vez más cerca del orgasmo.

Verme tan caliente pareció hacer arder a Adam. Después de un pequeño grito me encontré acostada de espaldas en el largo sofá y lo vi a través de una neblina, con la visión borrosa como consecuencia de la lujuria, quitarse la camiseta y tirar de mi falda y de mi tanga. Los músculos de sus abdominales

se flexionaron deliciosamente y sentí crecer la humedad entre mis piernas.

No era justo que estuviera tan malditamente bueno.

Nuestros labios se encontraron de nuevo cuando él se abalanzó sobre mí otra vez, mis pezones rígidos aplastados contra su duro pecho, mis piernas extendidas para adaptarse a él y rodearnos. Todavía llevaba los vaqueros, y la tosquedad de la tela contra mi piel desnuda le daba un toque de sensual tortura.

La desesperación de nuestros besos fue en aumento y vi lo que quería de él, encontré el botón y la cremallera de los

pantalones y me deshice de ambos. Tiré de sus boxers, para deslizar la mano dentro, asirlo y liberarlo. Estaba palpitante, caliente y duro, y no me podía creer que esto fuera a ocurrir al fin. Ahora lo sabía todo sobre él.

—Joder —gruñó contra mis labios, y sus caderas empujaron mientras yo presionaba la cabeza del glande contra mi clítoris.

Le solté para poder rodearle la parte baja de la espalda, inclinando mis propias caderas hacia arriba hasta que él me sintió. Me besó de nuevo, con fuerza, y noté que su erección se deslizaba hacia abajo...

Abrí más los muslos y con agilidad moví las manos por los músculos de su espalda tirando de los vaqueros hacia abajo todo lo que pude. Agarré sus nalgas y lo empujé contra mí.

—Adam, por favor —supliqué—. Adam...

Se enfrió. Al momento. Su nombre en mis labios lo sacó de la mágica neblina sexual.

Nuestras miradas se encontraron cuando él incorporó la cabeza, su cuerpo cernido sobre el mío, sus músculos temblando por la tensión. Mientras imaginaba que mi mirada debía ser de confusión, la de Adam era de

terror.

Fue una mirada que hizo que deseara arrastrarme dentro de mí misma.

Me dolió como nada que hubiera experimentado antes.

Él se revolvió apartándose de mí, tiró sus boxers y vaqueros hacia arriba y me arrojó la falda para cubrir mi desnudez.

—Ellie, no podemos.

Sacudió la cabeza y prácticamente saltó del sofá, agarró la camiseta y se la puso de nuevo.

Sentía una mezcla de sentimientos, confusión, dolor, frustración sexual, así que fui incorporándome lentamente.

—Por el amor de Dios, Ellie, vístete —me espetó Adam duramente, y me costó todo lo que tenía, lo que era, no acobardarme... no llorar.

Mientras me ponía la ropa Adam exhaló.

—Cariño, lo siento, no pretendía... —Su voz se hallaba cargada de remordimientos.

No dije nada, solo me arreglé la ropa y alcancé las botas, intentando mantenerme entera. No podía derrumbarme delante de él. Sencillamente no podía.

—¿Ellie?

Finalmente le miré, ya en pie. En su

mirada se veía un corazón tan roto como el mío. Era una especie de consolación.

—Ellie, eres la hermana pequeña de Braden... no puedo... no podemos... — Golpeó con impotencia el sofá antes de pasarse la mano por el pelo.

Y ahí es cuando al fin me di cuenta de algo trágico. Mientras que yo estaba convencida de que lo que estaba ocurriendo era algo nacido del afecto, de la atracción, sí, y del amor, para Adam lo que casi había ocurrido era producto de la lujuria. Él no quería hacerme el amor. Él quería follarme.

El dolor se alojó en mi garganta sin pedir permiso y supe que en cinco

segundos rompería a llorar sin consuelo ni esperanza. Me alejé de él dando la vuelta al sofá, con la larga melena cubriéndome el rostro, cogí la chaqueta y corrí a la puerta.

—¡Ellie! —Adam me gritó con pánico, pero yo ya estaba prácticamente en la entrada—. ¡Ellie! ¡Joder!

Oí la palabrota, di un portazo tras de mí y me precipité hacia las escaleras, sabiendo que quizá el ascensor no llegaría a tiempo para mi veloz huida. Las lágrimas caían por mis mejillas mientras corría escaleras abajo, intentaba contener los fuertes sollozos que estaban a punto de estallar.



—Ellie, por favor. —De repente Adam estaba en la escalera también, sus pasos aporreaban el suelo cada vez más cerca de mí.

Aceleré, ignorando sus gritos para que volviera y hablara con él.

El tiempo que le costó llegar al portal fue suficiente para que yo cruzara la calle y alcanzara un autobús que estaba a punto de arrancar. Entré y las puertas se cerraron. Suspiré de alivio y miré el número de la ruta sin inmutarme.

Me daba completamente igual adónde me llevara siempre que me alejara, me alejara muchísimo del mayor error que jamás hubiera cometido.

\*\*\*

Pocas veces en mi adolescencia había llorado hasta dormirme. Un par de esas veces había sido por Adam. Pero cuando era una adolescente, como muchas adolescentes, cualquier cosa remotamente negativa parecía el fin del mundo. Afortunadamente la tendencia al drama suele desaparecer cuando entras en la edad adulta. O al menos eso me ocurrió a mí. Así que cuando os digo que estuve sollozando hasta dormirme aquella noche lo digo sin que pretenda que parezca un melodrama de los malos.

El dolor que habitaba dentro de mí era real. Genuino. Crudo.

Durante unas ocho horas no solo estuve convencida de que había recibido una prueba cien por cien irrefutable de que Adam no me amaba como yo a él, sino que además pensé que había arruinado una de mis cosas favoritas en el mundo, mi amistad con él.

Apenas dormí, me desperté temprano y me hice un té y me senté en mi enorme piso sola y con la cara hinchada, con unos calcetines desparejados y un una horquilla de cocodrilos roto en el pelo.

Unos golpes en la puerta me

sobresaltaron, con lo que el té se derramó por el borde de la taza y me cayó sobre la piel desnuda. Solté una palabrota, dejé el té con cuidado en la mesa y me escabullí fuera de la habitación hasta el recibidor sin encender la luz.

—¡Ellie, abre! —Su grito atravesó la robusta madera—. ¡Ellie!

Quería hablar con él. Quería de alguna manera arreglar las cosas y echar atrás los relojes, pero sabía que si le dejaba entrar en ese momento solo con echar un vistazo a mi cara se daría cuenta de que yo, Ellie Nichols Carmichael, estaba perdidamente

enamorada de él y de que la noche anterior me había dejado destrozada.

Así que no abrí la puerta. Me apoyé contra la pared del recibidor y fui resbalando hasta quedar sentada en el frío suelo de madera.

Oí a Adam golpear mi puerta y gritar mi nombre. Oí como el teléfono sonaba en mi habitación. Oí como Adam dejaba un mensaje. Oí como se marchaba...

Cuando me desperté estaba hecha un ovillo en el suelo helado. Parpadeé, intentando que mi cabeza se pusiera a funcionar, y en cuanto lo hizo todo volvió a mí. No tuve tiempo de pensar en ello, reparé en que lo que me había

despertado era el móvil sonando. Me puse en pie con un gruñido, con la espalda y el cuello doloridos por la extraña postura adoptada para dormir, y corrí a mi habitación para cogerlo. Según el teléfono había dormido algo menos de dos horas.

Mi estómago se encogió al ver la foto de Adam en la pantalla. Tomé una bocanada de aire y contesté.

—Ellie, joder, menos mal. — Suspiró aliviado, y pude imaginármelo alisándose el pelo con ansiedad—. He ido esta mañana temprano.

—Estaba durmiendo. Tomé demasiado vino anoche y estaba muerta

—mentí.

—Els, ni siquiera sé por dónde empezar. Lo siento. Dios, lo siento mucho.

—Adam...

—No puedo perderte, Els. No puedo crearme que la jodiera hasta ese punto, pero tienes que perdonarme. No puedo perderte.

Cuando decía cosas como esas me resultaba muy difícil odiarle. Peor, se me hacía más difícil superarlo. Holgaba decir que iba a intentarlo. Tenía que intentarlo. No podía seguir viviendo suspirando por él. Así que decidí precisamente eso.

—Adam, está bien —le dije suavemente—. Fue un error. Nos dejamos llevar por el momento. Y lamento haber salido huyendo de ti. Estaba avergonzada, eso es todo.

Le oí lanzar un enorme suspiro de alivio y tuve que contener las lágrimas.

—Els, no tienes porqué avergonzarte de nada. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Así que... —Bajó todavía más la voz— ¿estamos bien?, ¿seguimos siendo nosotros?

—Seguimos siendo nosotros —le confirmé, parpadeando para no llorar.

—No quiero que nos sintamos



incómodos el uno con el otro.

—No ocurrirá. Yo no lo permitiré si tú tampoco lo haces.

—Dios, cariño. Por Dios. Vamos a olvidar esto. No significó nada.

El dolor me azotó de nuevo.

—No, no significó nada.

# Capítulo seis

—Es como en un accidente de coche —susurró Adam, pasándose la mano por la cara y devolviéndome el diario—. Es doloroso leerlo desde tu perspectiva, pero no puedo dejar de mirar. —Señaló otro diario—. Quiero saber más.

No me gustaba la tensión grabada en sus gestos, de manera que negué con la cabeza.

—Adam, todo esto pertenece a nuestro pasado. No quería que fuera doloroso. Solo pensé... bueno, ahora que estoy contigo puedo mirar atrás, a las piezas de nuestra historia, sin que me

duela. Y ya me conoces —me encogí de hombros—, la angustia de todo esto me resulta romántica. —Entonces fruncí el ceño—. Pero es obvio que tú no te lo estás tomando de ese modo, así que será mejor que haga desaparecer todo esto.

Apoyó su gran mano en la mía cuando iba a colocarla sobre los diarios. Le miré y me dijo que no con una pequeña sonrisa.

—Es doloroso leer que mi estupidez te hizo daño en aquellos días, pero me gusta estar dentro de tu cabeza. Me gusta saber que mientras luchaba contra el hecho de que me había enamorado de la hermana de mi mejor amigo ella también

me amaba, y más de lo que tenía cualquier esperanza de merecer.

Le sonreí.

—Primero, te lo mereces. Y segundo —señalé los diarios, nuestra historia—, esto es totalmente romántico, ¿está claro?

Adam rio, agitando la cabeza ante mi determinación de convertirnos en una novela romántica.

—Lo es. Pero no le digas a nadie que lo he reconocido. Arruinarías mi reputación.

Empujé los diarios buscando el que más familiar me resultaba, el de la tapa de cuero roja, el último.

—Cariño, la arruinaste tú solo el día que le dijiste a Braden Carmichael que estabas enamorado de mí.

—Y el pequeño cabronazo lo había sabido todo el tiempo —murmuró Adam descontento—. Un par de meses en los que me provocaste más dolor que una coz en el culo.

—Quieres decir —encontré el diario y comencé a pasar páginas— el par de meses en los que tú fuiste peor que una patada en mi culo.

—Una bonita forma de decirlo. Pero no olvidemos que no fui el único que daba patadas.

—Todo lo que hice fue volver a

salir con tíos. Y me costó diez meses después de muestra escenita en tu sofá. Perdías los nervios con facilidad. —Le pasé el diario y lo cogió de un tirón, malcarado.

—Estaba reclamando lo que era mío.

—No, en realidad lo que hacías era mear a mi alrededor sin reclamar lo que era tuyo.

Soltó una risita y bajó la cabeza a las páginas sin rechistar, sabiendo que yo tenía la maldita razón.

*Domingo, 13 de agosto*

*No he tenido tiempo de escribir en unos días, en parte por mis estudios y*

*en parte porque la rabia que hervía dentro de mí me ha tenido bastante ocupada. Ya ves, todo comenzó el viernes a mediodía, cuando una conversación casual con Nicholas terminó conmigo deseando estrangular a Adam.*

Mientras Joss y yo caminábamos por los Meadows para ir de picnic con Braden, Adam, Jenna y Ed, pensé en contarle a Joss lo que había descubierto ayer cuando tomaba un café con Nicholas, mi compañero de clase y amigo. No había tenido oportunidad de hablar con ella la noche anterior porque había estado trabajando en el Club 39. Sabía que Joss se enfadaría por mí, y

necesitaba aquella furia, necesitaba esa motivación para poner a Adam a un brazo de distancia y ver qué tal le sentaba.

A Adam y a mí nos había costado unos cuantos meses superar la sensación de rareza por haber estado a punto de acostarnos juntos, y aun así las cosas no terminaban de ser lo mismo. Si reflexionaba sobre ello, hacía más tiempo que las cosas habían cambiado. Tal vez desde el roce de labios cuando yo tenía diecinueve.

En cualquier caso, sabía que Adam había estado acostándose con otras mujeres después de tenerme en su sofá y



herirme de un modo que aún no había hallado el modo de explicar. Se me hacía imposible pasar de todo el incidente y seguir adelante, y no lo había logrado. Hacía diez meses que no tenía una cita.

Pero eso iba a cambiar, de un modo u otro. Excepcionalmente confié a Nicholas esa especie de mal de ojo que había significado una sequía de citas y él me dijo que tal vez tendría más suerte en ese terreno si mi amigo Adam no fuera por ahí intimidando a cualquier hombre que estuviera interesado en mí. Sorprendida como mínimo, y confusa, le pedí que se explicara solo para

descubrir que Nicholas había querido pedirme salir hacía algunos meses. Sabiendo que era íntima de Braden y Adam, pero considerando a Adam la opción más segura, le había llamado y le había pedido consejo sobre adónde llevarme. La respuesta de Adam había sido «mantente alejado de Ellie o te rompo la cara».

Pero ¿se podía saber de qué demonios iba?

¿En serio?

No podía siquiera comenzar a procesar lo poco honesto que era eso. ¿Estaba apartando a tíos de lo más agradables de mí? Así que ¿él estaba

autorizado a tirarse a todo lo que se moviera en Edimburgo y yo no podía tener ni una sola cita? Me parecía que las cosas no iban a ser como él quería.

Me apetecía contárselo a Joss. A pesar de mostrarse absolutamente hermética sobre su pasado, había demostrado ser sincera y directa. Necesitaba que me dijera si estaba bien jugar sucio con Adam. Sinceramente, me estaba cansando de ser la niña buena a la que todo el mundo podía pisotear, sabiendo que al final era a él a quien quería. Sus actos habían demostrado que era posesivo en lo que a mí se refería, lo que significaba que a «su» manera yo le

pertenecía de algún pequeño modo. Iba a demostrarle que no era suya. Que no iba a serlo si no me demostraba que quería algo más que un rollo de una noche.

Quería confiarle todo a Joss aquella soleada mañana de sábado mientras paseábamos hacia los Meadows, pero ella parecía distraída con algo y pensé que no era un buen momento. Tenía curiosidad por saber si el ensimismamiento de Joss tenía algo que ver con Braden. Había estado actuando de forma extraña con respecto a él, lo suficientemente extraña como para que lo notara durante de una de las secuelas

de mis jaquecas. Fuimos a comprar libros con Hannah cuando ocurrió. El dolor de cabeza me dejó totalmente fuera de juego de repente, como había estado haciendo durante los dos últimos meses. Era horrible y solía venir acompañado de cosquilleos y entumecimiento en el brazo. Cuando se terminaba estaba exhausta. De hecho cuando pasaban, mis niveles de energía estaban por los suelos. Había querido ir al médico, pero siempre se me revolvía el estómago de pensarlo y lo dejaba correr, prometiéndome que llamaría al día siguiente.

En todo caso la jaqueca volvía y

Joss estaba preocupada —no me engañaba con su rollo «paso de todo el mundo»— y me llevó a comer por ahí para hablar del tema. Y tropezamos con Braden y Vicky. Mientras que yo me enfadé muchísimo porque se había acostado de nuevo con ella, trayéndola otra vez a nuestras vidas (y a la órbita de Adam), noté la tensión entre Joss y mi hermano.

Debía admitir que cuando los vi juntos la primera vez fantaseé con la idea de hacer de casamentera entre ellos, pero revelaciones posteriores habían hundido cualquier esperanza. Aun así Braden todavía me hacía

muchas preguntas sobre Joss y se quedaba mirándola fijamente (muchas veces), y empecé a sospechar que, aunque ambos lo negaran, algo estaba ocurriendo. No sabía cómo sentirme una vez que sabía que Joss no quería tener ningún tipo de relación seria con nadie. Era difícil distinguir sus verdaderos sentimientos sobre cualquier cosa y tampoco quería que Braden sufriera por su culpa.

Decidí morderme la lengua sobre muchas cosas y mantuve una conversación divertida acerca de distintos temas hasta que alcanzamos a nuestros amigos. Braden, Adam, Jenna y

Ed ya habían llegado, y estaban sentados en una manta de felpa larga con dos cestas de picnic tras ellos. Busqué enseguida a Adam, pero aparté los ojos hacia Braden cuando vi que Adam también me miraba a mí.

Reí cuando Joss tomó el pelo a Braden cuando llegamos, algo que casi nadie fuera de nuestra familia se atrevía a hacer y quise más a Joss por eso. Creo que secretamente mi hermano también la quiso más por eso. Sin pensarlo, me dejé caer en el mantel al lado de Adam. Su fuerte brazo me rodeó al instante y me presionó con cariño hacia él.

—Me alegro de verte, Els.



La razón del picnic era encontrarnos con Adam y Braden, ya que habían estado trabajando mucho en la nueva promoción y apenas los habíamos visto en las últimas semanas. Los había echado de menos a los dos, de veras que sí. Había echado de menos a Adam, y al inhalar su particular esencia y sentir su fuerza rodeándome a mi derecha, por un momento casi olvidé mi anterior resolución. Casi.

—Sí, yo también me alegro. —Le dediqué una sonrisa sin demasiado entusiasmo y de manera casual me alejé de su abrazo. Me giré hacia Jenna y Ed para saludarles con propiedad,

ignorando la repentina tensión que Adam irradiaba. Me conocía demasiado bien, y supo de inmediato que algo iba mal.

Bien.

Oí a Joss decir a Braden que tenía que escaparse del picnic, y mi preocupación por ella regresó. Miré su cara de agobio y me pregunté si había habido algo más que distracción en sus ademanes cuando veníamos de lo que previamente había creído.

—¿Va todo bien? ¿Necesitas que te acompañe?

Joss negó con la cabeza y me mostró el teléfono.

—No, estoy bien. Rhian solo

necesita alguien con quien hablar. No puedo quedarme más tiempo. Lo siento. —Evitaba la mirada de Braden por alguna razón y vi que este la estudiaba de una manera extraña. ¿Acaso no le creía? ¿Y por qué no? Rhian era la mejor amiga de Joss. Estaba en Londres, y había tenido problemas personales recientemente, por lo que era totalmente plausible que quisiera hablar—. Os veré luego.

Y se marchó, la larga coleta balanceándose contra su espalda. Me giré hacia mi hermano y lo vi mirándola de un modo que me puso nerviosa. Había determinación en sus ojos, la

expresión de concentración en su cara de cuando iba tras algo —casi siempre un proyecto y nunca una mujer— que se revelaba en el brillo de sus pupilas. Nunca le había visto mirar así a nadie. Mi lado romántico suspiró feliz. Mi lado práctico (lo creáis o no, tenía uno) hacía que me mordiera los labios de preocupación, pensando que Joss y Braden era la pareja perfecta o el peor desastre por venir.

Después, tras haber dejado a Adam fuera de control y seriamente enfadado, mis sospechas se vieron confirmadas cuando Braden se pasó el camino de vuelta interrogándome sobre Joss. Supe

para cuando me dejó en la calle Dublín que iba tras ella, y sabía desde que nació que cuando él quería algo de veras era absolutamente implacable, incluso aunque aspirara a lo imposible. Solo esperaba que Joss no le hiriera mientras trataba de alcanzarla.

\*\*\*

Pasé el picnic charlando con Jenna y riendo las bromas de Braden y Ed. Quizá una vez en las tres horas que estuvimos pasando el rato me dirigí directamente a él, y evité su mirada por todos los medios. Y fue difícil,

considerando que estuvo todo el tiempo intentando llamar mi atención. Menos mal que no hubo ni un solo momento de tranquilidad para que pudiera preguntarme qué me ocurría, así mi forma de tortura trabajó incluso mejor de lo esperado.

Me satisfizo descubrir que era una forma de tortura, pues cuando Braden y yo nos fuimos la cara de Adam estaba ensombrecida y malhumorada. Lo normal habría sido que Braden se hubiera dado cuenta de nuestro comportamiento, pero, como Joss, estaba ensimismado.

Me sentí más satisfecha cuando

descubrí después, tras la conversación que Joss y yo mantuvimos al respecto de Braden —seguía sin saber en qué punto estaba Joss en todo aquello desde el momento en que afirmaba solo un poco demasiado vehementemente su desinterés—, y le conté lo de Adam, que ella estaba de acuerdo conmigo: Adam necesitaba aprender una lección. Si no quería formar parte de mi vida en un sentido romántico, entonces tenía que alejarse de la parte romántica de mi vida. La tortura continuaría esa noche.

Joss trabajaba en el bar esa noche y Braden, Adam y yo iríamos a tomar unas copas con Darren, el gerente de la

discoteca Fire, y la esposa de Darren, Donna. Yo llevaba un top negro sin espalda. Se sujetaba con un lazo de seda en mitad de la espalda, mientras que la parte delantera era discreta, con un cuello alto y el cuerpo de chiffon drapeado que caía unos diez centímetros por debajo de mi cintura. Había combinado el top con unos vaqueros pitillo que me quedaban tan ajustados que era como si me los hubieran pintado. Me había recogido el pelo en un moño despeinado pero tirante que daba el máximo impacto al top, y calzaba unas sandalias con un tacón de doce centímetros a juego con los



pendientes plateados que llevaba.

Iba algo más mujer fatal de lo que solía, pero ahí estaba el truco. Los ojos de Adam casi se le salen de las órbitas cuando me giré a mirarlo después de saludar a Donna; su mirada ardió al contemplar todo el conjunto.

Aquello me irritó.

Y todavía me irritó más el anuncio de Braden de que íbamos al Club 39. Sabía que iba esperando encontrar a Joss, por lo que no me sentí cómoda al permitirle llevar a cabo su plan mientras ella estaba trabajando y muy ocupada. De todas formas Braden no me hubiera escuchado y Donna quería echar una

ojeada al local.

Mis niveles de irritación se elevaron cuando Adam me tomó por la espalda cuando caminábamos por George Street.

—¿Me vas a decir qué te pasa o voy a tener que adivinarlo? —me dijo masticando cada palabra.

Me encogí de hombros, sin mirarle.

—No sé de qué me estás hablando.

—Ellie, no. No te pega comportarte como una zorra.

Me estremecí, pero seguí caminando.

—¿Sabes lo que tampoco me pega? Estar soltera, pero al parecer eso tampoco es de mi elección.

—¿De qué coño estás hablando? —  
siseó, su voz era baja en tanto Braden  
estaba cerca.

Mantuve mi voz baja también al  
tiempo que lo iluminaba, girando la  
cabeza para mirarle directamente.

—Sabes perfectamente de qué hablo,  
tú, déspota gilipollas.

—¿Todo bien? —Braden giró la  
cabeza y nos miró con el ceño fruncido.

Asentí con fuerza y caminé más  
deprisa para ponerme a su lado.  
Conforme nos acercábamos al Club 39,  
le susurré:

—Braden, espero que sepas lo que  
estás haciendo.

Me lanzó una mirada perversa.

—Siempre. ¿Sabes?, Darren conoce al tipo de la puerta. —Se volvió hacia Darren y puso su pequeño y tortuoso plan en marcha—. Darren, ¿por qué no vas a por las bebidas? Mientras encontraremos una mesa.

Darren asintió e ignoró las malas miradas de la gente de la cola a la que iba empujando para hacerse hueco hasta la puerta del club. Saludó al guardia de seguridad y charlaron unos minutos. Se volvió, señaló dónde estábamos, y al momento siguiente íbamos escaleras abajo. Darren desapareció ya en el club y vi a Braden coger del brazo a Donna.

Le taladré con la mirada la espalda. Donna era una morena muy atractiva y él iba a utilizarla para poner celosa a Joss. Sabía cómo trabajaba. Le gustaba la idea porque podría poner celosa a Joss sin necesidad de involucrar a una segunda mujer. A mi hermano le gustaban las reacciones, y suponía que esperaba una gran reacción por parte de Joss. Una parte de mí deseaba que se comportara con él con su habitual sobriedad.

Desgraciadamente mis esperanzas no se cumplieron. En el momento entramos en el Club 39 busqué a Joss y vi la dureza con la que miraba a Braden

mientras él susurraba algo a Donna al oído. Se giró hacia ella y vi una especie de parpadeo o algo que no me gustó en sus ojos antes de que se girara.

Realmente me hubiera gustado chocar la cabeza de mi hermano contra la de Adam.

Más que nada lo que quería era dejarlos solos a los dos. Pero Adam no me lo permitiría. Me tenía fuertemente cogida, mientras Braden se encargaba de que nos limpiaran una mesa, así que tiré fuerte de la mano y me solté, todavía con frialdad. Me dirigí a Braden seguida de Adam hasta que él y Donna se detuvieron para acomodarse en uno de

los sofás.

—Ellie, sienta tu culo aquí —me dijo con voz cortante por encima de la música.

Entorné los ojos y negué con la cabeza.

La expresión de Adam se ensombreció y antes de que tuviera alguna oportunidad de apartarme tomó mi brazo, tiró de él y me sentó a su lado. Percibí la presión de su cuerpo a mi lado, así que luché por apartarme de él, pero me vi detenida por el sensual recorrido de sus dedos sobre mi cintura desnuda. Su mano bajó hasta mi cadera y me acercó más a él, susurrándome al

oído:

—Si dejas de actuar como una niña petulante, dejaré de actuar como un déspota.

Dejé de revolverme contra él, pero permanecí tensa para que supiera que seguía estando enfadada. Durante la siguiente hora me tuvo agarrada; su forma de cogerme era posesiva y desde luego mucho más que amistosa.

Braden ni siquiera se dio cuenta. Sus ojos lanzaban dardos en dirección a Joss y a su colega Craig, quien había empezado la noche dando un pico a Joss, y habían pasado la última hora coqueteando y divirtiéndose juntos. Me



encantaba esa faceta de Joss.

Aparentemente a Braden no le gustaba nada. No. Ni una pizca. O no le gustaba cuando lo hacía con otro tío. El pequeño drama que se representaba más allá casi consiguió hacerme olvidar el mío, pero cuando Braden, que claramente había tenido suficiente, se levantó y se acercó a la barra cuando Joss se tomó un descanso, de alguna manera se las arregló para convencer otro camarero de que le permitiera entrar en el privado, volví a mi propio problema.

Darren y Donna se habían levantado a por más bebidas.

Adam y yo estábamos solos en el sofá.

Me acarició la cadera con suavidad, obviamente intentando relajarme.

—¿Y bien? —Me hablaba de nuevo al oído, reforzando la sensación de que estábamos en una pequeña burbuja dentro del bar—. ¿Vas a contarme por qué te estás comportando como una zorra conmigo?

—Deja de llamarme así —le advertí, girando la cabeza; nuestras narices casi rozaron.

—Deja de comportarse como tal.

—Estoy cabreada —le expliqué—.

Puedo estar cabreada.

—¿Me lo cuentas?

Me volví de nuevo, y esta vez no intenté ocultar el dolor y la confusión por sus actos, porque su propia cara reflejaba preocupación.

—¿Por qué amenazaste a Nicholas con romperle la cara cuando te pidió consejo para pedirme una cita?

La comprensión llegó a sus ojos y suspiró con pesar.

—No es lo bastante bueno para ti.

—No es una decisión que debas tomar tú.

Sus dedos se hundieron en mi cadera y se curvaron en respuesta a mi reacción.

—Pero sí me encargo de protegerte.

Cerré los ojos, sus palabras me herían.

—No soy tuya para que me protejas.

El cuerpo de Adam, sólido, se acercó más al mío y estuvimos en silencio durante un momento.

El silencio se rompió cuando su brazo perdió fuerza contra mis caderas. Estaba girando la cabeza para preguntarle cuando sentí el tacto de sus dedos bajando por mi espalda, sobre el principio de mi pantalón. Despacio, tortuosamente, siguió la piel desnuda sobre mi columna y mi piel enrojeció sintiendo cómo los pezones se

endurecían y se marcaban en la tela que me cubría el pecho.

—¿Estás segura de eso? —me susurró al oído con voz ronca.

Mis ojos se abrieron más mientras le miraba fijamente, una ráfaga de confusión y preguntas amotinándose en mi cabeza, ninguna de las cuales pudo cobrar voz, porque Donna y Darren se sentaron a nuestro lado de nuevo con nuestras bebidas. El brazo de Adam volvió a rodearme, su mano reposando gentil sobre mi cadera, y yo me mantuve allí sentada en aturdido silencio preguntándome qué demonios había querido decir con aquello.

# Capítulo siete

Adam hizo una mueca al tiempo que me miraba.

—Sí que te mandaba mensajes contradictorios.

—¿Tú crees?

Sonrió tímidamente.

—Lo siento, Els, me cabreaste. Estaba intentado demostrarte que eras mía. No fue justo.

Me encogí de hombros.

—Estabas indeciso en aquel momento. Te perdono. Especialmente porque hace de ello una buena historia.

Rio y alcanzó de nuevo el diario,

ojeando las páginas, buscando la siguiente entrada.

—Esa noche en el Club 39 no fue ni de cerca tan mala como la de la noche en el Fire.

Adan gruñó.

—Mierda, no sé si quiero leer aquello desde tu punto de vista.

—Lo dejé bastante detallado.

Arqueó una ceja hacia mí.

—¿«Detallado»?

Yo asentí, ruborizándome.

Vio mi piel enrojecida y sonrió, al tiempo que me devolvía el diario.

—Nena, eso será caliente.

*Domingo, 16 de septiembre*

*No puedo más. Se acabó. Me da igual cómo quede lo mío con Adam... definitivamente esto ha terminado.*

No había estado esperando precisamente la noche del Fire, porque eso significaría estar atascada en un club viendo cómo Adam flirteaba con todo lo que se moviera, pero era una gran noche para Braden, pues había estado organizando un acontecimiento especial para la Fresher's Week<sup>[4]</sup>, y le había prometido que estaría allí.

Como siempre Joss y él estaban demasiado centrados en sus propias cosas como para saber de la tensión que



había entre Adam y yo. Era esa horrible tensión incómoda, mezclada con frustración sexual, que había surgido tras nuestro último enfrentamiento poco después de la memorable noche en el Club 39.

Resultó que acepté quedar con un tipo llamado Jason que había conocido en Starbuks. Jason estaba bueno y parecía agradable y no vi ningún riesgo en tomar algo con él. Pero... Braden se lo contó a Adam y Adam se pasó toda la noche llamándome por teléfono por tonterías. Me había arruinado la cita. Era inmaduro y completamente indignante.

Todavía lo era más el hecho, como Joss tan sinceramente me puntualizó, de que groseramente yo hubiera contestado a cada llamada en lugar de apagar el móvil. La verdad era que había estado disfrutando con la reacción de Adam. En algún lugar del camino se me había olvidado la promesa de pasar de él tras la noche en su apartamento y había entrado en nuestro estúpido juego una vez más. Quería una reacción por su parte y lo cierto era que ya la tenía. Pero después de echarle la bronca al día siguiente, en la comida de los domingos en casa de mis padres, Adam había pasado de fuego a hielo. Procuraba no

quedarse a solas conmigo y cuando lo hacía hablaba sobre cosas con las que se hablaría con un perfecto extraño. Había estado intentando mantener la compostura durante las últimas semanas, y si le sumaba mis preocupaciones con los estudios y las recurrentes jaquecas, que parecían no querer desaparecer, me encontré deseando pagar con él todas mis frustraciones.

Todo el mundo tendría a la agradable Ellie, a la dulce Ellie, a la Ellie a la que todos conocían y querían. Adam tendría a la Ellie malhumorada, a la Ellie cansada, a la Ellie amargada y con el corazón roto.

Mientras Braden retenía a Joss por algo relacionado con la altura de su vestido (mi hermano podía ser una especie de macho alfa estúpido a veces), Adam me llevó a un reservado del bar. Me deslicé a un lado y me quedé sorprendida cuando él se sentó a mi lado, muy cerca.

—Ve con cuidado —le advertí secamente—, creo que estás rompiendo tu propia regla de mantenerte a más de un metro de mí.

Torció el labio, para nada impresionado.

—No empieces, no esta noche.

—Ni esta noche ni ninguna.

Sus ojos relampaguearon.

—¿Sabes por qué nunca tengo pareja, Ellie? Para evitarme toda esta mierda. Esto es como tener una jodida relación pero sin los beneficios.

Herida, le dirigí la mirada más terrible que pude componer.

—No, es como tener una relación de amistad que tú estropeaste.

Tras conseguir hacerle daño, me sentí fatal, y sentirme fatal por eso me hizo cabrearme más con él. No quería que me importara herir sus sentimientos.

Adam iba a contestarme cuando un movimiento nos hizo girarnos y vimos a Joss intentando no interrumpir nuestra

bronca. Adam le lanzó una mirada que decía que aposentara su culo y ella se sentó con nosotros, salvándolo de mí.

Sentí casi el mismo alivio que él cuando Joss se sentó a mi otro lado.

—Braden está tomando algo en algún sitio —dijo, sus ojos se dirigían hacia los invitados—. No tenía ni idea de que fueran a venir otros amigos, creí que seríamos nosotros y unos cuantos seleccionados al azar.

—No —respondí despreocupada, pero mi malhumor había causado un cortocircuito entre mi cerebro y mi boca—. No, a muchas de sus ex novias y a sus anteriores amigas con derecho a

roce les encanta ir de discotecas, de modo que las ha invitado a todas, así como a las de algunos de sus amigos.

No fue hasta que Adam me soltó un «Ellie, ¿a qué se supone que estás jugando?» cuando me volví y siguiendo su mirada llegué a Joss, quien se había quedado helada ante mi falta de tacto.

Mortificada, me apresuré a disculparme.

—Oh, mierda Joss, no quería decir eso. Me refería a que esas chicas no significaban nada...

—Bebamos —dijo ella demasiado alegremente, y me sentí fatal por hacerla sentir incómoda e insegura sobre

Braden.

—No creo que sea una buena idea, mejor esperamos a Braden —insistió Adam.

Como fuera, Braden pasó un buen rato charlando y coqueteando con los invitados, y la tensión en nuestra mesa creció y se volvió tan espesa que todos queríamos escapar de allí. Joss y yo nos fuimos a la pista de baile, y la acompañé un rato hasta que fui a por una botella de agua a la barra. Tal y como me acercaba vi a Adam de soslayo y pude sentir ese, oh, Dios, familiar calor. Llevaba una camisa negra con las mangas dobladas por encima de los codos, con un



pantalón de vestir negro. Era sencillo, era muy sexy. A él siempre se le veía sexy, caliente. Y aquella noche se le veía así mientras estaba inclinado hacia una chica sentada en un taburete en la otra punta del bar. Ella rio y eso los acercó lo suficiente como para poder besarse. Lo que fuera que le dijo hizo que su risa suave se convirtiera en una sonrisa seductora, y el calor de mi cuerpo se convirtió en deseos de llorar.

Como si hubiera sentido que le observaba, Adam levantó la cabeza y me vio mirándole. Nunca me había resultado sencillo ocultar mis emociones, especialmente cuando estaba

sintiendo algo particularmente profundo, así que giré la cara rápidamente para que no lo viera.

—¿Qué te pongo? —me dijo uno de los camareros cuando finalmente se acercó a mí.

—Una botella de agua. —Mi voz salió tan ronca por el dolor que él se inclinó hacia mí y tuve que repetirle lo que quería.

Justo cuando sacaba el dinero para el agua, una mano se colocó en la parte baja de mi espalda y su colonia me golpeó unos segundos antes de que sus labios lo hicieran con mi oreja.

—Els —me dijo Adam en voz muy

baja, ronca de emoción.

No sabía qué responder. Mis ojos permanecían fijos en la botella de agua mientras intentaba recuperar el control, sabiendo que cada día estaba más cerca de forzar nuestra situación hacia algún tipo de resolución a base de sacar la verdad hacia fuera.

—Cariño, mírame.

Hice lo que me pedía, buscando en su cara las respuestas que todavía no estaba preparado para darme.

Apartó la mano de mi espalda y me rozó con los nudillos la mandíbula con ternura, siguiendo el movimiento con la mirada.

—La cosa más hermosa que jamás haya visto —murmuró.

Las palabras me picaron porque me recordaron a otro momento que habíamos tenido, uno más de nuestros tióvivos de señales equivocadas. Rehuí su contacto, haciendo una mueca.

—No lo hagas.

Dejó caer las manos.

—Ellie...

Surgieron murmullos de conmoción y gritos que le interrumpieron, y los dos nos volvimos y miramos por encima de su hombro la cara para encontrar a Braden golpeando a...

—Gavin... —Jadeé.

Adam se levantó inmediatamente para acudir junto a su amigo y yo le seguí, con el corazón desbocado por mi hermano. Gavin había sido amigo del colegio, suyo y de Adam, pero cuando creció se convirtió en un auténtico gilipollas. Braden, por alguna razón, había sentido lealtad hacia él y siempre lo había tenido más o menos cerca. O lo tuvo hasta cinco años antes, cuando lo sorprendió en la cama con Analise, traicionándole.

¿Y estaba en su discoteca?

—Ese es Gavin —Braden le lanzó una mirada de disgusto a Joss—. El amigo que se follaba a Analise. ¿Por qué

cojones hablabas con él como si le conocieras?

Oh, Dios mío, ¿Joss conocía a Gavin? Por un momento sentí un pánico absoluto ante la idea de que la historia se estuviera repitiendo para mi hermano. Pero entonces recordé que aquella era Joss, y a pesar de sus fallos, nunca sería desleal. Solo tuve que ver cómo le cambiaba la expresión de la cara al descubrir quién era Gavin para saber que, fuera lo que fuera aquello, era un gran malentendido.

Bueno, al menos por parte de Joss.

—Es entrenador en mi gimnasio —explicó Joss—. Me ayudó una vez.

Le miró como si le prometiera que no tenía ni idea de quién era Gavin, permitiendo que los sentimientos que albergaba por Braden fueran visibles. Estaba segura de que ella no se había dado cuenta, o se habría sentido mortificada por ser tan transparente. De todas formas me alegré de verlo y detesté que mi hermano estuviera tan fuera de quicio que se le escapara.

—Parece que te entretienes con mejores cosas ahora, Bray. —Gavin miró a Joss de una manera que hizo que me estremeciera y vi como los hombros de Adam se tensaban delante de mí—. Aquí me tienes, deseando que la historia

se repita, porque he querido tenerla entre las piernas desde hace semanas. ¿Qué me dices, Joss? ¿Te apetece un polvo con un hombre de verdad?

Nunca había visto a mi hermano pegar a nadie, pero se echó sobre Gavin antes de que alguien pudiera detenerlo. Adam hizo lo que pudo, aunque yo sabía que una parte de él no quería empujarle y apartarle de aquel sórdido, maldito cabrón. Pero lo hizo, solo que con la fuerza suficiente para mantener cierto control sobre él cuando Gavin dijo algo tan obsceno que incluso yo le hubiera pegado un puñetazo.

Para cuando seguridad llegó para



llevarse a Gavin, creí que Adam iba a soltar a Braden solo para poder tener también él los brazos libres. Y pobre Joss. Vi su preocupación mientras Braden, erizado por la adrenalina y la ira de una manera que nunca antes le había visto, la arrastraba por la pista principal y la subía escaleras arriba a la zona privada, hasta su despacho.

Prefería no saber lo que iba a pasar allí arriba.

Así que permanecí donde estaba, temblorosa todavía tras todo lo ocurrido, mientras los exaltados clientes e invitados se dispersaban para continuar disfrutando de la noche. Adam

y yo seguíamos en medio de la pista, mirándonos el uno al otro. Creo que los dos estábamos tratando de averiguar dónde nos encontrábamos nosotros y qué narices había pasado.

La chica del taburete volvió a él con un jersey a modo de vestido tan ajustado que parecía una pera. Era más baja que yo, pero, como Joss, tenía más caderas y culo. Me sentí de repente desaliñada con mi figura, con mi vestido brillante. Parándose a su lado, colocó la mano sobre su brazo con propiedad.

—Déjame que te invite a algo después de eso.

Adam apartó los ojos de ella para

mirarme, y desesperada como estaba por no resultar tan transparente como antes, agaché la cabeza un poco escondiendo mis gestos y le dije categóricamente:

—Ve, yo me marcho a casa de todos modos.

Le rocé al pasar antes de que pudiera contestarme, me hice hueco entre la multitud y bajé cuidadosamente las escaleras hasta llegar al nivel de la calle. Una mano me cogió del brazo y casi me hace perder el pie y me sorprendí al ver a Adam con la chaqueta puesta.

—Me aseguro de que llegas bien a casa.

—No es necesario.

Ni contestó ni me dejó marchar. Estaba demasiado cansada para discutir, así que le permití meterme en un taxi y me senté en silencio mientras nos llevaban a la calle Dublín.

Pagó el taxi y me siguió arriba, hasta la puerta de casa. Esperó pacientemente hasta que le di las llaves y entramos en la oscuridad del piso. Subí unos cuantos escalones hasta el distribuidor, le di al interruptor de la luz y me giré sobre los tacones hacia él.

—Puedes irte ya.

En lugar de eso Adam estrelló la puerta de la entrada al cerrarla de un

portazo y me miró hoscamente.

Suspiré con suavidad, cansada de pelear. Mama siempre bromeaba con que yo no era una luchadora, era una amante. Incluso me compró una camiseta que lo decía.

—Puedes irte ya, Adam. Gracias por traerme a casa.

—¿Qué quieres de mí? —me preguntó de repente, su voz dura por la ira.

Me hice atrás ante su tono, apoyándome en la pared, mirándole con cautela conforme se acercaba, al acecho. Incliné la barbilla, y mis labios se abrieron de sorpresa cuando le vi

colocar las manos contra la pared a los lados de mi cabeza para aprisionarme entre su cuerpo. Bajó la cabeza, su nariz se deslizó por la mía hasta que sus labios quedaron prácticamente sobre los míos. Tragué saliva y encontré al fin mi voz.

—¿Qué quieres tú de mí?

Su respuesta fue cubrir la distancia que separaba nuestras bocas casi con violencia.

Como la otra vez que me había besado así, el mundo desapareció, llevándose la realidad y cualquier cosa que importara. Rodeé con mis brazos su cuello, enredé mis dedos en su pelo,

presioné mis pechos con fuerza contra el suyo, mientras nos devorábamos el uno al otro.

Después de un tiempo Adam suavizó nuestro pasional beso liberando mi boca hinchada para darme suaves besos en la mandíbula y la parte baja del cuello mientras su mano se deslizaba entre mis muslos. Me dejé caer contra la pared con un suspiro, los ojos cerrados mientras regresaba a mis labios, probándome con la lengua. Sus dedos se colaron por debajo de la ropa interior de encaje que llevaba bajo el vaporoso vestido y gemí contra su boca ante la presión de aquellos dedos que

empujaban dentro de mí.

Adam los sacó, su aliento tan jadeante como el mío, y comenzó a jugar conmigo. Cerré los ojos de nuevo; el placer me tensó. Me agarré a sus brazos conforme me empujaba hacia el orgasmo.

—Adam —le supliqué.

—Mírame. —Sus palabras retumbaron en mi boca e inmediatamente abrí los ojos para encontrar los suyos, ardientes—. Quiero ver cómo te corres.

Sentí que mis mejillas se sonrojaban aún más ante su petición, pero le sostuve la mirada mientras sus dedos me acariciaban, mis caderas se mecieron



contra su mano, mi mirada se volvió adormecida. La respiración de Adam se volvió cada vez más entrecortada, y cuando me presionó el clítoris con el pulgar estallé, pegándome a él durante mi orgasmo, y él gritó una palabrota mientras se apoyaba en el hueco de mi cuello.

Las piernas apenas me sostenían cuando bajé de las alturas, regresando a la realidad. La confusión me abrumó y sentí que algunas lágrimas me escocían en los ojos. El aliento cálido de Adam me acarició la piel mientras bajaba la cabeza para suspirar en mi oído.

—Casi me corro solo de verte a ti.

Temblé, sintiendo de nuevo aquel cosquilleo por todo el cuerpo.

—Haces que se me ponga tan jodidamente dura. —Me confesó, al tiempo que me tomaba la mano y me la dirigía para que presionara su erección a través de los pantalones.

El triunfo apartó a la confusión por un momento, y el sentimiento de poder que daba la victoria me hizo acariciarle y escuchar sus gemidos de placer en mi oreja. Al menos me deseaba. Al menos aquello le causaba verdadero tormento.

—Si no paras, nena —me apartó la mano— voy a explotar.

Cuando levantó la cabeza, me miró a

los ojos y los vio acuosos, y se hizo atrás con otra palabrota. Pasándose la mano por el pelo, suspiró pesadamente.

—No debería haber hecho esto, Els, lo siento. —Arrugó la cara y vi la autoflagelación en su rostro.

—¿Por qué? —le pregunté suavemente, necesitaba entender de una vez por todas qué era lo que ocurría entre nosotros—. ¿Por qué no deberías haberlo hecho? ¿Por qué no podemos estar juntos?

Sus maravillosos ojos oscuros me miraron con sorpresa, como si no pudiera creer que no lo entendiera.

—Es por Braden, Els. Es mi mejor

amigo, mi familia. No puedo correr el riesgo de que no me perdone por... — Gesticuló con impotencia hacia mí.

El calor de las secuelas del orgasmo que me había proporcionado se vio sustituido por un escalofrío tras oír sus palabras. Me quedé de pie contra la pared intentando controlar la bola de fuego que tenía acumulada en la garganta.

—Pero yo sí estoy dispuesta. Estoy dispuesta porque estoy enamorada de ti. Sabes que estoy enamorada de ti.

La ausencia de sorpresa en su cara fue la confirmación.

Negué con la cabeza, me reí

amargamente y me sequé las lágrimas que habían comenzado a caer.

—Todos estos años, incluso ahora, me dices que todo lo que has querido ha sido protegerme de lo que pudiera hacerme daño. Y aun así haces y dices cosas que me confunden. Que me hacen creer que sientes por mí lo mismo que siento yo por ti, y al segundo eres frío y te paseas con otra mujer delante de mis narices. —Las lágrimas corrían veloces ahora y pude ver el brillo de dolor en los ojos de Adam. Me dio igual. Tenía que sacar aquello de dentro de mí—. La única persona que siempre me ha herido en lo más hondo eres tú. Y te lo sigo

permitiendo.

—Ellie. —Sonaba destrozado, dio un paso hacia mí. Se detuvo, no obstante, con los ojos llenos de dolor cuando yo me aparté—. Te quiero. —Admitió, y en lugar de sentir alegría por sus palabras, el último pedacito de mí que todavía conservaba la esperanza se rompió.

Negué con la cabeza.

—Pero no lo suficiente.

—Sabes que eso no es cierto, Els. Tú, entre todos, tienes que entenderlo. Si tú y yo empezamos algo y sale mal, pierdo también a Braden. Perderé a las dos únicas personas en el mundo que

significan algo para mí.

Quería entenderle. Intentaba entender las razones que había detrás de las acciones de las personas, porque quería ver lo mejor de cada uno. Pero lo único que sabía era que si él me quisiera lo suficiente lo arriesgaría todo — arriesgaría nuestra historia— por algo más, y el hecho de que no estuviera dispuesto a hacerlo me decía que no podía sentir por mí lo mismo que sentía yo por él. No quería meterme en una relación en la que yo amaría al otro más de lo que él jamás sería capaz de amarme.

—Vete a casa, Adam —le respondí

en voz baja—. Hemos terminado.

Sus ojos se agrandaron con la conmoción.

—Ellie...

—Disimularé por Braden. Cuando estemos juntos fingiré que nada ha cambiado entre tú y yo. —Me sostuvo la mirada, tratando de ser fuerte mientras yo ponía fin a lo nuestro—. Pero, sea lo que sea, se ha terminado. No me llames, no vengas a verme... No lo hagas. No te quiero cerca a menos que sea necesario. Y si te preocupas por mí aunque sea un poco, sé que te mantendrás alejado.

No le permití replicar. No podía. Me di la vuelta y recorrí el pasillo hasta



mi habitación, luego cerré la puerta y me apoyé en ella, concentrada en seguir respirando.

Se produjo un silencio al otro lado que me pareció que duraba una eternidad, antes de que finalmente oyera la puerta de la entrada cerrarse suavemente.

El ardor de la garganta estalló en sollozos, y resbalé por la madera buscando aire en medio del dolor.

# Capítulo ocho

—Las semanas más jodidamente miserables de mi vida después de aquello. —Adam pasaba las páginas leyendo por encima las siguientes entradas tras aquella noche.

Le acaricié la nuca con la mano.

—También las mías, cielo.

Me retiró la mano de su cuello y le dio la vuelta para besarme distraído en los nudillos.

—La noche en que se casaron Jenna y Ed fue una jodida tortura.

Lo fue, ambos fuimos con pareja. Yo llevé a Nicholas únicamente por ser

especialmente irritante y Adam llevó a alguna chica al azar. Aunque durante la boda mostré mi cara más amable y me negué firmemente a mirar a Adam, fue una de las experiencias más dolorosas de mi vida.

Adam enlazó sus dedos con los míos y los colocó en su regazo.

—Aquí está. —Levantó el diario.

—¿El qué? —Fruncí las cejas, intentando entender mi letra.

—Iba rápido esperando encontrar mi visita matutina.

*Lunes, 17 de diciembre*

*Estoy escribiendo esto tan rápido como puedo porque veo a Adam*

*deseando robarme el boli y coger cualquier cosa que esté en su mano para llamar mi atención. En tanto que me gustarían las maneras que usaría, será mejor que deje de escribir. Ha sido un terrible fin de semana, pero hoy me siento más fuerte y tengo un rato. Esta mañana me he despertado con algo bonito, y juro que después de la semana que he tenido creí que eso sería imposible...*

Concentrada en una grieta en el techo decidí dejar atrás la confusión y la desesperación. Estaba esa parte enterrada de mí que seguía intentando empujar hacia arriba y asir mi pecho desde dentro hacia fuera para tirar de mí

y susurrar «no estoy preparada para morir».

«Detente, detente, detente, detente, detente, detente...»

No podía pensar de ese modo.

Sin embargo, era de lo que me había estado guardando durante meses. Cuando el doctor me dijo que necesitaba gafas, ignoré mis propios instintos y me aferré a esa solución con absoluto alivio.

Aun así las jaquecas seguían viniendo, el cansancio fue a peor y la ansiedad que oculté a todo el mundo siguió creciendo.

Diez días antes había tenido un

ataque en la cocina. Estaba tan aterrada y a la vez tan aliviada en la sala de espera del hospital mientras esperaba turno para la resonancia, con el estómago encogido de dolor pero con la tranquilidad de saber de una vez qué demonios me estaba ocurriendo.

Era un tumor. Un tumor cerebral.

Intenté tomar aire. Habíamos esperado diez días para que nos dieran los resultados y eran esos, y no me podrían decir nada más. Tenía que esperar otras veinticuatro horas para saber si era cáncer o no.

Quería afrontarlo de manera elegante, no solo por mí, sino también

por Braden, mi madre, Clark, Hannah y Declan. Quería afrontarlo de buen grado por Joss, pues sabía que para ella iba a ser muy difícil. Y, sin embargo, su reacción...

Una lágrima resbaló por mi mejilla al recordar su reacción apenas unas horas antes. Había visto el pánico en sus ojos y luego simplemente... se encerró en sí misma. Sencillamente me dejó. Cuando más la necesitaba ella simplemente... se marchó.

Braden estaba furioso y muerto de miedo por mí y por ella e intentando no estarlo. Su ansiedad me estaba poniendo peor, así que le pedí que se marchara a

hablar con mi madre y con Clark. Entendió que necesitaba algo de tiempo para mí misma y me lo concedió.

No podía pensar en lo peor. No sería como Joss. Me refiero a que quería estar preparada, pero no era pesimista. Y seguramente, era demasiado joven para... Uno nunca piensa que algo así le va a pasar. Es como un sueño, es surrealista, como si estuvieras viendo la vida de otro en una película.

Sonó el móvil y me giré para mirar por encima de la almohada en la mesita.

Era Adam.

Respiré a pesar de la opresión que sentía en el pecho y alcancé el teléfono.



Desde que aterrizara en el hospital hacía entonces diez días, Adam había renegado de su promesa de mantenerse alejado de mi vida. Me llamaba todos los días e iba al piso como si pensara que iba a permitir que se saliera con la suya. Demasiado cansada para pelear, sí le permití salirse con la suya esa vez.

—Hola —contesté, e incluso yo advertí que no sonaba como yo misma.

Se produjo un crujido en la línea, hasta que él dejó escapar un enorme suspiro.

—Braden ha llamado.

Me puse tensa al oír la aspereza en la voz de Adam, el quebrantamiento

ahogado de su tono.

—Sí.

—Dios, Ellie —gimió como en agonía—. Cariño...

—No. —Sacudí la cabeza aun cuando no podía verme y me mordí el labio intentando contener el torrente de lágrimas. Tan pronto como supe que podría continuar hablando sin llorar, añadí—: No sabemos nada todavía.

—Sé que necesito ir a donde estés. Estaré allí en diez minutos.

—No, no vengas —dije con fuerza antes de callarme; el corazón me golpeaba el pecho ante la idea de tener a Adam aquí y abrazarme contra él—. No

quiero que vengas.

—Joder, Els.

Hice una mueca ante el dolor que reflejaba su voz.

—Por favor, Adam.

—Lo necesito. Necesito estar a tu lado. Te quiero Ellie. Estoy jodidamente enamorado de ti.

Estaba llorando.

Nunca le había oído ni visto llorar antes. Ante sus lágrimas y su rotunda confesión, yo también comencé a llorar y dejé caer la cabeza sobre la almohada, apretando fuerte el teléfono contra mi oreja. Al final suspiré.

—Solo mantente en la línea

conmigo, ¿te parece?

Adam se aclaró la garganta y con la voz rota me dijo:

—Lo que quieras, pequeña.

Suspiré y me acerqué aún más el teléfono.

—No sabemos nada todavía — repetí.

—Podría no ser nada —añadió.

—Sea lo que sea, voy a luchar.

—Lucharé contigo.

—Chiss —le silencié despacio—.

Sin promesas. No de esas.

—He dejado de perder el tiempo, Els.

Sonreí con tristeza, demasiado

agotada para hablar de nada.

—Solo pierde un poquito más de tiempo por mí. Por favor.

Permaneció callado durante un rato, y finalmente me contestó bajito:

—Solo un poco más, pequeña. Solo un poco más.

\*\*\*

La factura de teléfono de Adam debió ser ridícula, pero dudo que le importara. Estuvo conmigo al teléfono durante dos horas y apenas hablamos. Sencillamente le oía respirar y él me oía respirar a mí. Finalmente colgamos

cuando Braden regresó, pero se negó a decirme «adiós» y por primera vez sentí el miedo sin diluir en su voz cuando me suplicó que no pronunciara esa palabra.

Era mucho, era una enormidad. Pero una cosa era admitir ante mí que me amaba y otra admitirlo frente a Braden. Necesitaba combatir primero la crisis del tumor antes de comenzar a plantearme lidiar con mi situación con Adam.

Vi un rato la televisión con Braden, me acurruqué a su lado mientras me acariciaba el pelo con cariño. Mi madre y Clark habían tenido una gran discusión con él porque querían venir y él había

dicho que no había nada que pudieran hacer y que, mientras estuviera perdida en el limbo, era mejor dejarme en paz y tranquila y que no me preocupara sobre cómo llevaban los demás el asunto. Lo agradecí muchísimo, pero de todas formas les llamé, una llamada corta para que escucharan mi voz y para pedirles que me llevaran a la cita con el médico al día siguiente. Pese a que al principio fue todo bien, Clark dijo adiós de forma precipitada cuando mamá comenzó a sollozar. Desde luego eso me hizo sentirme fatal, y entonces me calmé, y fuera ya se había vuelto oscuro y la tarde había pasado, y el miedo a lo que

me pudieran decir al día siguiente me atenazó.

Braden me llevó a la cama y me puso en la mano un tazón de agua caliente con whisky. Se sentó en la cama mientras me lo bebía y se quedó allí hasta que finalmente cerré los ojos.

Se abrieron de repente ante el sonido de un crujido en el suelo de mi habitación. Estaba hecha un ovillo en la oscuridad de mi cama y, a través de la luz de la luna que se filtraba por el ventanal, vi a Joss en pie frente a mi cama.

Sorprendida de que hubiera vuelto pero todavía dolida por su anterior



deserción, solo pude mirarla con ojos interrogantes.

Abrí los ojos desorbitadamente al advertir que Joss estaba llorando. Joss. Sabía que había salido corriendo antes por el equipaje que cargaba con la muerte de toda su familia. También sabía que era el miedo lo que la había hecho salir corriendo, pero ser testigo ahora de sus lágrimas me hizo darme cuenta de cuánto significaba para ella. Estaba aterrada ante la idea de perderme.

Mis mejillas se llenaron de lágrimas y eso puso a Joss en acción. Se arrastró hasta la cama y se acomodó detrás de

mí, así que me di la vuelta y de inmediato apoyó la cabeza en mi hombro y se colocó todavía más cerca. Me cogió la mano y la acunó entre las suyas.

—Lo siento —susurró.

—Está bien —le contesté, y lo decía de veras—. Has vuelto.

—Te quiero, Ellie Carmichael Y vas a salir de esta.

¿Me había ganado el amor y el afecto de alguien tan perdido como Joss Butler? Para mí aquello fue un montón de luz en un montón de oscuridad y me sentí abrumada. Traté de tragarme un sollozo para poder contestarle, y le susurré la misma verdad:

—Yo también te quiero, Joss.

\*\*\*

Braden se había levantado temprano esa mañana y nos había hecho el desayuno. Aun con la cita con el neurocirujano que se avecinaba aquella tarde, pude deducir que algo terrible había pasado entre Braden y Joss. Al preguntarles, adiviné que habían roto e intenté no sentirme culpable. Fracasé.

Estaba claro que habían roto por mí, por la reacción de Joss a lo que me estaba ocurriendo. Oí la voz helada con

la que Braden se dirigía a ella y el dolor que le provocaba y quise intervenir, quise arreglar lo que inadvertidamente había ayudado a romper. Pero ellos no lo hubieran aceptado y me enviaron a la habitación a darme una ducha.

En un momento oí como sus voces se elevaban por encima del chorro del agua y entonces un plato que se rompía, seguido de más gritos. Preocupada, cerré el grifo y salí, pero las voces habían vuelto a convertirse en murmullos. Aun así me sequé rápidamente y me puse un albornoz, preparada para interponerme entre ellos si era necesario. Mientras caminaba

despacio por el distribuidor oí la voz de Braden diciéndole que la amaba y que no pensaba dejar de luchar por ella. Le prometió a su manera que sería implacable. La romántica que hay en mí casi se desmaya en el acto.

—Tú estás enfermo —le siseó ella en respuesta.

—No. —Me mostré en desacuerdo al llegar a la cocina y detenerme en la puerta sonriéndoles—. Está luchando por lo que quiere.

—No es el único.

Giré la cabeza conmocionada ante el familiar sonido de su voz, con el corazón galopando, mientras Adam

entraba en el piso y se dirigía hacia mí. Se le veía fatal, con ojeras bajo los ojos rojos, y como si no se hubiera afeitado en un par de días.

Y aun así estaba absolutamente arrebatador, y la forma en la que me miraba, como si yo fuera algo precioso revoloteando fuera del alcance de sus brazos, era sencillamente maravillosa.

Cuando se detuvo delante de mí, me tomó la mano, se la llevó a los labios y cerró los ojos con fuerza al tiempo que me la besaba. Me quedé sin aliento cuando abrió los ojos y vi que las lágrimas de la tarde anterior regresaban, brillando en sus profundidades. Supe

también por la determinación en su mirada que hablaba en serio cuando dijo que perdería muy poco tiempo más por mí. Y ese tiempo eran menos de veinticuatro horas.

Por eso cuando tiró de mi mano y me metió en la cocina con él mientras encaraba a Braden, se lo permití. Porque hacía apenas unas horas había descubierto que tal vez sí o tal vez no tenía la mayor lucha de mi vida en mis manos y, por encima de todo, quería que la persona que luchara a mi lado fuera Adam Gerard Sutherland. Teníamos una historia, y quería seguir añadiendo años a esa historia.

—Necesito decirte algo. —Adam miró a Braden y pude ver la tensión que vibraba en su cuerpo.

Lo estaba haciendo. Iba realmente a arriesgarlo todo por mí. Apreté con fuerza su mano.

Braden se cruzó de brazos, sus ojos miraron a Adam, luego a mí y volvieron de nuevo a Adam, y supe que lo sabía pero que no iba a ponérselo fácil.

—Dime.

—Eres como un hermano para mí. Nunca haría nada que te hiciera daño. Y sé que no he sido lo que se dice trigo limpio con tu hermana pequeña, pero estoy enamorado de Ellie, Braden, lo he



estado durante mucho tiempo y no puedo no estarlo. He desperdiciado mucho tiempo intentándolo.

No creo que ninguno de nosotros respirara mientras esperábamos la respuesta de Braden. Después de un minuto de contemplación, finalmente se giró hacia mí, mirándome con ternura.

—¿Le quieres?

Adam me miró y me sorprendió ver un destello de inseguridad en sus ojos. Hombre tonto. Tomé su brazo con más fuerza para infundirle seguridad y entonces sonreí a mi hermano.

—Sí.

Y de forma bastante casual, como si

Adam y yo no estuviéramos muertos de miedo por su posible reacción, Braden se encogió de hombros y se acercó a enchufar el hervidor de agua.

—En jodida buena hora. Empezabais a provocarme dolor de cabeza.

Mis músculos se tensaron. ¿Lo había sabido todo ese tiempo? Adam y yo nos habíamos colocado en una situación dolorosa que casi nos rompe el corazón estos últimos meses, ¿y Braden sabía qué sentíamos el uno por el otro?

—Eres realmente lo que se dice una verdadera patada en el culo —le dijo Joss por nosotros. Lo empujó al pasar con enfado y se detuvo para añadir más

bajo—: Me alegro por vosotros —a Adam y a mí antes de desaparecer hacia su cuarto de baño.

Braden rio con suavidad.

—Realmente me ama.

La puerta del baño se cerró de golpe y Braden rio de nuevo. Adam frunció el ceño hacia él.

—Espero que te las haga pasar putas, cabrón arrogante.

Braden le dirigió una sonrisa afectada y luego su mirada cambió.

—Necesitaba saber que estabas dispuesto a luchar por ella. Ella bien vale esa lucha.

Adam suspiró y me pasó el brazo

por el hombro para acercarme más a su cuerpo y poderme besar así la coronilla.

—Lo sé mejor que nadie.

Cerré los ojos, aspiré su esencia y di gracias al ser divino que fuera por haber añadido otra ráfaga de luz a mi oscuridad.

\*\*\*

Por un momento me quedé allí acostada, con la sonrisa pegada en la almohada. No solo había despertado con el calor de Adam acurrucado a mi espalda, su frente presionando mi nuca mientras él seguía durmiendo, su pesado

brazo alrededor de mi cintura y su pierna derecha entre las mías, sino que me había despertado con ligereza al recordar la liberación. Me desperté sintiéndome más fuerte de lo que me había sentido en mucho tiempo.

El día anterior, a pesar de que sabía por su mirada que quería acompañarme, Adam se quedó intentando mantener la calma en mi piso acompañado de Braden, Joss, Hannah y Dec mientras mi madre y Clark me acompañaban a mi cita con el neurocirujano. El doctor Dunham era un hombre amable de cuarenta y pocos años que acabó con todo mi miedo y el de mis padres con

seis palabras.

—No hay nada de que preocuparse.

Nos aseguró que la causa física de los síntomas era un quiste alargado con dos pequeños tumores, y que el quiste estaba presionando el cerebro. Dijo que había que quitarlo precisamente porque estaba situado en la superficie de mi cerebro, que la cirugía tenía muy poco riesgo. Alrededor de un dos por ciento de riesgo. También nos dijo que había una muy pequeña posibilidad de que los tumores fueran cancerígenos y que los mandaría a biopsiar para estar tranquilos. Programó la operación para dos semanas después, y a pesar de que

ya había tenido tiempo de pensarlo y estaba aterrada ante la idea del bisturí, el alivio de saber que tenía una enorme posibilidad de luchar una pequeñísima batalla y no por mi vida era abrumador y agotador a partes iguales.

Cuando volvimos a casa y les di la noticia, Adam me sorprendió besándome delante de mis padres. Me sorprendí todavía más cuando vi que ellos no estaban en absoluto sorprendidos. Después bajamos al pub de bajo de casa a compartir pensamientos y a intentar relajarnos después de las peores veinticuatro horas que hubiera experimentado en toda mi vida. Me

senté con Adam a un lado y Hannah se acurrucó contra mí en el otro, y a pesar de todo me sentí afortunada cuando me vi rodeada de mi familia y amigos.

En determinado momento mi madre y Clark se llevaron a Hannah y Dec; aunque reticente, Braden se marchó para dar algo de espacio a Joss, y Joss desapareció en su habitación para darnos algo de espacio a Adam y a mí. Pedimos algo para llevar, que devoré con avidez, en tanto sentía que hacía una eternidad que no comía nada, y me metí en la cama. Teníamos mucho de que hablar y yo estaba demasiado exhausta para darle ninguna perspectiva. Pareció



que Adam también, porque se marchó con las sobras y regresó únicamente para acurrucarse conmigo en la cama y apagar la luz.

\*\*\*

Cuando me desperté con la suave luz de la mañana filtrándose a través de las cortinas, me sentía fuerte y preparada para hacer cualquier cosa, y Adam estaba abrazado a mi espalda en la cama.

Era especial, único.

Sentí que su cabello rozaba mi cuello mientras movía el brazo y lo

cerraba más alrededor de mi cintura.

—¿Despierta, pequeña? —murmuró somnoliento, con una voz super sexy.

—Sí. —Mi sonrisa se agrandó. Le acaricié ligeramente la frente—. ¿Sabes? En todos los años que te conozco nunca he dormido cerca de ti. Haces ruiditos.

Sentí su pecho moverse tras de mí, riendo.

—¿«Ruiditos»?

Se giró, de forma que podía mirarle a los ojos. Le sonreí mientras se inclinaba hacia mí.

—Haces ruiditos como «hummm».

Me devolvió la sonrisa.

—¿Qué son ruiditos «hummm»?

—Ya sabes, ruiditos, como cuando algo te gusta o te suena bien.

Sonrió, pícaro.

—¿Cómo «mmm»?

—Sí, bueno, exacto, ya sabes, «mmm».

—Creo que mi masculinidad acaba de recibir un golpe.

Rompí a reír y me giré, colocándome cara a cara con él, alargando las manos para acariciarle la mandíbula.

—Tranquilo, me han gustado. He imaginado que esos «mmm» eran por mí.

Me rodeó con sus brazos con más

fuerza y empujando mi pierna alrededor de su cadera hasta quedar pegados, los ojos somnolientos de Adam se encendieron y miró mi boca.

—Eran por ti.

—¿Cómo puedes saber que eran por mí si ni siquiera sabías que los estabas haciendo?

—Porque he soñado contigo — contestó al instante, lo que me dejó sorprendida. Se dio cuenta y me apretó —. He tenido esos sueños sobre ti de unos años a esta parte.

—¿Qué hago en esos sueños tuyos? —le pregunté sin aliento. El calor crecía en mi pecho, y un cosquilleo lo hacía

todavía más entre mis piernas ante su confesión.

Su mano se deslizó por mi cadera para acariciarme el culo y entonces me empujó hacia delante y pude sentir su erección matutina contra mi pelvis. Mis pezones reaccionaron tensándose, y solté un tembloroso suspiro.

—Unas veces hacemos el amor, otras follamos.

Le miré, mi sonrisa había disminuido.

—Sabes que detesto esa palabra.

Su boca se torció.

—Crees que es «antirromántica».

Me conocía bien. Me encogí de

hombros, insegura.

—Els, desear follarte no significa que te quiera menos.

Necesitaba que se explicara, de manera que bajé las manos por su cara y las coloqué ligeramente sobre su pecho.

—¿Qué significa entonces?

—Cuando quiero follarte lo que significa es que quiero hacerlo de una forma ruda y dura.

Para mi propia conmoción, sus palabras me estaban excitando.

—Creo que nunca me han... — Seguía sin estar segura de poder pronunciar la palabra. Había reñido a Joss muchas veces por usarla porque me

resultaba sórdida, pero cuando Adam hablaba así...

—Dilo —dijo prácticamente sobre mi boca—. Quiero oírtelo decir con tu dulce boca.

Tragué saliva y le miré con valentía.

—Nunca... nunca me han follado —susurré.

Si era posible, se puso más duro contra mí y, cuando su mano bajó por entre nuestros cuerpos hasta mi tanga, sus dedos entraron con cuidado pero fácilmente en mí.

—Pequeña. —Se inclinó hacia abajo; su boca rozó mis labios, su lengua solo tocó la punta de la mía—.

Creo que te gusta la idea de que yo te folle.

En respuesta le besé. Fue un beso intenso, para incitarle, pero en lugar de hacerlo se volvió conmovedor y desesperado.

Adam me dio la vuelta y me colocó de espaldas, presionando mis piernas para que las apartara y pudiera acomodarse entre ellas, y cuando rompió el beso fue para mirarme con tal adoración que no pude respirar.

—No te follaré esta mañana, pequeña. Esta mañana te voy a hacer el amor. Te dejaremos descansar hasta que estés totalmente recuperada y hayas



recobrado todas las fuerzas. —Un brillo prometedor iluminó su mirada—. Las necesitarás.

Sonreí, consciente de pronto de que era Adam quien estaba ahí, en mis brazos, hablando de un futuro juntos. Era el sueño de los últimos trece años hecho realidad.

—No puedes ni hacerte a la idea de lo mucho que te quiero.

Asintió despacio, subiéndome el camisón por el torso.

—Tanto como yo te quiero a ti.

Fue la primera vez que lo dijo en un momento en que realmente me pude permitir sentirlo. Aquellas dos palabras

cayeron sobre mí y llenaron mi pecho, y mientras me sacaba el camisón por la cabeza y yacía casi desnuda para que me mirara cuanto quisiera le sonreí tímidamente.

—¿Sabes? No me importa lo que hagamos esta mañana. Puedes hacerme cualquier cosa que desees.

Para mi sorpresa, eso hizo que Adam gruñera y escondiera la cabeza en el hueco de mi hombro.

—¿Pequeña?

Giró la mejilla y presionó sus labios contra mi piel desnuda, sus manos bordeando mis costillas para ahuecar mis pechos. Me arqueé ante su contacto

suspirando mientras él contestaba.

—¿Cómo he podido tener tanta suerte? Inteligente, divertida, dulce, preciosa, apasionada, y me dice que puedo hacerle cualquier cosa que desee. —Rio entonces—. Tiene que tener truco. —Me sonrojé intensamente, y Adam levantó la cabeza para mirarme, riendo—. He olvidado decir modesta.

—Para. —Le empujé juguetona en el hombro, pero necesitaba que lo dejara o seguramente rompería a llorar.

Se echó a reír de nuevo, y el rumor de sus pequeñas carcajadas contra mi pecho causó un efecto curioso más abajo. Me dio otro beso rápido en el

hombro y se sentó, manteniéndome a horcajadas hasta que se quitó la camiseta. Me embebí lo que veía, mordiéndome el labio y absorbiendo cada detalle. Se me había olvidado lo atractivo que era. Anchos hombros y duros músculos. Y unas abdominales para morir.

Sus ojos permanecieron concentrados en los míos al tiempo que sus manos se posaban en la hebilla su cinturón. Temblé de anticipación mientras se lo quitaba y se bajaba la cremallera de los vaqueros.

—Esta mañana voy a hacerte el amor porque nuestra primera vez

debería ser así. Además no importa lo bien que te sientas, y puedo decirte que te vas a sentir mucho mejor, tu cuerpo debe seguir exhausto. Así que lo haremos despacio y con ternura.

Tiró a la vez de los pantalones y los calzoncillos, y me quedé sin aliento cuando su erección se vio liberada, sobresaliendo hacia arriba y hacia fuera, dura y palpitante. Ahora entendía por qué el canalla tenía tanta seguridad en sí mismo. Porque caminaba con eso dentro sus pantalones.

—Ahora eres tú quien hace ruiditos de esos de «hummm» —me dijo, y la risa se reflejaba en su voz, al tiempo que

se giraba para dejar los vaqueros recién quitados.

—¡No es cierto! —protesté, enrojeciendo otra vez, pensando que había estado tan ensimismada mirándole que existía una gran posibilidad de que hubiera estado haciendo «hummm».

—Sí lo estabas. Y es jodidamente adorable. —Se volvió hacia mí solo para llegar a mi ropa interior.

Balanceé las caderas para ayudarle a que la bajara por las piernas, y mientras lo hacía se detuvo aquí y allá para besar mi piel desnuda. Cuando al fin terminó empujó mi rodilla izquierda y vi, conforme el calor se centraba en la

boca de mi estómago, cómo trazaba un reguero de besos por mi pantorrilla, pasando la rodilla y por la parte interior de mi muslo.

—Tus piernas son eternas —susurró al tiempo que sus ojos buscaban los míos—. No puedo esperar a tenerlas a mi alrededor mientras estoy dentro de ti.

—Adam... —Me costaba respirar, estaba completamente a su merced.

Repetí su nombre más roncamente cuando su boca descendió entre mis piernas y su lengua me lamió con suavidad el clítoris. Permaneció un tiempo con su boca allí, lamiendo y succionando hasta que me corrí, fuerte y

rápido contra él.

Todavía estaba gimiendo y diciendo «Dios mío» cuando Adam subió por mi vientre y se detuvo para meterse uno de mis pezones en la boca. Jugó un rato con él, diciéndome todo el tiempo cosas bonitas y palabras de amor, hasta que volví a estar tan excitada que le supliqué que se enterrara en mí.

Al percibir su presión entre mis piernas me tensé y Adam entrelazó sus dedos con los míos, anclándose en mí de todas las maneras posibles. Sus labios se abrieron en una exhalación en el momento en que empujó dentro de mí y se hundió profundamente. Jadeé y



levanté las caderas instintivamente, creando una fricción deliciosa para ambos. Los ojos de Adam se abrieron, velados, mientras me estudiaba con expresión tierna.

—Te quiero, Ellie Carmichael. —Su voz estaba cargada de sinceridad.

Asentí con la cabeza y alcé las caderas jadeando ligeramente mientras contestaba.

—Te quiero, Adam.

La presión de sus manos se volvió prácticamente dolorosa al tiempo que salía casi completamente de mí para volver a deslizarse muy adentro. Me ondulé contra él, cogimos la misma

cadencia, un ritmo que creció y creció hasta que me hizo desesperarme por llegar al final. Mis piernas le envolvían, mis muslos le apretaban con fuerza, suplicando más.

—¡Adam! —grité, empujando contra sus manos, queriendo tocarle, queriendo llevarle conmigo—. Más fuerte.

Gruñó en voz alta mientras salía de mí solo para volver a entrar, esta vez con más fuerza. Comencé a murmurar sinsentidos, básicamente «sí, sí» una y otra vez mientras él se hundía en mí cada vez más exigente y más duro.

—Córrete para mí, Els —me reclamó, sus ojos en mi rostro—.

Córrete, pequeña.

Y como si lo hubiera estado haciendo durante años, le di lo que quería. El ritmo se aceleró y me rompí por completo gritando, mientras Adam presionaba su mejilla contra la mía y se tensaba. Yo seguía flotando en el limbo post orgásmico cuando él se estremeció contra mí al correrse también.

Los dos jadeando pesadamente, los dos envueltos en una fina capa de sudor, e imaginé que los dos un poco pegajosos. Sonreí al techo. Era lo que ocurría cuando tenías el mejor sexo de toda tu vida.

—Guau —susurré, pasando las

manos por su espalda una vez que me las hubo liberado.

Adam separó su mejilla de la mía, con los gestos relajados de placer satisfecho. Su mirada oscura, de todas formas, brillaba intensamente.

—«Guau» ni siquiera empieza a describirlo. Llevo toda mi vida esperando esto.

Me mordí el labio porque me pareció tan bonito que me entraron ganas de llorar.

Notándolo, me sonrió y me dio un suave beso, mientras unía las cejas.

—Esto ha sido un poquito de ambas cosas.

—¿Qué? —Le devolví el gesto, confusa.

—He empezado haciéndote el amor pero es culpa tuya si he acabado follándote.

—¿Culpa mía?

—«Adam». —Su voz se volvió ridículamente jadeante mientras me imitaba—. «Más fuerte, por favor». —Agitó la cabeza, riéndose—. Soy un hombre con un férreo control, pero eso...

Presioné mis muslos contra él de placer.

—¿Estás admitiendo que tengo algún poder sobre ti, Adam Sutherland?

Sus cejas se alzaron mientras negaba con la cabeza, un movimiento que pronto se convirtió en asentimiento mientras me reía debajo de él. Cerró los ojos en lo que parecía un dolor placentero y de repente me atrapó por la cintura y nos dio la vuelta, de forma que él estaba de espaldas y yo encima. Me abrazó fuerte y me relajé contra él. Comprensión al amanecer. Solo tenía que abrazarme y recordaba que todo iba bien.

Por enésima vez me sentí abrumada por el hecho de que estuviera enamorado de mí. Sonreí contra su piel y me acurruqué más.

Después de un rato murmuró:

—Estás tomando la píldora, ¿no?

Resoplé ante la inesperada pregunta y alcé la cabeza con una ceja levantada.

—¿No deberías haber preguntado antes de tomarme, oh, tan salvajemente?

Me sonrió.

—No estaba pensando en nada que no fuera en tomarte, oh, tan salvajemente.

—Bueno, no te preocupes. Tomo la píldora —le respondí, y volví a acomodarme en su pecho.

—No me hubiera preocupado de todos modos —me dijo acariciándome el pelo.

Me tensé.

—¿Qué quieres decir?

—Que si hubiera un accidente tampoco me preocuparía. Un accidente contigo es un niño contigo.

La conmoción me dejó helada mientras lo interiorizaba. ¿Cuántas veces había oído a Braden bromear con Adam sobre su terror a dejar embarazada a una mujer? Era una de las razones por las que mi hermano sospechaba que Adam nunca repetía chica. En la lógica retorcida de su mente de tío, pensaba que eso significaba que las posibilidades de un accidente disminuían, o al menos sí que una se enganchara demasiado e intentara forzar



un accidente.

—¿Quieres un bebé conmigo? —  
grazné.

Sentí sus nudillos rozarme la columna a modo de caricia, lo que hizo que se me encogieran los dedos de los pies.

—Ellie, lo quiero todo contigo.

Lágrimas brillaron en mis ojos, levanté la cabeza y le contesté suavemente:

—No sabía que pudieras ser tan romántico.

Los labios de Adam se torcieron en respuesta y negó con la cabeza contra la almohada.

—No lo soy, pero reconozco que haría cualquier cosa por ti y, dado que eso ha supuesto tragarme a tu lado más comedias románticas de las que ningún hombre debería, sé que eres una romántica... Solo quiero que seas feliz. Tengo mucho que compensar. —Me apartó el pelo de la cara—. Y tú me lo pones fácil. —Me tiró suavemente del cabello hacia atrás, serio de repente—. Pero si le cuentas a tu hermano una sola palabra, o a cualquier otra persona, ya que estamos, habrá consecuencias.

Sacudí la cabeza.

—No lo haré. Te lo prometo. Me gusta saber algo sobre ti que nadie más

sabe.

—Entonces pensamos lo mismo.

—¿Qué quieres decir?

Volvió a darme la vuelta y soltó una carcajada mientras luchaba conmigo en la cama. Una vez me hubo capturado, con mis piernas en su cintura, me besó y retrocedió para murmurar.

—Soy el único que sabe que la dulce «la mantequilla no se derretiría nunca en su boca» Ellie Carmichael se pone cuando le digo cosas obscenas.

Mi piel volvió a enrojecer de vergüenza, pero no le contradije. No podía porque era malditamente cierto.

# Último Primer capítulo

—Vale, he decidido que no puedes darle esto a Joss. —Adam cerró el diario de golpe—. De hecho deberías quemarlo.

Se lo quité de las manos y lo apilé.

—¿Por qué?

—Porque entras en demasiados detalles, Els. No solo sobre sexo, sino sobre lo que digo antes, durante y después de acostarme contigo.

Intenté no reírme, pero fracasé miserablemente.

—¿Te refieres a la parte romántica?

Me lanzó una mirada poco impresionada.

—No se lo darás a Joss. Se lo contará a Braden y no me dejará en paz con el tema.

—¿Sabes que Joss trata de ser considerada porque Braden es mi hermano pero a veces se le escapan cosas y las que se le escapan son románticas?

Vi cómo sus cejas se levantaban y los lados de su boca se alzaban maquiavélicamente.

—Romántico, ¿de qué manera?

Le gruñí.

—Como si fuera a contártelo y darte munición para torturarlo.

—Es de justicia si tú vas a darle munición para que él me torture a mí.

Riéndome ante su temor a que mi hermano descubriera su lado más tierno, negué con la cabeza y contesté como si tal cosa:

—No voy a hacerlo.

—¿Qué quieres decir con que no vas a hacerlo?

—Acabo de decidir que no le daré a Joss los diarios.

Alzando la cabeza confundido, los ojos de Adam preguntaron por él.

Me encogí de hombros.

—Iba a hacerlo hasta la última entrada. Al leerla me he acordado de cuánto hemos sentido, de cuánto sentimos, de cuánto de nosotros hay en ellos. No pertenece a nadie más y creo que no quiero que lo haga. Es solo nuestro. Es nuestra historia. No se lo puedo dar a Joss. No puedo darle todo esto a Joss.

Señalé los diarios y me puse a cuatro patas para recoger el desastre y ponerlo todo otra vez en su sitio. Fui detenida de repente por la presión de las manos de Adam, una a cada lado de mis caderas. Mis labios se abrieron cuando sentí como empujaba mi culo hacia él y

noté su erección frotándose contra mí.

—¿Qué haces? —Pregunté en un resuello.

En vez de responder, con una mano deslizó la cremallera de mis shorts mientras con la otra bajaba la de sus vaqueros.

Dentro de un rato subiremos las escaleras para hacer el amor, pero ahora mismo voy a follarme a mi futura esposa encima de nuestra historia.

De alguna manera Adam conseguía introducir la palabra «fo...» en la frase más romántica, y a mí no me importaba. En lugar de eso jadeé mientras se movía contra mí y le respondí con la voz



cargada de deseo.

—¿Qué pasa con el suelo? Puede que lo rayemos.

Subió las manos por mi columna y las bajó de nuevo a mis caderas y me arrastró con más fuerza contra él.

—¿Crees que ahora mismo me importa una mierda el suelo?

Negué con la cabeza, temblando de anticipación.

—Adivino que no.

Adam rio malicioso.

—Empecemos el siguiente capítulo, nena.

# Calle Londres

*«Quien diga que segundas partes nunca fueron buenas no ha leído esta novela».*

EL RINCÓN DE LA NOVELA ROMÁNTICA

¡Lee el primer capítulo de CALLE  
LONDRES!

Lanzamiento: Diciembre de 2013

# 1

## *Edimburgo, Escocia*

Miré la obra de arte y me pregunté qué demonios estaba yo mirando. A mí me parecía solo un montón de líneas y cuadrados de diferentes colores con algún sombreado disperso. Resultaba familiar. De hecho, creí recordar que tenía por ahí guardado un dibujo hecho por Cole a los tres años y que se parecía bastante. Aunque dudaba mucho que alguien pudiera llegar a pagar trescientas setenta y cinco libras por el dibujo de Cole. También dudaba de la

cordura de alguien dispuesto a desembolsar trescientas setenta y cinco libras por un trozo de tela que parecía haber permanecido junto a una vía férrea en el preciso instante en que descarrilaba y se estrellaba un tren cargado de pintura.

No obstante, mirando al azar a mi alrededor, comprobé que a la mayoría de la gente de la galería le gustaba el arte expuesto. A lo mejor yo no era lo bastante inteligente para entenderlo. En un esfuerzo por parecerle más sofisticada a mi novio, compuse una expresión pensativa y pasé al lienzo siguiente.

—Emmm, vale, no lo entiendo —  
anunció una voz queda y ronca a mi  
lado. La habría reconocido en cualquier  
sitio. Las palabras con acento americano  
se veían alteradas aquí y allá por una  
cadencia, o por las consonantes más  
fuertes de la pronunciación irlandesa,  
todo ello como consecuencia de que su  
emisor había vivido en Escocia casi seis  
años.

Me invadió el alivio al tiempo que  
bajaba la cabeza para cruzar la mirada  
con Joss, mi mejor amiga. Era la  
primera vez que sonreía yo con ganas  
esa noche. Jocelyn Bitler era una chica  
americana corajuda, sin pelos en la

lengua, que servía copas conmigo en un bar bastante pijo llamado Club 39, un sótano situado en George Street, una de las calles más famosas de la ciudad. Las dos llevábamos allí ya cinco años.

Con un vestido negro de diseño y zapatos Louboutins de tacón alto, mi bajita amiga parecía ir cachonda. Lo mismo que su novio, Braden Carmichael. Detrás de Joss, con la mano rodeando posesivamente la espalda de ella, Braden rezumaba confianza. Te hacía salivar; era el tipo de novio que yo había estado buscando durante años, y si no hubiera sido porque quería un montón a Joss y Braden la adoraba con

locura, la habría pisoteado para enrollarme con él. Braden medía más de metro noventa, ideal para alguien de mi estatura. Yo, uno setenta y algo, y con los tacones adecuados llegaba a metro ochenta. El novio de Joss también resultaba ser atractivo, rico y divertido. Y estaba perdidamente enamorado de Joss. Llevaban juntos casi dieciocho meses. Se estaba cociendo una propuesta de matrimonio.

—Estás increíble —le dije mirándole las curvas. A diferencia de mí, Joss tenía buenas tetas, y unas caderas y un culo que no desmerecían—. Gracias por venir. A los dos.

—Bueno, me debes una —farfulló Joss, arqueando una ceja mientras echaba un vistazo alrededor a los otros cuadros—. Si la artista me pregunta mi opinión, voy a mentir de verdad.

Braden le estrujó la cintura y le sonrió.

—Bueno, si la artista es tan pretenciosa como su arte, ¿por qué mentir si puedes ser crudamente sincera?

Joss le dirigió una sonrisa burlona.

—Es verdad.

—No —tercié yo, sabiendo que si le dejaba, Joss haría precisamente eso—. Becca es la ex novia de Malcolm y



siguen siendo amigos. Si le das en el culo con Robert Hughes, la que sale rebotada soy yo.

Joss frunció el ceño.

—¿Robert Hughes?

Exhalé un suspiro.

—Un famoso crítico de arte.

—Me gusta esto. —Joss sonrió con aire malvado—. Dicen que la sinceridad va de la mano con la piedad.

—Creo que de la limpieza, nena.

—De la limpieza, claro, pero seguro que la sinceridad la sigue de cerca.

El obstinado brillo de los ojos de Joss casi me obtura la garganta. Joss era todo un carácter a tener en cuenta, y si

quería opinar o decir algo, poco se podía hacer para impedirlo. Cuando la conocí, me pareció una persona tremendamente reservada que prefería no implicarse en los asuntos privados de sus amigos. Desde que salía con Braden había cambiado mucho. Nuestra amistad se había fortalecido, y ahora Joss era la única persona que conocía realmente la verdad de mi vida. Yo me sentía complacida con esa amistad, pero en momentos como este lamentaba que no fuera la Joss de antes, la que se guardaba los pensamientos y las emociones.

Yo llevaba casi tres meses saliendo

con Malcolm Hendry. Para mí era ideal. Amable, tranquilo, alto... y rico. Malcolm era el más viejo de mis «viejos verdes», como los llamaba Joss en broma. Aunque con treinta y nueve años no era exactamente *viejo*. En todo caso, me llevaba quince. Daba igual. Convencida de que podía ser el definitivo, no quería que Joss hiciera peligrar la relación con Malcolm ofendiendo a su buena amiga.

—Jocelyn... —Braden volvió a agarrarla por la cintura mirándome a mí y a mi creciente pánico—. Creo que, después de todo, sería mejor que esta noche practicaras el arte del artificio.

Joss me leyó por fin el pensamiento y le plantó una tranquilizadora mano en el brazo.

—Estoy de cachondeo, Jo. Me portaré de maravilla. Lo prometo.

Asentí.

—Es que... las cosas van bien, ya me entiendes.

—Malcolm parece un tío cabal — señaló Braden.

Joss emitió un sonido con la parte posterior de la garganta, pero ambas lo pasamos por alto. Mi amiga había dejado clara su opinión sobre mi elección de novio. Estaba convencida de que yo estaba utilizando a Malcolm

igual que él estaba utilizándome a mí. Ciertamente, él era generoso y yo necesitaba esa generosidad. Sin embargo, también es verdad que a mí él me importaba de veras. Desde mi «primer amor», John, a los dieciséis años, me había quedado prendada de encantadores sostenes económicos y de la idea de seguridad para mí y para Cole. Pero John, harto de tener un papel secundario, al cabo de seis meses me dio la patada.

Eso me enseñó una lección impagable.

Ahora cualquier otro posible novio tenía que satisfacer un nuevo requisito: debía tener un buen trabajo y las cosas

claras, ser trabajador y cobrar bastante. Por mucho que yo trabajara, sin títulos ni verdadero talento, yo nunca iba a ganar suficiente dinero para conseguir para mi familia un futuro estable. No obstante, era lo bastante bonita para conseguir un hombre con títulos y talento.

Unos años después de que me recuperase del fracasado idilio con John, entró Callum en mi vida. De treinta años, abogado acomodado, guapísimo, culto, sofisticado. Resuelta a que la relación durase, me convertí en lo que para él era la novia perfecta. Ser otra persona acabó siendo una

costumbre, sobre todo desde que pareció que surtía efecto. Callum pensó durante un tiempo que yo era perfecta. Estuvimos dos años juntos... hasta que mis reservas respecto a la familia y mi incapacidad para «ponerle al corriente» crearon entre nosotros tal distancia que acabó dejándome.

Tardé meses en recuperarme de lo de Callum... y cuando lo hice fue para caer en brazos de Tim. Nefasta decisión. Tim trabajaba para una sociedad de inversiones. Estaba siempre tan atontadamente ensimismado en su trabajo que yo le di pasaporte. Entonces le llegó el turno a Steven. Steven era

director de ventas de una de esas irritantes empresas de venta puerta a puerta. Trabajaba muchas horas, lo cual pensaba yo que nos favorecería, pero no. Joss creía que Steven me había dejado por mi incapacidad para ser flexible sobre nada a causa de mis obligaciones familiares. La verdad es que quien me dejó fue Steven a mí. Steven me hacía sentir indigna. Sus comentarios sobre mi inutilidad general me traían a la memoria demasiados recuerdos, y aunque también yo pensaba que había pocas cosas sobre las que hacerme comentarios aparte de mi belleza, cuando tu novio te dice lo



mismo y en última instancia te hace sentir como si fueras una señorita de compañía, ya es hora de cortar el rollo.

Aguanté mucha mierda de la gente, pero yo tenía mi margen de tolerancia, y cuanto mayor me hacía, más se reducía ese margen.

Pero Malcolm era distinto. Nunca me había hecho sentir mal conmigo misma, y hasta entonces la relación se había desarrollado sin contratiempos.

—¿Dónde está el Lotoman?

Eché un vistazo hacia atrás para buscarlo sin hacer caso del sarcasmo de Joss.

—No sé —murmuré.

Con Malcolm me tocó literalmente el gordo, pues era un abogado-convertido-en-ganador-de-la-lotería.

Tres años atrás le había tocado el euromillón y había dejado su empleo — de hecho, su carrera— para empezar a disfrutar de su nueva vida como millonario. Habitado a estar ocupado, había decidido probar como promotor inmobiliario y ahora era dueño de una cartera de propiedades.

Nos encontrábamos en un viejo edificio de ladrillo con sus sucias ventanas hechas de hileras de pequeños rectángulos más susceptibles de ser vistos en un almacén que en una galería

de arte. Dentro era otra cosa. Con suelos de madera noble, una iluminación increíble y mamparas, resultaba el sitio ideal para una galería. Malcolm se había divorciado solo un año antes de ganar el premio, pero como es lógico un hombre rico y apuesto atraía a las mujeres jóvenes como yo. Pronto había conocido a Becca, una espabilada artista irlandesa de treinta y seis años. Habían salido juntos unos meses y tras romper habían seguido siendo buenos amigos. Malcolm había invertido dinero en las obras de ella y había alquilado una galería a unas cuantas manzanas de mi viejo piso de Leith.

Hube de admitir que la galería y la exposición eran dignas de admiración. Y ello pese a que a mí el arte no me decía nada.

Malcolm había conseguido que un grupo de compradores particulares acudieran a esta inauguración especial de la nueva colección de Becca y, gracias a Dios, a ellos el arte sí que les decía algo. Tan pronto hubimos llegado, perdí a mi compañero para el resto de la velada. Becca se había precipitado hacia nosotros luciendo unas mallas metálicas y un jersey descomunal, golpeando con los pies descalzos el gélido suelo de madera. Me había

dirigido una sonrisa nerviosa, había agarrado a Malcolm y había exigido que él la presentara a la gente que había venido. Entonces me puse a recorrer la exposición preguntándome si el problema era que yo no tenía gusto artístico o que aquellos cuadros eran simplemente espantosos.

—Pensaba comprar algo para el piso, pero... —Braden soltó un débil silbido al ver el precio del cuadro frente al que se hallaba—. Tengo por norma no pagar de más si compro mierda.

Joss resopló y asintió con la cabeza. Tras decidir que era mejor cambiar de tema antes de que se dieran cuartelillo y

se mostraran abiertamente groseros, pregunté:

—¿Dónde están Ellie y Adam?

Ellie era un encanto capaz de dar un sesgo positivo a cualquier cosa. También lograba suavizar los bruscos comentarios de su mejor amiga y de su hermano, razón por la cual la había invitado yo de forma expresa.

—Ella y Adam se quedan en casa esta noche —explicó Joss con una seriedad tranquila que me preocupó—. Hoy le han dado los resultados de la resonancia. No hay ningún problema, claro, pero le han vuelto todos los recuerdos.

Hacía apenas un año desde que a Ellie le habían practicado una operación cerebral para extirparle unos tumores benignos que le habían estado provocando ataques y molestias físicas. Entonces yo no la conocía, pero Joss se había quedado una noche a dormir en mi viejo piso durante la recuperación de Ellie, y de lo que contó deduje que había sido una época dura para todos.

—Intentaré pasar a verla —farfullé, sin saber si me daría tiempo. Entre mis dos empleos, cuidar de mi madre y de Cole y acompañar a Malcolm cada vez que me llamaba para algo, mi vida era de lo más ajetreada.

Joss asintió, y entre las cejas se le dibujó una arruga de inquietud. Ellie le preocupaba más que nadie. *Vale, más que nadie quizá no*, pensé lanzando una mirada a Braden, cuyas cejas también estaban juntas componiendo una expresión atribulada.

Braden era muy probablemente el hermano más sobreprotector que he llegado a conocer, pero como yo lo sabía todo sobre protección excesiva a un hermano más pequeño, no tenía margen para reírme.

En un intento de ahuyentarles los sombríos pensamientos, bromeé sobre el día de absoluta mierda que me esperaba.



Los martes, jueves y viernes trabajaba de noche en el Club 39. Los lunes, martes y miércoles trabajaba de día como secretaria personal de Thomas Meikle, contable de la empresa Meikle & Young. El señor Meikle era un cabrón de humor cambiadizo, y como «secretaria personal» era solo una manera fina de decir «recadera», sufría continuos trallazos de su voluble temperamento. Unos días todo funcionaba con normalidad y nos llevábamos bien; pero otros, como hoy, iba literal y completamente de culo y me sentía del todo inútil. Por lo visto, ese día mi inutilidad había batido otro

récord: no había habido suficiente azúcar en el café del señor Meikle, la chica de la panadería había pasado por alto mis instrucciones de quitarle los tomates del bocadillo, y yo no había mandado por correo una carta que él se había olvidado de darme. Menos mal que al día siguiente me libraba de Meikle y su lengua vitriólica.

Braden intentó una vez más convencerme de que dejara Meikle y trabajara a tiempo parcial en su agencia inmobiliaria, pero rechacé su ofrecimiento de ayuda igual que había rechazado otros de Joss en el pasado. Aunque agradecía el detalle, estaba

resuelta a apañármelas sola. Cuando te apoyas en personas que te importan y les das tu confianza en algo importante como eso, inevitablemente te decepcionan. Y la verdad es que no quería sentirme decepcionada por Joss y Braden.

Esa noche Braden, a todas luces más insistente, estaba transmitiendo las ventajas de trabajar con él. De repente noté que se me erizaba el vello del cogote. Se me tensaron los músculos y volví la cabeza ligeramente, y entonces las palabras de Braden fueron apagándose mientras yo verificaba quién o qué me había llamado la atención.

Parpadeé recorriendo la estancia y se me entrecortó la respiración cuando mi mirada se posó en un tío que me miraba fijamente. Los respectivos ojos se cruzaron, y por alguna razón totalmente extraña la conexión resultó física, como si reconocer cada uno la presencia del otro me hubiera fijado en el sitio. Noté que se me aceleraba el ritmo cardíaco y que la sangre se me agolpaba en los oídos.

Como entre nosotros había una distancia considerable, yo no distinguía el color de sus ojos, pero eran reflexivos y perspicaces, y la frente se le arrugaba como si estuviera tan

confuso como yo por la electricidad estática que había entre los dos. ¿Por qué me había llamado la atención? No era el típico tío ante el que yo solía reaccionar. Pero bueno, sí, era bastante guapo. Pelo rubio y descuidado y barba sexy. Alto, aunque no como Malcolm. Seguramente no más de metro ochenta. Con los tacones que llevaba esa noche, yo le superaría en unos centímetros. Le veía los músculos de los bíceps y las gruesas venas de los brazos porque a finales de invierno el muy idiota llevaba camiseta, si bien no tenía la complexión de los otros tipos con los que yo salía. No era ancho ni cachas, sino delgado y

nervudo. Emmm... «nervudo» era una palabra adecuada. ¿He mencionado los tatuajes? No sé qué eran, pero alcancé a verle la pintoresca tinta del brazo.

Yo no me hacía tatuajes.

Cuando escondió los ojos bajo las pestañas, inhalé la sensación de sacudida que me sobresaltó cuando su mirada me recorrió el cuerpo de arriba abajo y de abajo arriba. Sentí retorcerme, abrumada por su flagrante examen, aunque por lo general, cuando un tipo me repasaba así yo solía sonreírle con gesto coqueto. En el momento en que sus ojos regresaron a mi rostro, me dirigió una última mirada

abrasadora, una mirada que se dejaba sentir como una caricia callosa, y acto seguido la desvió. Aturdida y decididamente cachonda, lo vi andar a zancadas tras una de las mamparas que dividía la galería en secciones.

—¿Quién era ese? —La voz de Joss atravesó mi niebla.

Parpadeé y me volví hacia ella con lo que supongo que era una mirada de estupefacción.

—No tengo ni idea.

Joss sonrió con aire de complicidad.

—Tenía un polvo.

Se aclaró una garganta a su espalda.

—¿Y eso?

Los ojos de Joss titilaron maliciosos, pero al darse la vuelta para ponerse frente a su ceñudo compañero había sustituido su expresión por otra de inocencia.

—Desde un punto de vista puramente estético, por supuesto.

Braden resopló pero la atrajo con más fuerza a su lado. Joss me hizo una mueca burlona y yo no pude menos que sonreír. Braden Carmichael era un hombre de negocios sensato, franco, intimidante, pero de algún modo Jocelyn Butler conseguía manejarlo a su antojo.

Creo que estuvimos ahí de pie más o menos una hora, bebiendo champán



gratis y hablando de todo lo habido y por haber. Cuando estaban los dos juntos, a veces yo me sentía cohibida porque eran inteligentes y cultos. Rara vez me sentía capaz de añadir algo profundo e interesante a la conversación, así que solo reía y disfrutaba de su compañía tomándoles el pelo a base de bien. Pero cuando estaba a solas con Joss, era distinto. Como la conocía mejor que a Braden, estaba segura de que ella nunca querría hacerme sentir que yo debía ser una persona diferente. Un buen cambio de ritmo con respecto al resto de mi vida.

Charlamos con otros invitados

intentando no parecer confundidos por su entusiasmo por el arte, pero al cabo de una hora Joss se dirigió a mí con tono de disculpa.

—Hemos de irnos, Jo. Lo siento, pero Braden tiene una reunión por la mañana a primera hora. —Se me notaría la decepción, pues ella meneó la cabeza—. ¿Sabes una cosa? No, me quedo. Que se vaya Braden. Yo me quedo.

*No, ni hablar.* Me he visto antes en situaciones como esta.

—Joss, vete a casa con Braden. Estoy bien. Aburrida. Pero bien.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

Me dio un cariñoso apretón en el brazo y tomó a Braden de la mano. Braden me hizo una señal con la cabeza, y yo respondí con una sonrisa y un «buenas noches», y luego los vi cruzar la galería hasta el perchero donde colgaban los abrigos de los asistentes. Como un auténtico caballero, Braden sostuvo el abrigo de Joss y le ayudó a ponérselo. Antes de volverse para ponerse el suyo la besó en el pelo. Con el brazo alrededor de los hombros de ella, la condujo hacia la fría noche de febrero dejándome a mí dentro con un dolor desconocido en el pecho.

Miré el reloj Omega de oro que

Malcolm me había regalado por Navidad, y, como siempre que miraba la hora, lamenté no poder venderlo todavía. Probablemente era el regalo más caro que me habían hecho en la vida, y haría maravillas con nuestros ahorros. Aunque siempre quedaba la esperanza de que mi relación con Malcolm llegara a ser algo más importante y de que vender el reloj ya no fuera un problema. De todos modos, siempre procuraba no extralimitarme con mis esperanzas.

Eran las nueve y cuarto. Me repuntó el pulso y revolví en mi diminuto bolso de mano imitación Gucci en busca del

móvil. Ningún mensaje. *Maldita sea, Cole.*

Acababa de pulsar ENVIAR un mensaje de texto recordándole a Cole que me llamara en cuanto llegase a casa cuando se deslizó un brazo por mi cintura y el olor a bosque y cuero del *after shave* de Malcolm me llenó las fosas nasales. Sin necesidad de inclinar la cabeza para que se cruzaran nuestras miradas, pues llevaba mis tacones de doce centímetros, me volví y sonreí disimulando mi inquietud por Cole. Había decidido ir sofisticada y me había puesto el vestido de tubo rojo de Dolce & Gabanna que Malcolm me había

comprado en nuestra última excursión de compras. El vestido realzaba a la perfección mi estilizada figura. Me encantaba. Sería una lástima añadirlo a mi montón de eBay.

—Por fin. —Malcolm me sonrió burlón, con los ojos castaños que le brillaban al arrugarse atractivamente en las comisuras. Tenía la cabeza llena de pelo negro y exuberante y una sexy tonalidad gris en las sienes. Lucía siempre traje, y esa noche no era una excepción: uno exquisito de Savile Row —. Si hubiera sabido que no venían tus amigos, no te habría dejado sola.

Ante esto esboqué una sonrisa y le

puse la mano en el pecho.

—No te preocupes. Estoy bien. Han estado aquí, pero tenían que irse. — Miré el móvil todavía acurrucado en mi mano. ¿Dónde estaba Cole? En mi estómago se despertaron pequeños gremlins que me mordisqueaban ansiosos las tripas.

—Voy a comprar uno de los cuadros de Becca. Ven y finge que es genial.

Reí entre dientes y enseguida me supo mal y me mordí el labio para ahogar el sonido.

—Me alegro de no ser la única que no entiende de esto.

Los ojos de Malcolm iban de un

lado a otro, los labios ondulados de regocijo.

—Bueno, gracias a que estas personas saben de arte más que nosotros, al menos mi inversión será rentable.

Mantuvo el brazo alrededor de mi cintura y me guió por la galería y tras un par de mamparas, donde Becca estaba de pie bajo una enorme monstruosidad de salpicaduras de pintura. Casi tropiezo y me caigo al ver con quién estaba ella discutiendo.

El Tío de los Tatuajes.

Mierda.

—¿Estás bien? —Malcolm bajó la



mirada hacia mí y frunció el ceño al notar la tensión en mi cuerpo.

Emití una sonrisa radiante. Regla número uno: no dejar que se te vea de ninguna manera que no sea positiva y encantadora.

—De maravilla.

El Tío de los Tatuajes le sonreía burlón a Becca, con una mano en la cintura de ella intentando atraerla para sí, con una expresión que rayaba en el apaciguamiento. Pasé por alto deliberadamente el temblor en mi respiración ante el destello de su blanca y perversa sonrisa. Becca aún parecía algo molesta, pero lo entendí

perfectamente cuando cedió al abrazo de él. Me dio la sensación de que cualquier mujer le habría perdonado al cabrón cualquier cosa si le sonreía así.

Aparté los ojos del Tío de los Tatuajes y seguí a Malcolm, que se paró, y la pareja se volvió hacia nosotros. Becca tenía las mejillas coloradas y le brillaban los ojos de emoción.

—No nos hagáis caso ni a mí ni a Cam. Estamos discutiendo porque es un idiota.

No lo miré pero oí su risita.

—No, estamos discutiendo porque no tenemos el mismo gusto artístico.

—Cam aborrece mis obras —dijo

Becca con un resoplido—. No puede ser como otros amigos y mentir un poco. No. Despiadadamente sincero, ahí lo tienes. Al menos a Malcolm le gusta mi trabajo. ¿Te ha dicho Mal que va a comprarme un cuadro, Jo?

Pensaréis que estaba celosa del evidente cariño de Malcolm por Becca, y sé que suena fatal, pero estuve un poco celosa hasta que vi su arte. Yo no era excepcionalmente inteligente. No dibujaba. No bailaba. No cantaba. Era solo una cocinera pasable... Menos mal que era guapa. Alta, con unas piernas que no se acababan, me han dicho innumerables veces que tenía un cuerpo

bonito y una piel fantástica. Combinemos esto con unos inmensos ojos verdes, un abundante pelo rubio rojizo y unos rasgos delicados, y tenemos un paquete atractivo... que ha hecho volverse muchas cabezas desde que era adolescente. Sí, no tenía gran cosa, pero lo que tenía lo utilizaba en provecho de mi familia.

Saber que Becca era mona y tenía talento me había preocupado un poco. A lo mejor Malcolm se cansaba de mí y volvía con ella. Sin embargo, la reacción nada entusiasta de Malcolm ante la obra de Becca me hizo sentir mejor en cuanto a su relación con ella.

En cualquier caso, no es que eso tuviera lógica alguna.

—Sí. Buena decisión. —Sonreí a Malcolm, y vi que él se moría de ganas de reír. Deslizó la mano desde mi cintura hasta mi cadera y yo me arrimé más a él al tiempo que echaba un vistazo furtivo al móvil. Todavía nada de Cole.

—Jo, te presento a Cameron, un amigo de Becca —dijo de pronto Malcolm, y levanté al punto la cabeza para examinar por fin al hombre que durante los últimos segundos había procurado evitar. Cruzamos la mirada, y sentí otra vez un escalofrío de arriba abajo.

Tenía los ojos azul cobalto y mientras me analizó detenidamente por segunda vez parecía estar desnudándose. Vi que parpadeaba al ver la mano de Malcolm en mi cintura. Me puse rígida mientras Cameron nos captaba, sacaba algún tipo de conclusión sobre nosotros y mostraba un semblante inexpresivo apretando los labios con fuerza.

—Hola —conseguí decir, y él me dedicó un asentimiento casi imperceptible. El resplandor de sus ojos había desaparecido por completo.

Becca se puso a charlar con Malcolm sobre el cuadro, y entonces yo

pude mirar otra vez el móvil. Ante un bufido de contrariedad, alcé la cabeza de golpe, los ojos pegados a los de Cameron. No entendía el desagrado en su semblante ni por qué sentí la urgente necesidad de mandarlo a tomar por el culo. Ante la animosidad o la agresividad, yo solía sobresaltarme y no decir palabra. En este caso, la actitud condenatoria y sentenciosa de aquel imbécil tatuado me empujó a querer darle un puñetazo y romperle la ya defectuosa nariz. Junto al caballete tenía un pequeño bulto que debía haber estropeado su atractivo, pero solo añadía dureza a sus facciones.

Me mordí la lengua antes de hacer algo impropio de mí y bajé los ojos a sus tatuajes. En el antebrazo derecho había una bella caligrafía negra: dos palabras que yo no sería capaz de descifrar sin que se notara mi intención. En el izquierdo se veía una imagen detallada y vistosa. Parecía un dragón, pero no me quedó claro, y entonces Becca se acercó más a Cameron y me lo tapó.

Me pregunté por un momento cómo Becca podía pasar de salir con alguien de treinta y tantos como Malcolm, con su traje a medida y todo, a salir con un veinteañero como Cameron, con su reloj



de aviador y sus pulseras de cuero de los setenta, una camiseta Def Leppard que había sido lavada un montón de veces y unos Levi's raídos.

—Mal, ¿le has preguntado a Jo sobre el empleo?

Desconcertada, miré a mi novio.

—¿Empleo?

—No pasa nada, Becca, en serio — insistió Cameron con una voz grave que me enviaba por todo el cuerpo un escalofrío que yo no quería admitir. Mis ojos fueron a chocar con los suyos y lo vi mirándome fijamente, ahora carente de expresión.

—Tonterías —dijo Malcolm con

tono afable, y luego me miró pensativo —. En el bar aún estáis buscando otro camarero, ¿verdad?

Era cierto. Mi amigo y colega Craig (y mi único ligue de una noche... Después de lo de Callum estaba hecha polvo) nos había dejado y se había marchado a Australia. El martes había sido su última noche, y la gerente, Su, llevaba una semana haciendo entrevistas. Echaría de menos a Craig. A veces su flirteo me cansaba y nunca tuve las pelotas de decirle que se callara (Joss, sí), pero al menos estaba siempre de buen humor.

—Sí, ¿por qué?

Becca me tocó el brazo, y le vi la cara suplicante. De pronto se me ocurrió que, aunque fuera algunos años mayor que yo, parecía y hablaba como una chica joven, con aquellos grandes ojos azules, la piel suave y la voz chillona. No podíamos ser más diferentes una de otra.

—Cam es diseñador gráfico. Trabajó para una empresa que hace todo el márketing y el etiquetaje de conocidas marcas en todo el país, pero les han recortado el presupuesto. Aquello de que los últimos serán los primeros. Y Cam llevaba allí solo un año.

Lancé a Cam una mirada cautelosa y

a la vez compasiva. Perder el trabajo es duro.

De todos modos, no entendía qué teníamos que ver con eso yo o el puesto de barman.

—Becca. —Ahora Cam sonaba molesto—. Te dije que esto lo arreglaría por mi cuenta.

Becca se sonrojó un poco ante la penetrante mirada de Cam, y de repente me sentí en sintonía con ella. Yo no era la única intimidada. Bien.

—Déjame echar una mano, Cam. —Becca se volvió hacia mí—. Él está intentando...

—Estoy intentando encontrar trabajo

como diseñador gráfico. —Cam la interrumpió con los ojos encendidos. Entonces pensé que ese aparente mal humor no tendría nada que ver conmigo sino más bien con su situación—. Malcolm dijo que había un puesto libre de jornada completa en el Club 39, y yo tengo cierta experiencia como barman. Necesito algo para ir tirando hasta encontrar otro empleo. Si puedes conseguirme un impreso de solicitud, te lo agradeceré.

Sigue siendo un misterio por qué decidí ser servicial teniendo en cuenta que ni él ni su actitud me gustaban demasiado.

—Haré algo mejor. Hablaré con la gerente y le daré tu número.

Él me miró unos instantes, y yo no pude descifrar ni por asomo qué pasaba detrás de sus ojos. Por fin asintió despacio.

—Muy bien, gracias. Mi número es...

En ese momento me vibró el móvil en las manos y lo levanté para ver la pantallita.

LLEGO DESDE CASA DE JAMIE.

NO TE ALARMES. COLE.

Desapareció la tensión de mi

cuerpo, emití un suspiro y le escribí enseguida un mensaje de respuesta.

—¿Jo?

Alcé los ojos y advertí las arqueadas cejas de Malcolm.

Maldita sea. El número de Cam. Me ruboricé al caer en la cuenta de que me había olvidado de él por completo a raíz del mensaje de Cole. Le dirigí una avergonzada sonrisa de disculpa que rebotó en su férrea compostura.

—Perdona. ¿Tu número?

Con gesto aburrido, lo dijo de un tirón y yo lo tecleé en el móvil.

—Se lo daré mañana.

—Sí, claro —dijo él con tono

cansado, dando a entender que yo no contaba con las células cerebrales necesarias para recordarlo.

Su actitud hacia mí me tocó las narices, pero decidí no permitir que eso me fastidiara y me arrimé con más ganas a Malcolm, ahora que sabía que Cole estaba sano y salvo en nuestro piso de London Road.



# Notas

[1] Versos de *Hamlet*, Shakespeare. En inglés: «*And I do believe the lady doth protest too much*». (N. de la T.) <<

[2] New Town es el barrio georgiano de la ciudad, mandado construir por Jorge IV a principios del siglo XIX. Es la zona más cara de Edimburgo. (*N. de la T.*) <<

[3] Lo que hace pensar que era una familia de cierto abolengo, con una propiedad heredada y no comprada. (*N. de la T.*) <<

[4] La Fresher's Week es la primera semana del curso universitario en Edimburgo, y se prepara para los estudiantes distintos eventos a modo de recepción. *(N. de la T.)* <<

# Índice

Calles de Edimburgo	5
Nota para los lectores	7
Capítulo uno	8
Capítulo dos	49
Capítulo tres	77
Capítulo cuatro	124
Capítulo cinco	165
Capítulo seis	218
Capítulo siete	254
Capítulo ocho	290
Último/Primer capítulo	348

Calle Londres	354
Capítulo uno	355
Notas	409